

JACOBIN



ECONOMÍA POLÍTICA DE LA CRISIS

Como ya lo saben nuestros suscriptores, Jacobin es una publicación única, por su formato y su contenido, para el abordaje de temas políticos, sociales y culturales desde una perspectiva socialista.

Pero puede que no sepan que Jacobin no recibe financiación de ningún partido político o gran corporación, lo que garantiza nuestra independencia sin condicionamientos. Para poder seguir en ese camino de autonomía económica hoy necesitamos del apoyo de nuestros lectores. En estos tiempos es cada vez más complejo garantizar la continuidad de una revista de alta calidad, estética y lingüísticamente atractiva y precios accesibles.

Sabemos que nuestro «modelos de negocios» es cuestionable desde la estricta racionalidad económica, ya que desde el inicio decidimos fijar unos precios de suscripción muy por debajo de los costos de producción, buscando otras fuentes de financiamiento en red para que la mayor cantidad posible de personas acceda a nuestros contenidos.

Pero la crisis económica y la creciente inflación que hoy golpean a América latina y al mundo también nos impactó con fuerza. En ese contexto, para no seguir postergando la salida de este número decidimos una impresión interior sólo en blanco y negro, aunque manteniendo la calidad de diseño de siempre. Se trata de un número de crisis (y *sobre* la crisis), pero queremos asegurarle a nuestros lectores que estamos impulsando diversas iniciativas para volver a la impresión que caracterizó a Jacobin desde el inicio.

Frente a los conflictivos tiempos que se avecinan vamos a necesitar más que nunca espacios de pensamiento crítico, de apertura política sin dogmatismos y de debate riguroso para seguir proponiendo alternativas radicales a la acelerada crisis capitalista que vivimos.

Ayúdanos a que Jacobin siga fortaleciéndose y creciendo. Recomendamos, comentá nuestras publicaciones con otras personas e invítalas a suscribirse para seguir construyendo juntos la revista socialista más importante de la región.

Colectivo editorial

Hasta que el capitalismo no sea vencido por una revolución proletaria, continuará viviendo en ciclos, subiendo y bajando. Las crisis y los booms son propios del capitalismo desde el día de su nacimiento; le acompañarán hasta la tumba. Pero para definir la edad del capitalismo y su estado general, para establecer si aún está desarrollándose, o si ya ha madurado, o si está en decadencia, uno debe diagnosticar el carácter de los ciclos, tal como se juzga el estado del organismo humano, según el modo como respira: tranquila o entrecortadamente, profundo o suave, etc.

— León Trotski,
La situación mundial, 1921.

18

**EL ESTADO
NO ES
LA SOLUCIÓN**

ADRIÁN PIVA

46

**EL ROJO
Y EL NEGRO**

SETH ACKERMAN

72

¡INFLACIÓN!

DOUG HENWOOD

94

**LA FUNCIÓN
POLÍTICA
DE LA UTOPIÍA**

FREDERIC JAMESON

F

DE FRENTE

10
GAMBITO
DE REY

Economía política de la crisis

MARTÍN MOSQUERA

15
FUEGO AMIGO

En redes andan diciendo

16
LÍNEAS DE
SUMINISTRO

Quitarse la camisa de fuerza y huir del manicomio

SETH ACKERMAN

A

LAS ARMAS DE LA CRÍTICA

32
MISERIA
DE LA TEORÍA

Más allá de la lógica del capital

FACUNDO NAHUEL
MARTÍN

40
EMPIRISMO
VULGAR

¿La inflación es amiga o enemiga de la izquierda?

JARED ABBOT

C

CAPITAL CULTURAL

64
CARNE
DE CAÑÓN

¿Mandan los gerentes?

NICOLE ASCHOFF

70
TELÉFONO
ROJO

Bling-Bling TV

EILEEN JONES

G

LA GUILLOTINA

90
THERMIDOR

Mussolini en Pekin

FO-FUNG HUNG

B

BASURERO

106
DE LA HISTORIA
**Cuando frenaron
la escala móvil**

DAVID BRODER

**FUNDACIÓN
ROSA LUXEMBURGO**
OFICINA CONO SUR



Democracia
Feminismos
Sindicalismo
Ecosocialismo

Más información en rosalux-ba.org



@fundacionrosaluxemburgo
buenosaires



@rosalux_conosur



@rosalux_conosur

escriben

ARTE DE TAPA
Jazmín Varela

Jared Abbot es doctor en Ciencia Política por la Universidad de Harvard, investigador del Center for Working-Class Politics y colaborador de *Jacobin Magazine*.

Seth Ackerman es editor ejecutivo de *Jacobin Magazine*.

Nicole Aschoff integra el colectivo editorial de *Jacobin Magazine* y es autora de *The Smartphone Society: Technology, Power, and Resistance in the New Gilded Age* (Beacon Press, 2020) y de *The New Prophets of Capital* (Verso, 2015).

David Broder es un historiador especializado en historia del comunismo francés e italiano, editor europeo de *Jacobin* y autor de *First They Took Rome* (Verso, 2020).

Doug Henwood es un reconocido periodista estadounidense, editor del boletín electrónico «Left Business Observer» y frecuente colaborador de *The Nation*. Su último libro se titula *My Turn: Hillary Clinton Targets the Presidency* (Seven Stories Press, 2016)

Ho-Fung Hung es profesor de Economía Política en la Universidad John Hopkins. Es autor de *The China Boom: Why China Will Not Rule the World* (Columbia University Press, 2018) y de *Clash of Empires: From «Chimerica» to the «New Cold War»* (Cambridge University Press, 2022), entre otros libros.

Fredric Jameson es un distinguido crítico literario estadounidense, catedrático de Literatura Comparada en la Universidad de Duke. Entre sus numerosos libros se cuentan *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado* (Paidós Ibérica, 1991) y *Las antinomias del realismo* (Akal, 2013).

Eileen Jones es crítica de cine en *Jacobin Magazine* y autora de *Filmsuck, USA*. Dirige el podcast «Filmsuck».

Facundo Nahuel Martín es doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y autor de *Teoría crítica de la modernidad. Marxismo, movimientos sociales y proyecto emancipatorio* (Herramienta, 2020), entre otros libros.

Martín Mosquera es el editor principal de *Revista Jacobin*.

Adrián Piva es sociólogo, profesor de la Universidad de Buenos Aires y autor de *Economía y política en la Argentina kirchnerista* (Batalla de Ideas, 2015).

colectivo

**EDITOR PRINCIPAL**

Martín Mosquera

COORDINADORA DE REDACCIÓN

Florencia Oroz

EDITOR INTERNACIONAL

Nicolas Allen

EDITOR ASISTENTE

Pedro Perucca

TRADUCTOR PRINCIPAL

Valentín Huarte

COLABORACIÓN EDITORIAL

Pablo Abufom Silva
Martín Arboleda
Anahí Durand Guevara
Franck Gaudichaud
Hilary Goodfriend
Emilio Tellez Contreras
Karina Nohales
Adrián Piva
Rolando Prats
Thea Riofrancos

RESPONSABLE DE CIRCULACIÓN

Cecilia Cowper

DIRECCIÓN GRÁFICA**Y MAQUETACIÓN**

Diego Fernández
Carolina Ocampo

TIPOGRAFÍAS

Antwerp (Henrik Kubel)
Hurme (Toni Hurme)
Mazumbá (Matías Fernández)

DISEÑO WEB

Diego Cataldo

CONSEJO ASESOR

Marilena Chaui
Enrique Dussel
Verónica Gago
Álvaro García Linera
Claudio Katz
Claudia Korol
Michael Löwy
Massimo Modonesi
Maria Emilia Tijoux

PUBLICADO POR

Jacobin Foundation

DISTRIBUYE


siglo veintiuno
editores

Jacobin es una voz destacada de la izquierda radical en el mundo que ofrece un punto de vista socialista sobre la política, la economía y la cultura.

SUSCRIPCIÓN ANUAL

ARS 2300
(digital solidaria)
ARS 4000
(digital estándar)
ARS 3900
(impresa y digital solidaria)
ARS 5000
(impresa y digital estándar)
USD 12
(digital solidaria)
USD 36
(digital estándar)

Montevideo 31, dpto. 3,
C1019ABA, Argentina
jacobinlat.com
redaccion@jacobinlat.com

©2023 Jacobin América Latina

ISSN: 2718- 6466

Mayo 2023

Se imprimió
en Latingráfica
en Mayo 2023

de frente

DIRECTO AL GRANO

Economía política de la crisis

Algo parece estar cambiando en el clima cultural cuando Martin Wolf, escritor del *Financial Times* y probablemente la voz más prestigiosa del periodismo económico *mainstream* anglosajón, afirma con preocupación: «Hoy, como a principios del siglo XX, asistimos a enormes cambios en el poder mundial, a crisis económicas y a la erosión de democracias frágiles. (...) El capitalismo de mercado (...) ha perdido su capacidad de generar aumentos de prosperidad ampliamente compartidos». Y, contradiciendo su pasado de liberal acérrimo, concluye diciendo que «el Estado del bienestar» es «esencial» y que «tiene sentido tanto desde el punto de vista económico como social». Poco tiempo antes, también en el *Financial Times*, el mismísimo Francis Fukuyama escribió:

El liberalismo (...) evolucionó hacia tendencias que al final resultaron autodestructivas. (...) Se rindió culto al mercado y se demonizó cada vez más al Estado como enemigo del crecimiento económico y la libertad individual. Las democracias avanzadas, bajo el hechizo de las ideas neoliberales, empezaron a recortar los Estados de bienestar y la regulación, y aconsejaron a los países en desarrollo que hicieran lo mismo bajo el «Consenso de Washington». Los recortes del gasto social y de los sectores estatales eliminaron los amortiguadores que protegían a los individuos de los caprichos del mercado, lo que provocó un gran aumento de la desigualdad en las dos últimas generaciones.

En estas publicaciones, en las que, como dijo alguna vez el periodista David Singer a propósito de *The Economist*, «uno escucha a la clase dominante hablar consigo misma en términos bastante claros y sencillos», los signos de alarma se multiplican. Se extiende una inquietud por el estado del mundo, la impresión de haber ido demasiado lejos con las políticas promercado y una sensación todavía imprecisa de que hay que cambiar la dirección de las cosas.

Varias cuestiones parecen estar en el trasfondo de estas preocupaciones: el crecimiento débil que siguió a la crisis de 2008 (Michael Roberts denominó al periodo en curso la Gran Recesión), los estallidos sociales que se han vuelto paisajes recurrentes tanto en el centro como en la periferia, la «revuelta populista» que afecta globalmente a los sistemas políticos y el retroceso económico de Occidente en el enfrentamiento de largo plazo con China. Son demasiados los desequilibrios simultáneos y las crisis que se solapan como para no tomarnos en serio los cambios en curso.

La «compulsión muda» del periodo neoliberal ya no es suficiente

En una obra reciente (*Mute Compulsion: A Marxist Theory of the Economic Power of Capital*), el marxista danés Søren Mau se dedica a definir la naturaleza históricamente novedosa de la

«compulsión económica» que rige en el capitalismo y que pesa fundamentalmente sobre el «trabajador libre», privado de medios de producción. Mau define al poder económico del capital como una fuerza irreductible al par violencia/ideología que domina en la ciencia política. Mientras que éstas se dirigen directamente a los sujetos, el poder económico solo opera «indirectamente, actuando sobre su entorno». Se trata de un poder que es una propiedad emergente, resultante de la remodelación de las «condiciones materiales de la reproducción social». El poder del capital es, sobre todas las cosas, un poder abstracto e impersonal; por lo tanto, «nadie está al mando y no existe un centro desde el que irradie el poder; en su lugar, la sociedad capitalista se rige por relaciones sociales convertidas en abstracciones reales cuyos movimientos opacos denominamos “economía”».

Esto es lo que Marx habría querido decir en su análisis de la acumulación primitiva cuando afirmó que la dominación capitalista puede preservar «la violencia directa, extraeconómica» para momentos críticos, y que «para el curso usual de las cosas es posible confiar el obrero a las “*leyes naturales de la producción*”». En las situaciones ordinarias, «la compulsión muda de las relaciones económicas» es suficiente para imponer la dominación sobre la clase trabajadora. Anteriormente, en los *Grundrisse* Marx había adelantado este análisis con una fórmula genial: «los individuos son ahora dominados por abstracciones, mientras que antes dependían unos de otros».

Por supuesto, Mau se refiere al poder económico del capital en general, con independencia de sus formas históricas específicas. Pero, ¿aporta algo este análisis al examen del periodo neoliberal (y de su crisis)? Se podría definir al neoliberalismo como la extensión masiva de la competencia mercantil para que se imponga con toda su fuerza sobre las clases sociales, en un proceso de individualización y atomización que funcionó simultáneamente como medio de disciplina política y de relanzamiento de la acumulación capitalista. La «despolitización» de la economía fue ella misma un medio de dominación política. La «compulsión muda de las relaciones económicas» pudo desencadenar toda su fuerza al liberarse de antiguas restricciones. Pero, como empiezan a percibir cada vez con más claridad los intelectuales burgueses, hoy el mercado ya no es suficientemente fuerte como para asegurar la dominación de esta forma.

Por lo tanto, el capitalismo se «repolitiza». Luego de la crisis de 2008, la estabilidad del sistema se asentó en sucesivas rondas de inyecciones masivas de crédito barato provenientes de los principales bancos centrales. Hoy vemos por todos lados que el «corsé monetario» ya no rige como antes en la economía global. Mientras tanto, aumentan los rasgos autoritarios de los Estados, en una tendencia que incluye —pero excede— el auge de la extrema derecha. La economía internacional ya no se parece al neoliberalismo que con tanto esmero Margaret Thatcher y Ronald Reagan codificaron hace cuarenta años: restricción monetaria y fiscal, liberalización de las regulaciones estatales, reducción de la deuda pública, privatización de

→



empresas estatales. Hacia donde miremos (Estados Unidos, Rusia, China, América Latina y, en menor medida, la Unión Europea) el «chaleco de fuerza monetario» empieza a perder sus costuras. Se trata de un verdadero movimiento tectónico solo comparable a las grandes crisis del capitalismo.

El eterno retorno del marxismo

La historia del marxismo está asociada de forma obvia con las crisis recurrentes del capitalismo. Recientemente, el semanario alemán *Der Spiegel* ilustró su portada con Karl Marx y tituló «¿Tenía razón Marx después de todo?». Desde la crisis de 2008, con cierta frecuencia, pueden encontrarse títulos similares en los principales medios burgueses del mundo. Pero, ¿qué significaría que Marx haya tenido razón? ¿Qué tipo de proyecto teórico es la «crítica de la economía política»?

En su madurez, Marx afirmó que su intención era «identificar la ley económica que gobierna la sociedad burguesa». Polémicas interminables recorrieron el último siglo en torno a si el marxismo es una forma de determinismo económico que reduce lo político y lo cultural a la estructura económica y, al mismo tiempo, asigna a las tendencias de la economía el estatus de «leyes naturales». Una versión radical del economicismo es la que presenta al marxismo como una forma de monismo económico por el cual el capital se concibe como un sujeto automático que subordina todo lo «exterior» (la clase trabajadora, la cultura, la política) a un mero epifenómeno del movimiento del valor que se autoexpande. El capital sería, así, el verdadero «sujeto absoluto» hegeliano.

Este tipo de monismo económico, una tendencia relevante en la teoría marxista contemporánea, entra necesariamente en una pendiente resbaladiza hacia afirmaciones extravagantes: ¿la clase trabajadora, sus luchas, sus valores, son entonces un mero atributo del capital? ¿También lo sería la historia social, que obviamente no empezó con el capitalismo? ¿Y la naturaleza (humana o no humana)? Si uno de sus contemporáneos le espetó a Hegel que, de ser correcta, su filosofía debía ser capaz de deducir la pluma con la que escribía, este marxismo monista debería ser capaz de reducir el conjunto de la vida social y cultural a la «lógica del capital» y, por ende, degradar a todas las ciencias humanas (la teoría de la subjetividad, del lenguaje, de la cultura, etcétera) a derivaciones de la «teoría del capital».

En la esquina opuesta, durante las últimas décadas la crítica al determinismo histórico y al economicismo dio lugar al enfoque contrario: la reivindicación fetichista de la contingencia, los análisis fragmentarios y el pluralismo que caracterizan al discurso posmoderno en sus diferentes versiones (con el posmarxismo como una de sus ramificaciones eminentes). Liberados de la necesidad histórica decimonónica, la contingencia lo invade todo. Ya no podría hablarse de causalidad, determinación o totalidad en ningún sentido. Y, de esta forma, como tempranamente criticó Fredric Jameson, el posmodernismo se inhabilita para criticar al capitalismo, al resistirse a hablar de la totalidad social en la que funciona como sistema.

Si, para utilizar la fórmula de Pannekoek, el monismo económico conduce a un «radicalismo pasivo», por el cual basta esperar a que el capitalismo caiga como fruta madura, sin necesidad de comprometerse en operaciones políticas riesgosas, el contingencialismo posmarxista, que niega las tendencias estructurales del capitalismo, conduce a formas de politicismo reformista, es decir, a la ilusión de que el Estado puede regular a su antojo al capital. Este debate tiene, entonces, una importancia política y estratégica.

Hoy vivimos una renovación significativa de la investigación marxista. Entre otras cosas, aparecen formulaciones superadoras de las unilateralidades derivadas de esta dicotomía entre monismo y pluralismo. En sus últimos textos, por ejemplo, Nancy Fraser ofrece una teoría del capitalismo como un «orden social institucionalizado» que excede la mera «lógica del capital». El capitalismo es algo más que el capital desarrollándose de manera automática. Es un orden social que articula la acumulación capitalista con fenómenos exteriores, portadores de «ontologías específicas» y de sus propios «ideales normativos». Estos son, en el esquema de Fraser, la política (es decir, la existencia de un poder público separado), la naturaleza (humana y no humana) y la reproducción social (la actividad no remunerada de cuidado, los servicios públicos, la salud, la educación). Estos ámbitos son *realmente heterogéneos* respecto del capital, pero a la vez traban con la acumulación capitalista una articulación funcional que estabiliza y domina toda una época.

Más allá de la fuerza del enfoque de Fraser, una observación parece especialmente pertinente: para ella, lo que rompe el monismo es que la acumulación capitalista debe interactuar con realidades exteriores que le son heterogéneas. Ahora bien, en esta concepción de la interacción de la economía capitalista con «externalidades», de fuerte inspiración polanyiana, ¿no se corre el riesgo paradójico de dejar demasiado intacta la concepción de la economía propia de los economicistas?

Cuando Marx descubre el *sucio secreto* de que el capitalismo no está basado en el intercambio entre iguales sino en la apropiación del trabajo ajeno, es decir, en la explotación, ¿no está descubriendo, en último término, que en el núcleo de la acumulación capitalista hay algo diferente de la «economía», es decir, la lucha de clases y todo lo que ella conlleva (política, ideología, derecho, etcétera)? Un enfoque como el de Fraser puede correr el riesgo de mantener una distinción demasiado convencional entre «factores endógenos» y «exógenos», entre economía y política. Cuando lo que muestra la crítica marxista es que *la externalidad está adentro*: que debajo de toda ley económica — y las leyes existen en cierto modo, no son una mera ilusión — hay un campo inestable de lucha entre fuerzas sociales vivas.

Una nueva «gran transformación»

Asistimos hoy a un retorno global de la inflación, problema económico que después de los años 1980 fue considerado una reliquia superada. ¿El proceso que presenciamos es un fenómeno coyuntural o un síntoma de cambios significativos en curso que solo podremos apreciar cabalmente cuanto tengamos la perspectiva adecuada? El hecho de que el corsé monetario se rompa en la mayor parte de las economías mundiales, ¿es una concesión coyuntural o un cambio estructural?

Otro elemento que parece estar de definitivamente de vuelta son los conflictos geopolíticos en gran escala, comenzando por la guerra entre Ucrania y Rusia que, en perspectiva, esconde una disputa por la hegemonía mundial entre Estados Unidos y China. Aquí vale la misma pregunta: ¿es este un desafío parcial y aparente al imperialismo estadounidense, como el que representó Japón en los ochenta, o un cambio de hegemonía global, como el que se desarrolló —según la periodización clásica de Arrighi— desde las primeras ciudades-estado del norte de Italia al poderío naval y colonial holandés o entre el imperio británico que dominó desde el siglo XVIII a la hegemonía estadounidense consolidada entre la primera y la segunda guerra mundial?

→



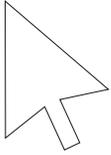
El capitalismo pasa por etapas discretas que, en perspectiva, pueden ser identificadas por el observador con cierta facilidad. Es fácil obtener consenso en cuanto a la idea de que hacia fines del siglo XIX y principios de siglo XX concluyó una fase del capitalismo de libre competencia y pequeña empresa y comenzó otra, de mayor monopolización y centralización de capital («etapa imperialista», dirán Lenin, Hilferding y Bujarin). La crisis de 1914, y sobre todo el *crack* de 1929, dio inicio a un periodo de crisis que duró varias décadas y que luego desembocó en el capitalismo regulado de posguerra. La crisis de 1970 y la restauración capitalista en el Este concluyeron en el neoliberalismo global. Varias señales indican que hoy asistimos a un nuevo periodo de transformaciones globales y estructurales.

En medio de estas transformaciones, grandes convulsiones (guerras, crisis económicas, revoluciones) trastornan la sociedad. En el pasado, los periodos de cambio coincidieron con oportunidades para los sectores populares e incluso con triunfos revolucionarios. El fin del capitalismo de libre competencia del siglo XIX coincidió con las dos revoluciones rusas (1905 y 1917) y con el ciclo revolucionario europeo (1917-1923). El periodo de crisis abierto con el *crack* de 1929 condujo al momento más tormentoso de la historia moderna: el fascismo, el Holocausto, la Segunda Guerra Mundial, pero también a las revoluciones de posguerra: Yugoslavia, China, Vietnam, así como las «revoluciones congeladas» de Italia, Grecia y Francia. La crisis del capitalismo keynesiano desembocó en el «68 global»: Francia, Italia, América Latina, Vietnam, Checoslovaquia, Estados Unidos, etcétera. Hoy asistimos a grandes movilizaciones de masas e incluso a explosiones sociales en una dimensión y amplitud internacional que no conocíamos desde los años 1970.

Recetas para las cocinas del futuro

Los momentos de crisis son también momentos en los que ideas antes marginales pasan a ocupar el centro de la escena. La Sociedad Mont Pelerin, fundada en 1947 en pleno apogeo del keynesianismo, que reunió figuras de la escuela austríaca y del monetarismo como Hayek, Von Mises y Milton Friedman, podía parecer un conclave extravagante de nostálgicos del libre comercio hasta que se convirtieron en los padres intelectuales del mundo que empezó a nacer en la década de 1970. Ellos fueron minoritarios y forjaron su comprensión del mundo y su alternativa social en soledad durante años. Cuando la crisis del keynesianismo permitió que estas ideas minoritarias pasen al centro de la escena, estaban preparados para asumir su papel. Los socialistas podemos aprender de esta capacidad para forjar pacientemente una nueva concepción del mundo y un «programa para la crisis futura» en contextos poco favorables.

Es de sobra conocido el rechazo de Marx al utopismo, al que describía despectivamente como la tendencia a proponer «recetas para las cocinas del futuro». Tenía su punto contra las formas utópicas del socialismo, que se complacían con imaginar la sociedad futura en un terreno meramente especulativo en lugar de analizar y basarse en las fuerzas y tendencias sociales reales. Sin embargo, su crítica fue interpretada de manera demasiado literal, y los socialistas prescindimos durante demasiado tiempo de la tarea de concebir «modelos» políticamente deseables y socialmente viables de sociedad futura. Para ser eficaz, la crítica al capitalismo debe ir acompañada de una propuesta creíble de nueva sociedad. Hoy, más que señalar la miseria de este mundo, cada vez más evidente, resulta fundamental abocarnos a forjar la credibilidad de una alternativa. ×



En redes andan diciendo

Su tiempo es oro

Antes de seguirlos, me gustaría saber qué opinión se merece, de su parte, el gobierno de Argentina? Es un filtro para no perder el tiempo. Saludos

— Dharmarosa.
Sin datos.

No, está bien, dejalo así nomás

Marx a parte de ocioso, cago su libro EL CAPITAL, en el 3er Tomo, que ni lo escribió él, sino Engels. Marx aumento 28 líneas en ese tomo y se desdijo de todo lo escrito en sus primeros tomos y en Economía era un animal, empezando por atacarlo a Adam Schmitd con imputaciones falsas sobre su libro La Riqueza de las Naciones.

Para empezar sólo esa observación... si desea el autor podemos hacer observaciones más de fondo sobre Marx y la Teoría Económica!!!!!!

—Viza Rent Cars. Sucre, Bolivia.

/t.ɪoʊl/, /t.ɪal/: En la mitología escandinava, ser maligno que habita en bosques o grutas. En internet...

Holocausto canibal

La Luxemburgo, epítome del fanatismo antidemocrático y del CANIVALISMO de las diversas corrientes marxistas, deborándose entre ellas, como pasa hoy.

—Fernando Sifuentes.
Sin datos.

Putinismo

El capitalismo es el mejor sistema que existe por ahora, todos los demás: socialismo, comunismo, islamismo, putinismo etc etc son básicamente opresivos y criminales.

—Walter Migo.
Caracas, Venezuela.

Todavía no se acreditó

Les están pagando para hablar mal de China. Eso es una de las maneras de atacar de la democracia, digo (emoji bandarita EEUU).

—Zach Macario. Sin datos.

Awwwww...

La inocencia salvara a la humanidad. Si solo abrazamos el ímpetu transformador del paso presuroso de la infancia como un camino perdurable en nuestro almanaque adulto seríamos quizá mas frágiles ante las adversidades pero sonreiríamos al mundo siempre como seres asombrosos.

—Jose Gregorio Roman. Sin datos.

La crisis de 2008 le enseñó al mundo cómo el capitalismo somete la vida humana a las fuerzas del dinero mejor de lo que cualquier tratado marxista podría haberlo hecho.

La economía mundial recuperó un ritmo de crecimiento sostenido, pero las cicatrices psíquicas y sociales todavía no desaparecieron. En términos económicos, los efectos son permanentes: hoy, gracias al derrumbe, las familias estadounidenses nacidas en los años 1970 poseen un 40% menos de riqueza de la que tenían las familias nacidas en el mismo grupo etario hace treinta años. Y las políticas de la década intermedia siguen reverberando con las últimas palabras de Mohamed Bouazizi, el vendedor callejero tunecino que se autoinmoló quince meses después del colapso de Lehman y desató la Primavera Árabe: *¿Cómo pretenden que me gane la vida?!*

Un hilo rojo vincula este terremoto con una serie de inestabilidades subsecuentes, que abarcan desde Occupy («¡Somos el 99%!») hasta el Oxi («¡No!») griego, pasando por la irrupción de Jeremy Corbyn («Para los muchos, no para los pocos»). Sin embargo, la supremacía política del capital permanece obstinadamente intacta.

Como dice Mike Beggs a propósito del difunto economista Hyman Minsky, la realidad del capitalismo moderno es la inestabilidad permanente sin perspectivas de una crisis que le ponga fin al sistema. «El verdadero momento Minsky», escribe,

Quitarse la camisa de fuerza y huir del manicomio

La realidad del capitalismo moderno es la inestabilidad permanente pero sin perspectiva de una crisis que le ponga fin al sistema.

«es el rescate». Mediante rescates de uno u otro tipo, que abarcan desde los rescates directos a los bancos centrales hasta los programas de compra de bonos de los bancos centrales, los gestores de las crisis no solo estabilizaron el sistema, sino que dejaron al descubierto su infinita dependencia de la intervención estatal. En este sentido, hirieron de muerte las premisas ideológicas del capitalismo pos Guerra Fría.

Hace casi veinte años, Thomas Friedman, columnista del *New York Times* y bardo del neoliberalismo, hablaba con elocuencia lírica de lo que denominaba «la camisa de fuerza de oro», esa «prenda político-económica que define esta época de globalización» y cuya «original

costurera», Margaret Thatcher, «pasará a la historia como una de las grandes revolucionarias de la segunda mitad del siglo veinte». Si un país quería ponerse la camisa de fuerza de oro, debía seguir las «reglas de oro»:

hacer del sector privado el principal motor de su crecimiento económico, manteniendo bajos niveles de inflación y estabilidad de precios, achicar el tamaño de su burocracia estatal, mantenerse lo más cerca posible de un presupuesto equilibrado, si no del superávit, eliminar y bajar las tarifas de los productos importados, eliminar las restricciones a las inversiones

Espectadores observan cómo el escapista Harry Houdini, colgado de un gancho por encima del metro, se libera de una camisa de fuerza.

Getty Images, Bettman



extranjerías, deshacerse de los cupos y de los monopolios nacionales, hacer crecer las importaciones, privatizar las industrias y los servicios estatales, desregular los mercados de capital, hacer convertible su moneda, abrir sus industrias y sus mercados de acciones y de bonos a la propiedad y a la inversión extranjeras directas, desregular su economía para promover tanta competencia nacional como sea posible, eliminar en la medida de lo posible la corrupción, los subsidios y los sobornos del gobierno, abrir sus sistemas bancarios y de telecomunicaciones a la competencia y a la propiedad privada y permitir que sus ciudadanos elijan entre un conjunto de alternativas de pensiones privadas y fondos mutuales de inversión.

Para Friedman, la camisa de fuerza es de oro porque «cuanto más ajustada, más oro produce». En contrapartida, los países que eligen «desviarse» de sus dogmas ven «cómo sus inversores huyen en estampida, las tasas de interés crecen y el valor de sus acciones cae». Sin embargo, en 2008, casi todos los países que habían adoptado la panacea de Friedman sufrieron estas calamidades y otras peores. Y, como observa Adam Tooze, China, de cuyo crecimiento desmesurado depende fundamentalmente la recuperación mundial, desobedeció casi todos los puntos del catequismo de Friedman, sobre todo los que prescriben mercados

de capital desregulados y monedas convertibles.

Mientras tanto, los políticos europeos, desesperados por conservar la camisa de fuerza thatcherista, volvieron a la fabricación de crisis financieras artificiales diseñadas para mantener a raya a países desobedientes como Grecia, cuyo castigo ejemplar generó una atmósfera de estabilidad sin ilusiones similar a la del socialismo brezhneviano que siguió a la Primavera de Praga.

Lejos de un mero dispositivo de distribución económica, las finanzas quedaron expuestas como un sistema de control político. Friedman fue bastante claro en este punto:

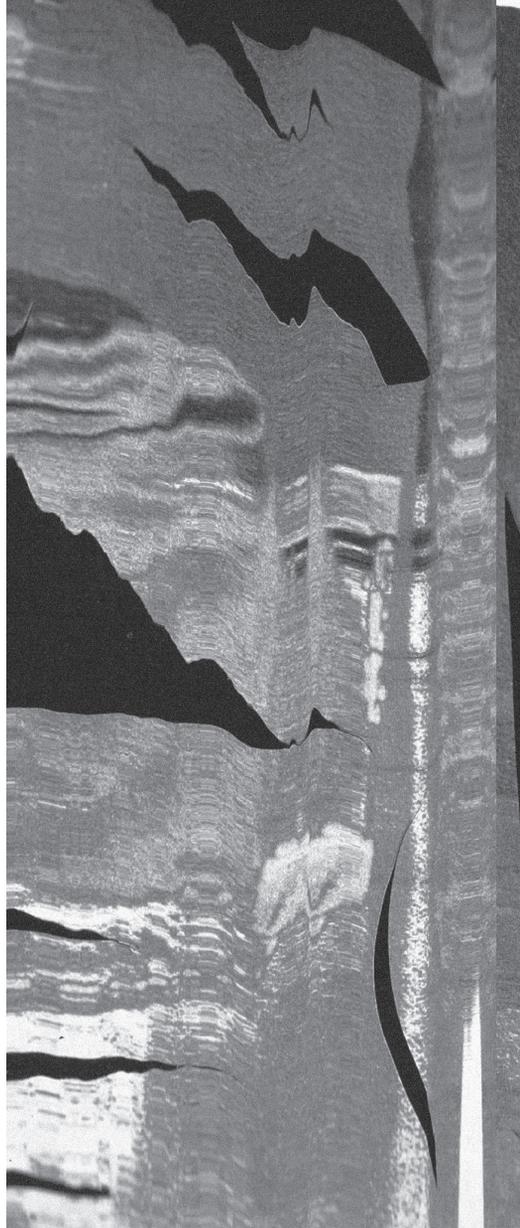
En el frente político, la camisa de fuerza de oro reduce las alternativas políticas y económicas de los que están en el poder a parámetros relativamente ajustados. Por eso hoy es cada vez más difícil encontrar diferencias reales entre los partidos gobernantes y los opositores en aquellos países que usan la camisa de fuerza de oro. Una vez que un país acepta la camisa, sus alternativas políticas se reducen a Pepsi o Coca, a ligeros matices

de gusto, ligeros matices políticos, ligeras modificaciones de diseño que pretenden tener en cuenta las tradiciones locales, a relajar un poco tal o cual punto, sin nunca desviarse mucho del núcleo de las reglas de oro.

Ahora que la competencia entre Pepsi y Coca amenaza con convertirse en una competencia entre las fuerzas mortíferas de Olaf Scholz y Emmanuel Macron y el eje siniestro de Viktor Orbán y Jair Bolsonaro, no tenemos tiempo que perder. Debemos dejar de lado la camisa de fuerza de oro de una buena vez por todas.

Las finanzas son, de hecho, un sistema de control. Por eso tienen que estar bajo supervisión de mayorías democráticas, deben ser ampliamente socializadas, despojadas de todas las formas que favorecen a los privilegiados y purgadas de su enorme maquinaria de derroche social. Lo que sea que subsista después de todo esto debe quedar en manos de empleados estatales asalariados y debe ser administrado racionalmente en función del interés público. Si aprendimos algo de la última década, es que un mundo repleto de camisas de fuerza es un manicomio. ×

La teoría económica, incluso el marxismo, ha tendido a separar la política de la economía como si fueran fenómenos independientes uno del otro. Esto condujo a que ciertos sectores de la izquierda consideren al Estado capitalista como un ente «exterior», capaz de impedir que los efectos de las crisis se descarguen sobre la clase trabajadora. Pero cuando la sociedad capitalista entra en crisis, entra en crisis el conjunto de las relaciones sociales, incluyendo el Estado. No se trata de determinismo económico sino de relaciones de fuerza entre clases.

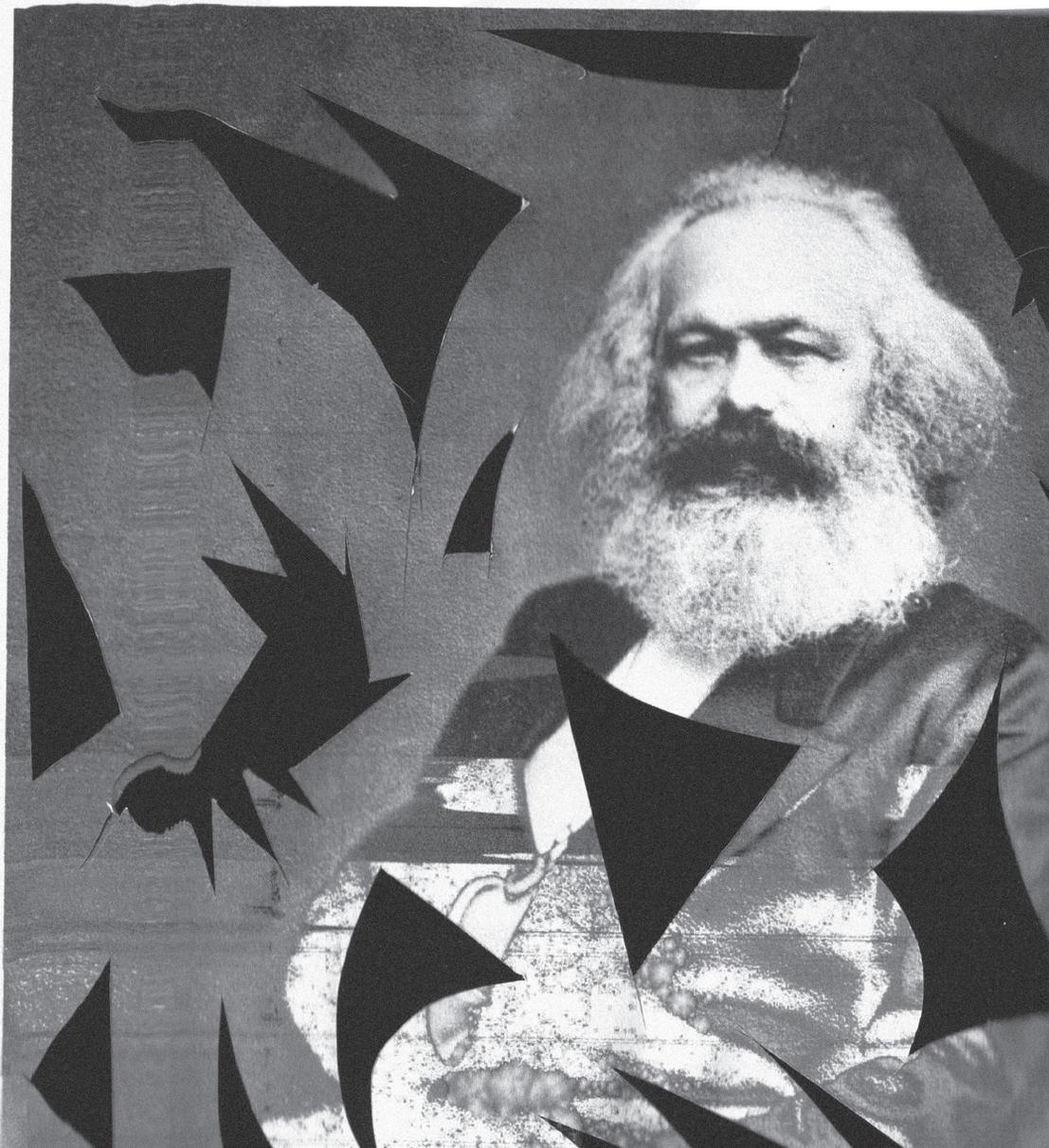


ENTREVISTA
MARTÍN MOSQUERA

ILUSTRA
QENQO

adrián piva

NO ES



EL ESTADO S LA SOLUCIÓN

A

drián Piva es especialista en el estudio de la relación entre modo de acumulación de capital y la dominación política, y uno de los marxistas latinoamericanos más interesantes de su generación. En esta entrevista, explica a *Jacobin* su comprensión de algunos de los puntos centrales del análisis marxista de la economía.

MM. ¿Qué debe entender un marxista por economía? ¿Cuál es el estatus de la economía como tal desde un punto de vista marxista?

AP. Esa es una pregunta difícil de responder. En principio, tendríamos que empezar diciendo que la distinción entre economía y política es relativamente reciente. Es decir, nace con el capitalismo; previamente, esta separación no existía ni en el pensamiento ni en los hechos: explotación y dominación coincidían, del mismo modo en que la dirección y vigilancia del proceso de trabajo son inseparables del proceso de explotación en la fábrica. Además, el aparato de dominio no estaba separado de la clase dominante. La propia clase dominante era la que ejercía el dominio político a través de aparatos, en ciertos casos con un alto grado de centralización.

Por lo tanto, la separación de economía y política aparece con la transición al capitalismo. Pero tenemos que agregar que esta separación es *aparente*, porque en realidad no hay explotación sin dominación. La unidad sigue estando presente como condición para la reproducción de las sociedades capitalistas. Esto no significa que sea una simple ilusión ideológica o una apariencia subjetiva, sino que es lo que los marxistas llamamos *apariencia objetiva*. Efectivamente, los fenómenos se presentan de esa manera y el hecho de que se presenten de esa manera tiene importancia para que la sociedad capitalista se reproduzca. Entonces, esta separación entre economía y política tiene esta doble dimensión: por un lado es aparente, hay una unidad de fondo —no habría explotación económica sin dominación política—; por otro lado, cierto grado de separación objetiva es una necesidad para la reproducción del sistema.

En ese sentido, podemos decir que el estatuto de la economía es ambiguo. Ni es una esfera separada como la consideran los economistas, que piensan que puede tratarse como un área particular, con sus propias leyes (leyes además semejantes a las ciencias naturales, etcétera),

ni tampoco podemos decir que carece de importancia analizar aspectos específicamente económicos, que no existen dimensiones específicamente económicas, aunque solo es posible comprenderlas en su relación con las dimensiones específicamente políticas.

Un fenómeno como la inflación es interesante para observar esto. Por un lado, pueden verse en la inflación aspectos específicamente económicos, que tienen que ver con fenómenos monetarios, la productividad de la economía, etcétera. Pero, por otro lado, el hecho de que ciertos procesos se desarrollen o no de manera inflacionaria depende en gran medida de aspectos que llamaríamos propiamente políticos: la relación de fuerzas entre las clases, la manera en que se expresa en el Estado, cómo el Estado da forma a las relaciones de dominación...

MM. Hay un debate histórico sobre si el marxismo es un economicismo. Me interesa tu opinión sobre una forma específica del economicismo, que es la lectura que postula al capital como una relación social que totaliza al conjunto de la sociedad y, por lo tanto, como un sujeto que se autodesenvuelve automáticamente.

AP. Hay una larga tradición en el marxismo que entiende el capital como una relación social que es totalizante en el sentido de que abarca todos los aspectos de la vida social, donde no hay (este es ya un primer debate) ninguna esfera de la vida social que no pueda ser explicada por la teoría del capital. Pensemos en las relaciones de opresión de género. ¿Pueden reducirse a la relación capitalista? Bueno, yo creo que no. Creo, por ejemplo, que el psicoanálisis es efectivamente necesario para entender alguno de esos fenómenos (y que, a su vez, el objeto del psicoanálisis no puede ser reducido completamente a la relación de capital).

Por otro lado, existe también la noción, en la mayoría de los casos asociada a la anterior, de que el capital es un sujeto que se autodesarrolla, se autodesenvuelve. Esta noción encuentra fundamento en la propia apariencia de la relación de capital. La relación de capital se presenta como una relación objetiva, que se autodesarrolla, cuyo desarrollo no tiene límites, o bien, si los tiene, se trata de límites internos, límites que aparecen como resultado de un desarrollo objetivo en el que no es clara la intervención de los seres humanos como sujetos.

Yo no soy afín a ese tipo de lecturas de Marx, aunque hay algunas de ellas que tienen planteos interesantes, como la de Moishe Postone. Pero todas esas perspectivas



Foto: Mabel Thwaites Rey

se aproximan al capital con la idea de que tiene una lógica, y esa lógica es entendida como un movimiento o proceso que se abstrae de los accidentes, de la contingencia histórica, en el que las relaciones entre los distintos fenómenos son relaciones lógicamente necesarias. Yo, por el contrario, creo que la historia de la relación de Marx con el idealismo alemán, en particular con Hegel, es la de un creciente distanciamiento de una concepción de la historia como movimiento lógicamente necesario.

A lo largo de su obra, Marx da cada vez más espacio a la contingencia como clave para entender el desarrollo histórico. Las contradicciones, que son las que explican el movimiento histórico, para Marx son contradicciones *históricas* que tienen soluciones *históricas*, contingentes, y por tanto el propio desarrollo del capital está atravesado por esa contingencia, no puede entenderse como el desarrollo de una lógica objetiva. En ese sentido, las relaciones de fuerza, los conflictos sociales, la lucha de clases son elementos centrales para entender las formas históricas que asume el capital y cómo se desarrolla en el tiempo.

MM. ¿Cuáles son las principales diferencias entre el marxismo y las escuelas económicas «heterodoxas», especialmente las que provienen del keynesianismo?

AP. En primer lugar, una aclaración: hay que distinguir, por un lado, entre el keynesianismo y las corrientes poskeynesianas, sobre todo de los años sesenta y setenta (e incluso de los cincuenta), y, por otro lado, la llamada síntesis neoclásico-keynesiana (*mainstream* en la segunda posguerra) y los contemporáneos neokeynesianos (algo

así como el keynesianismo después del neoliberalismo). Las teorías keynesianas y poskeynesianas han hecho aportes interesantes a la comprensión del funcionamiento del capitalismo; y el marxismo, en ese sentido, tiene una relación con esos enfoques, como la que ha tenido con la economía política clásica en sus orígenes, en el sentido de que su crítica permite recuperar y transformar esos aportes para integrarlos en una teoría marxista del capital.

Dicho esto, el agrupamiento del marxismo junto con las corrientes keynesianas y poskeynesianas dentro de ese gran paraguas que se denomina «heterodoxia» está bastante vinculado a la etapa que se inicia con el predominio del neoliberalismo. Y con cierta tendencia, sobre todo en algunos sectores de la izquierda, a identificar al neoliberalismo como enemigo principal. En un modo no siempre explícito, se construyó una especie de «frente único» entre keynesianos y marxistas contra el neoliberalismo. Yo creo que ahí hay un problema de fondo, que tiene que ver con la manera en que se comprendió al neoliberalismo y con la forma en que se comprende al Estado. En líneas generales, la tendencia fue asumir que el Estado era capaz de regular la economía en un sentido favorable a los trabajadores y que, en ese punto, había confluencia en torno a dos aspectos: una crítica teórica de la economía neoclásica y de las corrientes neoliberales en particular, por una parte, y la defensa del Estado de bienestar en los países europeos, la defensa de determinados aspectos de los Estados nacional-populares o populistas en América Latina, la defensa de cierta intervención del Estado, en definitiva, por otra.

El problema no es tanto que pueda haber una confluencia política o práctica en la oposición a determinada privatización, en la defensa de determinado derecho laboral o en la demanda de la intervención del Estado en algún punto específico, lo que es una práctica habitual de la lucha social, tanto en el terreno sindical como el terreno político. El problema está cuando empieza a asumirse que efectivamente el Estado, de alguna manera, es un tercero que puede arbitrar, que puede regular la acumulación *desde fuera*, e impedir que o bien las crisis se desarrollen o bien que sus efectos se descarguen sobre la vida de la clase trabajadora.

—>

→

Esto se conecta con lo que decía antes, el hecho de que Estado y capital están solo en apariencia separados, pero, tras esa apariencia, hay unidad entre ambos. El capital no es una relación social puramente económica, el Estado es uno de los modos en que la sociedad capitalista se desenvuelve, se desarrolla, se reproduce. El Estado es parte del problema, no de la solución. Cuando la sociedad capitalista entra en crisis, entra en crisis el conjunto de esas relaciones sociales; entra en crisis lo que llamamos «la economía» y entra en crisis también lo que llamamos «la política».

Por otro lado, la intervención del Estado tiene límites. La separación entre economía y política se origina en el hecho de que la relación de capital tiene ciertas características que hacen que la regulación estatal de las relaciones económicas no pueda desarrollarse más allá de cierto punto sin poner en crisis esa misma relación. ¿Por qué? Porque esas relaciones están articuladas a través del mercado. Y esto no es ficción, es una realidad. Capitalista y trabajadores se vinculan a través de la compra y venta de mercancías: compra-venta de la fuerza de trabajo, compra-venta de bienes de consumo, compra-venta de medios de producción, etcétera. El conjunto de las relaciones sociales está mediado, articulado, por relaciones de mercado. El Estado, entonces, tiene límites reales para la intervención; si la intervención del Estado disuelve la separación entre economía y política, que es la condición de funcionamiento del mercado, pone en crisis la forma en que se articulan las relaciones sociales.

Un ejemplo clásico de esto es el problema de la regulación de los precios. Ciertas corrientes heterodoxas (aunque no Keynes, por cierto) parecen pensar que el Estado podría regular los precios de manera casi ilimitada. Esto no es así. Más allá de cierto punto se producen fenómenos de escasez, aparecen «mercados negros» y procesos de desinversión, etcétera. Entonces, emergen concretamente los límites del Estado para regular la economía y, más en general, los límites que tiene para intervenir de manera favorable a los trabajadores. En cierto punto, los gobiernos y el personal del Estado sienten la necesidad de dar solución a los problemas que creó su propia intervención porque afectan a la reproducción del aparato estatal: si la economía entra en crisis, el Estado no tiene recursos, pierde capacidades, etcétera.

Por lo tanto, la diferencia de fondo con la heterodoxia, creo yo, gira en torno a la naturaleza y el rol del Estado. En el keynesianismo, en el poskeynesianismo y en otras

corrientes heterodoxas existe la idea de que el Estado es un tercero que puede regular la acumulación de manera que las crisis desaparezcan, o de que la intervención del Estado puede hacer compatible el desarrollo capitalista con una tendencia permanente a la mejora de la vida de los trabajadores. Estas nociones, desde el punto de vista marxista, son utópicas. Existe un límite objetivo a esas intervenciones: en algún momento, la crisis se precipita y afecta al propio Estado; por ello, las mejoras en la vida de los trabajadores están siempre amenazadas, son precarias. Las épocas de retroceso, como pasó en toda la fase neoliberal, ponen de manifiesto esos límites: detrás del neoliberalismo está la crisis del keynesianismo.

MM. ¿Hay una teoría marxista de la crisis? ¿En qué consiste? Y, más en particular, ¿no hay una tendencia del marxismo a enfatizar unilateralmente su papel disruptivo de la dominación, subestimando su posible carácter disciplinante?

AP. Como lo demuestran la teoría del Estado, la teoría de las ideologías, la teoría de las clases, etcétera, el marxismo está en construcción. No podemos pensar que la teoría marxista es una teoría ya terminada. La construcción de varias ortodoxias y, en particular, la transformación del marxismo en ideología de Estado en los «socialismos reales», han hecho difícil el desarrollo de la teoría. Pero la derrota catastrófica de las estrategias revolucionaria y reformista de la clase obrera desde los setenta, ambas ligadas al marxismo, ha producido crisis y dispersión. De hecho, en muchos aspectos vemos que todavía nos encontramos en el lugar donde Marx dejó las cosas. Si bien hay muchos avances teóricos, son avances heterogéneos, fragmentarios, con bajo grado de integración. A lo que hay que agregar la marginalización de nuestro pensamiento en ámbitos intelectuales y académicos, acompañada de desconocimiento y caricaturización.

Sin embargo, las teorías marxistas de la crisis tuvieron mucho más desarrollo que otros temas. Lo que dejó Marx son apenas esbozos, en distintas partes de los *Grundrisse* y *El capital*, interpretables de modos muy diversos. El gran debate teórico sobre las crisis se inicia *después* de la muerte de Marx e incluso de Engels. En el marxismo clásico podemos encontrar explicaciones multicausales e incluso eclécticas, pero en todas ellas están presentes elementos de una teoría que explica la crisis por el subconsumo o insuficiencia de la demanda. Este enfoque ha seguido muy presente en el marxismo.



LA DIFERENCIA DE FONDO CON LA HETERODOXIA, CREO YO, GIRA EN TORNO A LA NATURALEZA Y EL ROL DEL ESTADO.

También desde los primeros debates encontramos a quienes explican las crisis como producto de la tendencia a la sobreproducción; en estos casos, el énfasis de la explicación está puesto en la anarquía de la producción capitalista. Las explicaciones por sobreproducción han ganado terreno entre los marxistas en las últimas décadas. Desde los años 1930 hasta la actualidad ha tenido mucha difusión la teoría de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, aunque en las últimas décadas muchos marxistas la han abandonado. Y después están las teorías más recientes, sobre el carácter financiarizado de las relaciones capitalistas en los últimos cuarenta años.

Ante tal variedad, no podemos hablar de «una» teoría sino de diversas teorías marxistas de la crisis. Pero lo que sí me parece importante destacar, como un rasgo compartido por la mayoría de esos enfoques, es el énfasis en la producción y en la tendencia al desequilibrio del proceso de acumulación de capital, que creo que es un punto de partida muy importante para entender la cuestión. En el centro del análisis marxista de la producción capitalista está la tendencia a la acumulación de capital;

dicha tendencia impulsa a aumentar continuamente la producción y esto es lo que genera desequilibrios y finalmente conduce a fenómenos de crisis. En los *Grundrisse*, Marx insiste mucho en este punto frente a la economía vulgar (hoy la neoclásica) pero también frente a la economía política clásica (y hoy diríamos también la heterodoxia). Marx señala una y otra vez que el problema central de la economía es que en el fondo siempre entiende la producción capitalista como producción para el consumo y al intercambio como intercambio mercantil simple. Más allá de los mecanismos específicos que conducen a las crisis (esto es lo que discuten, a fin de cuentas, las diversas teorías), el énfasis en la acumulación permanente —y el hecho de que esta acumulación tiene un límite, que conduce finalmente a la crisis— me parece el rasgo más valioso de las teorías marxistas de la crisis. Ante ciertas corrientes del marxismo, que en los últimos cuarenta o cincuenta años han puesto cada vez más énfasis en fenómenos de carácter financiero, creo que hay que volver a centrarnos en la producción.

Ahora bien, en lo que refiere al énfasis que la izquierda en general ha hecho en la crisis como momento de desestructuración de la dominación y, por lo tanto, como oportunidad política, creo que ha habido una subestimación del carácter disciplinante de la crisis. La crisis general —de eso hablamos— es una crisis de reproducción de la sociedad, es decir, un proceso de disolución de la sociedad, más o menos agudo según la crisis sea más o menos profunda. Puede ser catastrófico o puede desarrollarse gradualmente en el tiempo pero, como sea, se trata de procesos de crisis de reproducción de la sociedad, de disolución de los lazos sociales, que afectan a todos los sectores sociales. Y a medida que la crisis se profundiza, se agrava, se prolonga en el tiempo, afecta mucho a la clase trabajadora y a los sectores populares.

Ese efecto disciplinante es muy importante sobre todo en períodos de crisis de alternativa política. Porque ante la ausencia de alternativa política, la clase trabajadora, si está movilizadada y organizada, solo puede tener cierta capacidad de bloqueo. Y el éxito en el bloqueo a la ofensiva capitalista lo que tiende a provocar es una prolongación en el tiempo de la crisis y, en algún momento, inevitablemente, su profundización. Entonces es ahí donde el efecto disciplinante juega un papel importante.

En ese sentido, no creo que sea casual que este papel disciplinante apareciera como un problema en la Europa

→

→

de los años 1920 y los 1930, pasada la primera oleada revolucionaria tras la Revolución de Octubre y un contexto de reflujo y derrota de la revolución en Europa. En ese momento, la revolución dejó de ser vista como inmediatamente posible; creció la demanda de orden y empezó a hacer mella en los propios trabajadores. Lo mismo pasó en Argentina durante la hiperinflación: un fenómeno muy agudo de disolución de lazos sociales que generó una demanda de orden y de estabilidad en todos los grupos sociales. Y lo mismo podría pasar con fenómenos como el que vivimos actualmente en Argentina, con una prolongación indefinida de la crisis.

Ahora bien, también es cierto que, en tanto la crisis no está resuelta, el juego está abierto. Por lo tanto, es verdad que es una oportunidad política y que el futuro se juega también en los modos en que la clase trabajadora y los sectores populares se organizan y responden. Pero la estrategia a seguir no puede basarse en la idea de que la profundización de la crisis vuelve más probable la emergencia de procesos de radicalización popular, porque ese es solo uno de los cursos posibles.

MM. ¿Qué pensás del debate en torno a que asistimos al final del ciclo neoliberal del capitalismo?

AP. En principio hay que definir qué fue el neoliberalismo. Podemos decir que fue dos cosas: primero, una estrategia de ofensiva del capital contra el trabajo que se desarrolla tras la crisis del capitalismo de posguerra, una respuesta a la crisis de acumulación global y a la crisis del Estado keynesiano en USA, de los Estados de bienestar keynesianos de Europa, de los Estados populistas de América Latina y también de los «socialismos reales».

El neoliberalismo dio unidad y coherencia a una ofensiva que ya se había iniciado molecularmente: los procesos de deslocalización de capitales del centro a la periferia son parte de esa respuesta que comenzó entre fines de los sesenta y mediados de los setenta y que dieron inicio al proceso de internacionalización de la producción.

La especificidad de la estrategia de ofensiva neoliberal fue el uso de la coerción del mercado como medio de disciplinamiento. Esto no quiere decir que haya estado ausente la violencia o que no haya jugado un papel fundamental. Las dictaduras militares de los setenta en América Latina son una evidencia elocuente. Pero la violencia es un rasgo siempre presente en las estrategias de ofensiva del capital, no es una especificidad histórica.

El uso de la violencia estatal es un rasgo inherente a cualquier ofensiva capitalista, nunca va a estar ausente.

El problema es, entonces, ¿qué fue lo específico de la ofensiva neoliberal? Y es que la violencia estatal estuvo orientada a transformar las relaciones entre Estado y acumulación de modo que se convirtió al mercado en un medio de disciplinamiento, de desorganización de la clase obrera y de individualización de los comportamientos sociales. Se podría objetar que la coerción mercantil también es un elemento siempre presente en el capitalismo, pero esa coerción que estructura la relación de explotación capitalista se define, justamente, por su carácter económico, no político, como un aspecto esencial de la separación entre explotación y dominación que mencionábamos antes. En el neoliberalismo, la coerción del mercado se transforma en un arma política. La segunda dimensión del neoliberalismo, por lo tanto, es como modo de dominación política. Porque lo que vemos desde fines de los años 1980 (en algunos casos, desde principios de esa década) es la estabilización del neoliberalismo como modo duradero de dominación. Sobre la base de un proceso de internacionalización en marcha —y al que, a su vez, dio impulso—, la combinación de apertura comercial y financiera, desregulación de los mercados y políticas monetarias restrictivas transformó la coerción mercantil en un mecanismo duradero de dominación sobre masas desmovilizadas e individualizadas.

Sin embargo, ya desde la segunda mitad de los años noventa se empezaron a ver los límites de esa estructura de dominación y se desarrollaron una serie de crisis en la periferia: en el sudeste asiático en 1997, la crisis rusa de 1998, en el 2001 la crisis en Argentina y también la crisis turca... En fin, una serie de fenómenos puso de manifiesto que el mecanismo de dominación neoliberal se empezaba a agrietar. El mecanismo de coerción mercantil resultaba ineficaz como mecanismo de dominio y se desarrollaban procesos de movilización popular. En ese contexto, en algunas regiones de la periferia se desarrollaron ensayos posneoliberales. Es lo que ocurrió en gran parte de Sudamérica.

Una de las condiciones para que el neoliberalismo funcione es que el mercado sea eficaz para sostener la desmovilización. En la medida en que se producen procesos de movilización y los mecanismos de coerción mercantil empiezan a fracasar, podemos decir que

→



→

comienza la crisis del neoliberalismo. Tras la crisis mundial de 2008, la crisis de estos mecanismos se demostró cada vez más global.

La principal evidencia de esta crisis es la ruptura de la restricción monetaria. La restricción monetaria es un mecanismo esencial del neoliberalismo. Elmar Altvater, en un viejo artículo, decía que la política monetaria era la trinchera de la ofensiva neoliberal contra la clase trabajadora. No se trata simplemente de limitar la emisión como política antiinflacionaria. Se trata del uso político, disciplinante, de la moneda. Es un límite a la expansión monetaria y fiscal como respuesta a la presión de las demandas populares. ¿Qué significa, entonces, el fin de la restricción monetaria? Que de alguna manera los procesos de movilización obligan al Estado a relajar esa restricción. La emisión de moneda es una respuesta a demandas que comienzan a emerger y que no se pueden simplemente reprimir (no hablamos solo del ejercicio de la violencia material sino, sobre todo, de la coerción del mercado).

Esto me parece muy claro en Estados Unidos después de la crisis mundial de 2008. Las llamadas políticas de «flexibilización cuantitativa», al comienzo, fueron una respuesta a la crisis financiera, un mecanismo para transferir dinero a los bancos y a otras entidades financieras en un contexto de falta de liquidez. Pero llegaron para quedarse, y se transformaron en un mecanismo más o menos permanente hasta el alza reciente de los índices de inflación. Los sucesivos gobiernos (el final de la administración Bush, Obama, Trump y el propio Biden) no pueden escapar del aumento de gastos, el déficit fiscal y la expansión monetaria. Los intentos de volver al corsé monetario neoliberal no tienen viabilidad política.

Pero si volvemos la vista al resto del mundo podemos ver, como decíamos antes, que desde fines de los noventa y agudamente desde 2008 la crisis del neoliberalismo es un fenómeno global. En el caso de Rusia y su zona de influencia, particularmente el Cáucaso y Asia central, después de la crisis de 1998 comienza un proceso de salida del neoliberalismo. En todas esas economías se observa un rol creciente del Estado y una reversión parcial de las reformas neoliberales tras la disolución de la URSS. A eso hay que agregarle el crecimiento global de la economía china. Si bien China inicia su crecimiento con la transición al capitalismo desde fines de la década de los setenta, hasta fines de los años noventa la economía china no era un actor tan relevante. Pero desde

principios de los 2000 China aumentó notablemente su peso económico global. Y China es un país que nunca llevó adelante políticas neoliberales en el sentido que las hemos conocido en gran parte del mundo desde los ochenta. Podríamos seguir agregando casos: el caso japonés desde los años noventa que, ante el inicio de un largo estancamiento, giró hacia políticas de aumento del gasto público e inversión en infraestructura...

Entonces, en mi opinión, existe un conjunto de elementos que muestran claramente una crisis del neoliberalismo y la tendencia a su abandono, sobre todo a partir de 2008. La Unión Europea ha sido una excepción parcial. En particular en la zona Euro, la restricción monetaria y fiscal juega un papel político relevante por la modalidad de integración regional. La integración monetaria en un contexto en que los Estados nacionales retienen decisiones importantes en el terreno fiscal otorga a la disciplina monetaria impuesta por el Banco Central Europeo (BCE) un papel central. Pero también allí hay elementos de agrietamiento del mecanismo de coerción de mercado. Desde 2008 crecieron las presiones por el relajamiento de la restricción monetaria y las crisis de gobierno se han vuelto recurrentes en muchos de los países europeos. En ese contexto, creció la oposición a la Unión Europea. En fin, existen una serie de elementos tanto en la zona Euro como en la Unión Europea en general que plantean, si bien no una salida del neoliberalismo, sí una crisis en ciernes, e incluso cierta tendencia del BCE a relajar la restricción monetaria.

Ahora bien, que el neoliberalismo esté en crisis no quiere decir que no haya intentos de restauración neoliberal. En América Latina los hemos visto recientemente. Es el caso del macrismo en Argentina, que fue un intento de restauración neoliberal fallido. También podemos citar el caso brasileño, y la experiencia de Bolsonaro no se puede considerar tampoco exitosa.

Sin embargo, que el neoliberalismo esté en crisis a nivel mundial y que los intentos de restauración neoliberal en la región hayan fracasado no quiere decir que haya un proceso de mejora en la situación de las clases populares. La crisis del neoliberalismo es un aspecto de una crisis global que atraviesa el capitalismo desde 2008. Y el capitalismo no termina de encontrar respuesta. Se enmarca en un proceso de transformación muy profundo del capitalismo desde mediados de los setenta, una transformación como no veíamos desde fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Y en ese proceso de

crisis y de transformación profunda del capitalismo, las presiones por llevar adelante una ofensiva sobre la clase trabajadora son muy fuertes en todo el mundo. La emergencia de las nuevas derechas es un aspecto de este proceso. Sobre todo, frente a la ausencia de alternativas anticapitalistas, por lo menos en lo inmediato. Por lo tanto, la crisis del neoliberalismo no significa que estemos ante la inminencia de un giro progresista a nivel mundial. La crisis del neoliberalismo es el terreno de una disputa: hay intentos de restauración neoliberal, hay ensayos posneoliberales de izquierda o populistas como ocurrió en América Latina, y también hay nuevos fenómenos de derecha posneoliberal, que son cada vez más amenazantes.

En este sentido, yo creo que la difusión del término «neoliberalismo autoritario» ha tendido a inflar el concepto de neoliberalismo hasta volverlo inútil para entender lo que está ocurriendo. Porque autoritario, en mi opinión, tiende a dar cuenta de lo que empieza a ser el rasgo más claro de la respuesta a la crisis del neoliberalismo: una cierta repolitización de la lucha de clases. Es decir, si el neoliberalismo se caracterizó por un predominio de la coerción mercantil como mecanismo de disciplina, cuando el mercado empieza a fallar y la dominación se agrieta, aparece como respuesta cierta repolitización de la lucha de clases. Crece el papel del Estado en ese disciplinamiento. Me parece que el adjetivo «autoritario» que se agrega a neoliberalismo trata de captar esto.

Si me preguntás cuales son los rasgos de ese posneoliberalismo emergente, sinceramente no sé, porque estamos en un proceso de transformación y los bordes no se ven claros todavía, las tendencias no son tan claras. Pero un elemento que sí me parece persistente es esta repolitización autoritaria de la lucha de clases. Pero esa repolitización no es necesariamente progresiva, y eso nos devuelve al principio, cuando hablábamos de las diferencias con el keynesianismo, sobre si un mayor papel del Estado es siempre favorable a las clases populares. Si fuera el caso, una repolitización de la lucha de clases sería una buena noticia. Pero no necesariamente es así.

Una repolitización de la lucha de clases y un creciente papel del Estado pueden significar un proceso de disciplinamiento autoritario. En muchos lugares, lo que podemos ver es que, ante la dificultad del Estado para integrar demandas, se producen procesos mixtos: se integran las demandas de algunos sectores, se

reprimen o neutralizan las de otros. Experiencias tan disímiles como las de Turquía de Erdoğan, El Salvador de Bukele, la Rusia de Putin, la deriva autoritaria de la derecha republicana en Estados Unidos (el «trumpismo») y los mecanismos de integración y represión políticos del régimen chino parecen orientarse en esa dirección común. Incluso, tras el fracaso de la restauración neoliberal, el «bolsonarismo» en su etapa final en el gobierno y en su debut como oposición parece dirigirse hacia allí. En algunos casos, estas tendencias se desarrollan en los marcos de la democracia formal, aunque tensionando sus límites; en otros, en el marco de regímenes autoritarios.

Los fenómenos de crisis o al menos de puesta en discusión de los mecanismos de representación también son parte de estos cambios que están ocurriendo. Se pone de manifiesto en las disputas sobre los resultados electorales (EE. UU.), las luchas en torno a los mecanismos de elección popular y los cambios en los distritos electorales (Venezuela), la crisis de los gobiernos y la formación de mayorías parlamentarias (Unión Europea), etcétera, que la democracia tiene algo de ficción, que la construcción de una voluntad mayoritaria implica la definición de cómo se construye esa mayoría.

Ahora bien, el cuestionamiento a los mecanismos de representación no es del mismo tipo que a fines de los noventa y principios de los dos mil cuando, por ejemplo en Sudamérica, la crisis de representación tenía un elemento progresivo, en el sentido de que lo que se reivindicaba era la autoorganización popular, la acción directa de las masas, etcétera. Por el contrario, hoy aparece como un cuestionamiento a la democracia. Entonces, yo hoy no le veo un carácter tan progresivo a la crisis de los mecanismos de representación, por lo menos en lo inmediato... Desde la izquierda tenemos mucho para decir en relación a eso, pero lo cierto es que hoy esos cuestionamientos aparecen como parte de aquellos elementos de repolitización autoritaria de lucha de clases, como intentos de desconocimiento de las mayorías populares, sean cuales sean las formas de su construcción, intentos de exclusión de sectores populares que se movilizan y cuyas demandas no se pueden integrar, etcétera. Hablo de indicios, de tendencias incipientes, no necesariamente tiene que desarrollarse ese sendero. Lo central, en todo caso, en mi opinión, es que la repolitización autoritaria de la lucha de clases es un elemento común de estas formas posneoliberales. Incluso en aquellos gobiernos que intentan llevar

—>

→

adelante, por lo menos en sus intenciones explícitas o en sus discursos, salidas progresistas o de izquierda: veamos la deriva venezolana o lo que está ocurriendo en Nicaragua, e incluso —en un grado muy diferente y como manifestación de la combinación de potencia popular y disciplinamiento estatal— el papel de control de la movilización y la organización populares ligado a la expansión del gasto social, como sucede actualmente en Argentina y aprovechó muy bien el macrismo. Esto no es nuevo: conocemos de sobra ese costado autoritario de los Estados de bienestar de posguerra, a pesar de su embellecimiento posterior por algunos sectores de la izquierda.

MM. ¿Cómo entiende el marxismo la inflación? Y, más concretamente, ¿cuál es tu opinión sobre el retorno de la inflación como una problemática global?

AP. Primero, sobre el aspecto más conceptual de la inflación: antes decíamos que había una diversidad de teorías marxistas de la crisis, y con la inflación pasa algo parecido, porque el problema de la inflación está ligado a ciertas perspectivas marxistas sobre la acumulación, el dinero, etcétera.

En primer lugar, hay una diferencia importante con la heterodoxia, en particular con los keynesismos. Lo digo en plural porque es muy difícil atribuir a Keynes ciertas afirmaciones: si hay algo que Keynes jamás ha dicho —y tenía razón— es que se pueda emitir indefinidamente. Keynes decía que mientras hubiera niveles altos de desempleo podía emitirse sin que esto generara inflación o, por lo menos, no una alta inflación; pero que más allá de cierto punto empezaba a aparecer lo que llamaba la «verdadera inflación». Es decir, la emisión descontrolada no podía ser la respuesta a los problemas económicos. Keynes nunca dijo esto.

Pero en las últimas décadas han aparecido reinterpretaciones del keynesianismo y del poskeynesianismo que han negado cualquier vínculo entre emisión monetaria e inflación y que han tendido a aseverar que es posible emitir dinero siempre sin que esto genere inflación.

Afirmar que existe un «lado monetario» de la inflación no es lo mismo que decir, como dicen los neoclásicos, que la inflación es puramente de origen monetario y que la emisión monetaria *per se* genera inflación. Esto evidentemente también es falso. Nunca se ha podido demostrar una correlación entre la emisión monetaria y la inflación como la que pretenden los neoclásicos, no existe tal cosa.

Los neoclásicos sostienen que el dinero es exógeno, es decir, que la determinación de la cantidad de dinero es básicamente una decisión política. Un aspecto valioso de las perspectivas poskeynesianas (los poskeynesianos tienen un punto a favor en esto respecto de Keynes), es que han enfatizado que el dinero es endógeno. Afirman que la cantidad de dinero depende, básicamente, de la demanda de dinero que genera la propia economía.

Ahora bien, en las últimas décadas entre los poskeynesianos surgió una corriente —que tiene su mayor expresión en la llamada Teoría Monetaria Moderna— que, simplificando, plantea que podríamos aumentar siempre la cantidad de moneda sin efectos inflacionarios porque eso provocaría un aumento de la demanda, ese aumento de la demanda generaría una expectativa de mayor ganancia y, por lo tanto, un aumento de la inversión. Entonces siempre tendríamos niveles de inflación bajos, no se desataría un proceso inflacionario.

Para los marxistas esto no es así y, en general, aceptamos que existe un lado monetario de la inflación. Las explicaciones que dan los keynesianos y la mayoría de los poskeynesianos de los fenómenos económicos, en última instancia, son subjetivas, dependen de la psicología de las personas, de lo que esperan, de las expectativas que se forman. Para los marxistas existen determinaciones materiales, objetivas, de la acumulación de capital y de su tendencia a las crisis. La inversión depende, en lo esencial, de la tasa de ganancia, y que la tasa de ganancia sea más alta o más baja no depende de expectativas. La inversión depende también de ciertas condiciones sociales, por ejemplo, será baja si existen problemas de dominación política que hagan que el marco de la inversión sea inestable. En tales condiciones —baja tasa de ganancia, problemas de dominación política, etcétera—, por más que se emita moneda e incluso que esto se traduzca en aumentos de la demanda, es altamente probable que la inversión no aumente o no aumente lo suficiente. Esto genera desajustes que terminan produciendo inflación. En particular, el financiamiento permanente del déficit fiscal por la vía de la emisión monetaria en condiciones de baja inversión puede generar fenómenos inflacionarios.

En segundo lugar, la inflación expresa ciertas relaciones de fuerzas. Antes yo hablaba de la restricción monetaria: si la respuesta frente a ciertas demandas es la restricción monetaria, lo más probable es que todo un conjunto de fenómenos económicos que comúnmente asociamos con la inflación —el ejemplo más usual,

los aumentos de salarios— no se expresen de manera inflacionaria, que incluso las crisis den lugar a una dinámica deflacionaria, como pasó en Argentina en los años noventa.

Ahora bien, la ruptura de la restricción monetaria no es el simple producto de una decisión política, como sostienen los neoclásicos; tiene que ver con cierta incapacidad política para sostenerla. En muchos casos, lo que sucede es que la propia movilización de los trabajadores genera un relajamiento de la emisión monetaria, es decir, que se responda a esas demandas aumentando el gasto, emitiendo moneda, etc., en condiciones en que la inversión, por razones objetivas, no aumenta o no lo hace lo suficiente. De esa manera se valida el aumento de gastos, se valida el aumento de los ingresos populares, etcétera. En esas condiciones de ruptura de la restricción monetaria pueden aparecer, entonces, fenómenos inflacionarios.

Pero veamos ahora cómo opera esto concretamente para entender lo que pasó en los últimos años a nivel mundial y por qué tenemos fenómenos de inflación a nivel global.

Primero, independientemente de algunas de las cuestiones que estuvimos planteando, tenemos factores que impulsan el aumento de los precios por el lado de los costos de producción. Efectivamente, aumenta el precio de la energía producto de la guerra de Rusia contra Ucrania, y esto impacta en el costo de producción de las mercancías. Tenemos, además, problemas de suministro que se originaron con la pandemia. La internacionalización capitalista hizo de la producción un proceso global, lo que vuelve muy dependiente la cadena de suministros de ciertas condiciones de la circulación de mercancías a nivel mundial. La pandemia alteró estas condiciones de circulación y generó cuellos de botella en el suministro de determinadas materias primas, insumos, etcétera, que crearon presiones inflacionarias.

Todo esto ha jugado un papel en el aumento de precios de los últimos años, pero lo llamativo es cómo distintos fenómenos se expresan últimamente de manera inflacionaria después de 40 años de baja inflación. Incluso la inflación núcleo en Estados Unidos, sacando energía y alimentos, es históricamente alta. Creo, entonces, que es posible adjudicar los aumentos generalizados de precios de los últimos años a nivel global, y cierta tendencia a que fenómenos muy diversos se expresen de manera inflacionaria, al relajamiento de la

restricción monetaria que identificamos como uno de los indicadores de la crisis del neoliberalismo. Allí donde aparecen obstáculos, restricciones, a la inversión, al aumento de la oferta, pueden desarrollarse tendencias inflacionarias. Yo creo que es una combinación de factores coyunturales (pandemia, guerra de Ucrania) y de transformaciones en la estructura de dominación lo que explica el retorno de la inflación.

MM. ¿Y cómo explicás la prácticamente crónica inflación en Argentina?

AP. En Argentina tenemos una larga historia de inflación. En todo caso, en Argentina podemos decir que lo que sucede en estos momentos es que se agudizan tendencias que son locales. La aceleración de la inflación el último año obedece también en parte a estos problemas globales. Pero tenemos un problema de inflación profundo en el país. Pensemos que estamos hablando, aproximadamente, de un 10% de inflación anual en Europa... en Argentina esa cifra alcanza el 100% anual. Entonces, efectivamente hay un problema más profundo y de larga data. Pero acá no me quiero ir tan atrás; quisiera limitarme a lo que pasa desde 2002 en adelante, desde la salida del plan de convertibilidad hasta hoy.

En el plano más general, existe un elemento que ha señalado el estructuralismo económico latinoamericano, en particular en Argentina, que creo que es correcto: la tendencia a la restricción externa al crecimiento. El hecho de que cuando la economía argentina crece tienden a aparecer problemas en el sector externo. Básicamente, faltan dólares porque salen más dólares de los que entran, por diversos motivos. El primero, el más profundo, tiene que ver con las importaciones que se generan por la propia producción; la industria argentina es una industria deficitaria que importa más de lo que exporta. Muchos de estos sectores orientan la producción hacia el mercado interno y otros, aunque exportan, no compensan lo que importan. Hay algunos sectores industriales que son netamente exportadores, que son superavitarios. Son los sectores que industrializan recursos naturales y otros de manufactura de origen industrial de bajo valor agregado. Pero, en líneas generales, se trata de una estructura industrial que genera déficit comercial.

También inciden otros comportamientos, como la fuga de capitales de los capitalistas locales, la remisión de utilidades de las empresas extranjeras y la salida de

—>

→

dólares por pago de intereses de la deuda externa. Y en los últimos años se suma también el tema de la energía, que fue particularmente duro este último año por el aumento de precio del petróleo y del gas. Entonces existe un problema de restricción externa al crecimiento, que durante las fases expansivas tiende a generar déficit de cuenta corriente y que produce presiones por la devaluación. Y la devaluación genera inflación. ¿Qué es la devaluación? La pérdida de valor de la moneda local, que hace que los precios expresados en moneda local aumenten, incluso aunque tengamos deflación en dólares, que es lo que suele pasar en los procesos de crisis. Tenemos un aumento notable de los precios en moneda local y una caída de los precios medidos en dólares: eso pasó en los últimos años.

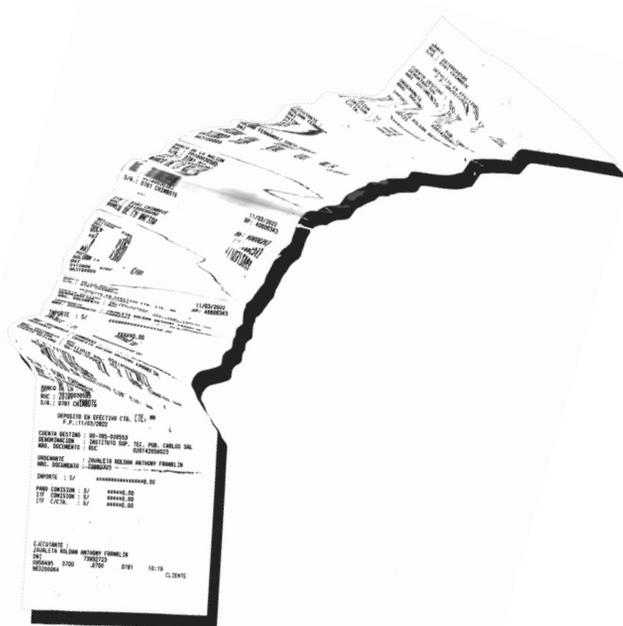
Ahora bien, ¿cómo se responde a esa presión recurrente por la devaluación? Ahí entran a jugar otros elementos. Y para abordar esto quiero venir más acá en el tiempo, a la crisis de la convertibilidad en 2001. La crisis de la convertibilidad obedeció a factores de restricción externa, de falta de divisas, de la dinámica desequilibrada de crecimiento de un capitalismo dependiente periférico como el de Argentina. Pero en parte también respondió a la capacidad de la clase obrera de bloquear esa salida deflacionaria a la que me refería antes, de sostener un proceso deflacionario en el tiempo. Grecia demuestra que se puede; demuestra que era posible una salida que no fuera del tipo de la que se produjo en Argentina. En ese sentido, la movilización popular de diciembre de 2001 rompió la restricción monetaria, obligó a la devaluación e hizo que retorne esa tendencia a la expresión inflacionaria de ciertos fenómenos económicos y políticos (que, como decíamos, tienen una larga historia en Argentina).

Como la salida de la crisis de 2001 estuvo determinada por la movilización popular, la recomposición del poder político requirió la integración de demandas. Y ese proceso de integración de demandas se desarrolló en base a políticas fiscales y monetarias expansivas en un marco de comportamiento inversor reticente. Ese, de manera muy simplificada, es el núcleo del problema inflacionario, que se agudizó con la vuelta del déficit fiscal y de los problemas de restricción externa entre 2010 y 2011. A partir de ahí se combinan los problemas locales, la tendencia inflacionaria local, con los problemas globales: la crisis global de 2008 y su impacto pleno en la región después de 2013, tras la desaceleración de

China y la caída de los precios de los *commodities*. En este escenario global se desarrollaron presiones renovadas por el ajuste y la reestructuración. Cuando hablamos de reestructuración nos referimos a una renovación profunda de la base productiva local —la última se produjo en la primera mitad de los noventa—, a una transformación de los procesos de trabajo y un cambio en la estructura de gastos y funciones del Estado de naturaleza regresiva. Pero esas presiones se desarrollaron en un contexto local marcado por el bloqueo popular a los intentos de avanzar en ese proceso de reestructuración. Eso explica la irresolución de la crisis y la tendencia a la espiralización de devaluación e inflación.

Yo creo que en la base de la dinámica inflacionaria de los últimos diez años está esto. Después, específicamente, los momentos de aceleración o de cierta desaceleración requieren explicaciones particulares que me llevarían a una discusión mucho más larga...

Sin embargo, hay ciertas evidencias de que en el marco del estancamiento y la crisis las grandes empresas exportadoras han avanzado en el proceso de reestructuración y está además la discusión previa, la referida al impacto de la prolongación de la fase de estancamiento y crisis en la capacidad y la voluntad de bloqueo popular. Los procesos inflacionarios son particularmente eficaces para desarmar la resistencia popular en ausencia de alternativas políticas. ×



las armas de la crítica

ATACAR EL PROBLEMA DE RAÍZ

Más allá de la «lógica del capital»

Para algunas corrientes marxistas, el capital es una relación social que engloba dentro de sí al conjunto de la sociedad, la historia y la subjetividad. En un concepto tal, ¿cuál es el papel de la crítica o la acción humana? ¿Cómo es posible el cambio histórico? En realidad, es necesario entender de otra forma la caracterización marxista del capitalismo.

Amenudo se acusa al marxismo de negar el rol de la agencia y la subjetividad en la historia. El marxismo ortodoxo, sobre todo bajo la forma del *diamat* soviético, fue un determinismo económico (o tecnológico) fuerte, basado en una filosofía de la historia eurocéntrica con una idea problemática del progreso. Para esta versión del materialismo histórico, en

efecto, todas las sociedades deberían atravesar la misma evolución temporal, moviéndose inevitablemente desde el comunismo primitivo hasta el socialismo, pasando por los modos de producción esclavista y feudal en una serie ascendente y preordenada. Esta visión «teleológica» no solo excluía la diversidad cultural y la singularidad social, sino que minimizaba el papel de la acción humana

en la historia. Si el desarrollo histórico está decidido, y la venida del socialismo es una necesidad histórica objetiva, ¿para qué pelear por la revolución?

Al menos desde los años 60 del siglo pasado, aparece una serie de *nuevas lecturas de Marx* que rompen con la filosofía progresista de la historia. Estas nuevas teorías se concentran, en cambio, en la *especificidad histórica* del capital como forma social. Corrientes como la *Neue-Marx Lektüre* (Backhaus, Reichelt, Heinrich, Elbe) y la *Wertkritik* (Kurz, Trenkle, Scholz, Jappe) alemanas, la «lectura categorial» desarrollada por Postone, la «nueva dialéctica» de Arthur, entre otras, enfatizan que las formas sociales capitalistas son históricamente determinadas y no estaban llamadas a surgir por una necesidad histórica previa. En el capitalismo, las personas somos «dominadas por abstracciones», o el nexo social está constituido por las formas abstractas, ciegas e impersonales del



capital, el valor y la mercancía. Solo bajo la égida del capital aparece una lógica social objetiva que estructura lo social en sentido de totalidad. Pero el surgimiento de esas formas sociales abstractas fue contingente: podría no haber ocurrido. Las nuevas lecturas de Marx, con todas sus diferencias, tienen un denominador común: estudian la «lógica del capital» como un sistema *sin crónico* de conexiones fundamentalmente *internas* como las que encontramos entre el valor, la mercancía y el capital. Un rasgo de estas lecturas es que leen a la sociedad moderna como el «sistema del capital», como un plexo de relaciones internas entre categorías sociales abstractas fuertemente articuladas en un orden lógico-estructural.

Ahora bien, el problema de la agencia y la contingencia reaparece también en el contexto de las nuevas lecturas marxianas, aunque planteado en términos de especificidad histórica. Si la lógica del capital como «sujeto automático» configura un

sistema cerrado, ¿cómo es posible criticarla y, eventualmente, superarla?

¿Cómo es posible la crítica del capitalismo?

En otras palabras, en las nuevas lecturas reaparece un viejo debate marxista sobre cuán «internamente compleja» es la sociedad capitalista. ¿Todo lo que pasa en la sociedad capitalista tiene que derivarse «dialécticamente» de la forma valor y la acumulación? ¿Todas las dimensiones objetivas y subjetivas de nuestra realidad presente son *momentos mediatos de la lógica del capital*? Hay aspectos muy importantes de la realidad que no parece que admitan una derivación dialéctica semejante. Dramáticos procesos en curso, como el calentamiento global o la extinción de especies, no surgen *solamente* de la dinámica del capital y sus mediaciones internas. Para explicarlos necesitamos, entre otras cosas, una teoría *interdisciplinaria*

sobre cómo interaccionan procesos *realmente diferentes*, como el ciclo del capital y la estabilidad biosférica o ecosistémica. Cuando el capital choca con la estabilidad ambiental, nos enfrentamos a «contradicciones» muy diferentes de las que caracterizan a la caída de la tasa de ganancia o la sobreproducción. Las crisis ambientales son causadas por el choque exterior, la *oposición real*, entre el capital y la naturaleza.

Se suele decir que Marx no nos legó una teoría de la *política*, la *acción* y la *transformación social* de la magnitud, densidad conceptual y articulación intelectual de su crítica madura de la economía política. Esta «falta en el origen» de la tradición no se refiere solamente a la teoría del estado, sino también al más fundamental *problema de la subjetividad*. Sin una teoría del sujeto, la crítica del capitalismo permanece en el plano *estructural*. Las estructuras sociales delimitan *posibilidades y restricciones* histórico-objetivas para la

→

→

acción humana. Las posibilidades reales, efectivas de la acción no son producto de una agencia subjetiva abstracta, separada del mundo, sino de determinaciones objetivas que enmarcan y constituyen al sujeto. La idea misma de *subjetividad* es materialista en este sentido. Cuando hablamos de subjetividad nos referimos a un sujeto *descentrado*, que no tiene soberanía pura sobre sí mismo porque es constituido por contextos estructurales (sociales, simbólicos, técnicos y hasta biológicos) que lo enmarcan o exceden.

Ahora bien, en la propia tradición marxista no hemos logrado una posición superadora sobre el problema de cómo se constituye y de dónde surge la subjetividad transformadora. Falta explicar el *paso de la dimensión estructural-objetiva a la acción efectiva*. En otras palabras: ¿cómo se constituye la subjetividad crítica, transformadora y potencialmente revolucionaria? ¿Cómo es posible el cambio histórico en la sociedad capitalista?

La crítica antagónica del capitalismo

Desde mi punto de vista, existen dos grandes respuestas a la pregunta de arriba en el marxismo contemporáneo: la respuesta *antagónica* y la respuesta *inmanente estricta*. Para las corrientes antagónicas, como el marxismo abierto (Bonefeld, Holloway), el *operaismo* (Negri) y parte del marxismo latinoamericano (Dussel, Echeverría), el *punto de vista de la crítica social* se explica porque existe un elemento *parcialmente externo al capital*. Este elemento externo, no del todo subsumido,

tiene varios rostros posibles: la subjetividad proletaria, las formas de sociabilidad comunitaria que resisten la desposesión, la política de los sectores subalternos y, también, la vida en contradicción con el capital. Estas corrientes afirman que *la forma valor y el capital no totalizan a la sociedad*. Existen elementos *subordinados* a la forma valor, pero que no son *producidos* por ella. Esos elementos solo se amoldan en la totalidad capitalista de manera incompleta y abierta a disputa.

Llamo a esta perspectiva *crítica antagónica del capital* porque se funda en el antagonismo irreducible entre el capital y ese otro (no del todo) subsumido. Casi toda la crítica marxiana es inmanente en un sentido muy amplio. Es una crítica que parte de sociedad capitalista constituida y no de postulados normativos formales o ajenos a las condiciones encarnadas de la práctica. Sin embargo, para estos teóricos hay dimensiones de la subjetividad *que son parte de la sociedad capitalista pero son externas al capital, no son meros atributos de la acumulación y no son constituidas por la forma valor*. Esta clase de crítica es inmanente en relación con *la sociedad capitalista compleja y abierta*, pero se funda en «entidades» *parcialmente externas a los mecanismos de la valorización*. Antonio Negri es tal vez el marxista que más enfatizó esta exterioridad parcial: «insistamos una vez más en la autonomía de los factores que se presentan en la síntesis. La separación del trabajo como capacidad, como valor de uso inmediato, es radical: su relación con el valor, es decir, con el mando, la propiedad, el capital, es inmediatamente forzada» (1991, p. 68).

La *autonomía de clase* es una cuestión *ontológica*, de independencia *existencial* entre el trabajo y el capital. Por usar la terminología de Enrique Dussel (1988), el «trabajo vivo» es *exterior* al valor y no se identifica con el trabajo asalariado, el trabajo subordinado al capital. La *subjetividad incorporada* del trabajo vivo no es creada por el capital y debe ser *subsumida* por él cada vez. En los términos más universales de la economía feminista hay una contradicción fundamental entre vida y capital (como dice Amaia Pérez Orozco). Por decirlo con Bolívar Echeverría, la *forma natural* de producción, el trabajo concreto que crea valores de uso, está subordinada a la forma valor, pero no es creada por ésta. Subsumir es *imponer una norma sobre una exterioridad*: no es crear ni producir, sino subordinar y obligar. Las *resistencias a la subsunción* son, entonces, lo que hace posible la crítica del capital en términos teóricos y su eventual superación en términos prácticos.

La crítica inmanente estricta

Existe un segundo grupo de teóricos, que podríamos llamar críticos inmanentes estrictos. Esta crítica es *inmanente en sentido estricto* porque no solo explica sus categorías analíticas a partir de la objetividad de la sociedad capitalista (este punto es compartido por las dos corrientes), sino que también *atribuye las potencias de transformación social a la subjetividad subsumida por el capital*. Las potencias del cambio social no se basan en restos de subjetividad no subsumida, sino en la *subjetividad subsumida* por

el capital. Moishe Postone es particularmente claro al respecto:

El enfoque que esbozaré no niega la existencia o la importancia de las tendencias no capitalistas residuales, que pueden introducir cierta heterogeneidad en el orden dominante y promover una distancia crítica hacia él; pero sí proporciona la base para una crítica de aquellos intentos teóricos que se centran exclusivamente en tales tendencias porque consideran el capitalismo como un todo unitario. Mientras que tales enfoques del problema de la resistencia y la oposición conciben a la sociedad capitalista solo como cosificada y deformante, y tratan el pensamiento y las prácticas críticas como históricamente indeterminadas, *el análisis del capitalismo como una sociedad contradictoria busca indicar que las posibilidades para la distancia crítica y la heterogeneidad son generadas socialmente desde el marco del propio capitalismo*. Sienta las bases para una teoría histórica de la subjetividad (que incluye formas oposicionales de subjetividad) que, a mi juicio, es mucho más poderosa que los esfuerzos teóricos que presuponen un simple antagonismo entre el orden social existente y formas críticas de subjetividad (1993, p. 38, cursivas agregadas).

Guido Starosta, siguiendo a Juan Iñigo Carrera, elogia esta posición: «cualesquiera poderes transformativos que tengan los trabajadores (...) deben ser una determinación inmanente engendrada por el

movimiento alienado del capital como sujeto, y no externos a él» (2004, p. 46). Postone y Starosta proponen una teoría de la *constitución social (capitalista) de necesidades subjetivas capaces de trascender al capitalismo*. El primero se refiere a los nuevos movimientos sociales; el segundo, a la lucha de clases. En ambos casos se proponen explicar la génesis de la agencia transformadora como un resultado de las dinámicas estructurales propias de la propia sociedad capitalista.

¿Es posible una posición superadora?

Desde mi punto de vista, la posición antagónica es, en lo fundamental, *ontológicamente correcta* pero por razones completamente explicables en términos materialistas, es decir, sin apelar a visiones míticas de la libertad o la subjetividad humanas como algo indeterminado. La subjetividad humana no puede reducirse a los mecanismos de la socialización, sean los del capital u otros. El sujeto nunca encaja con su posición en la estructura, por lo que la subjetividad proletaria tiene (en parte) *autonomía ontológica* con respecto al trabajo alienado. No definiendo esta posición desde ninguna clase de subjetivismo abstracto o expresivo, como encontramos a veces en el marxismo abierto (Bonefeld) y también en Dussel. El sujeto no es un nodo de agencia inefable e indeterminada, una pura potencia ajena a órdenes de objetos. En cambio, voy a defender la tesis de la autonomía de la subjetividad proletaria sobre la base de un *materialismo naturalista* y por lo tanto de un *objetivismo ampliado*.

Hablo de una posición superadora porque también tengo acuerdos importantes con la posición de la crítica inmanente estricta. Comparo que es preciso explicar la agencia subjetiva a partir de determinaciones objetivas. Pero esas determinaciones objetivas que constituyen la subjetividad son irreducibles al capital o el valor. Dependen de un conjunto enmarañado de mecanismos y procesos (biológicos, psíquicos, sociales) *complejos y múltiples* que estructuran a la sociedad como sistema abierto. La subjetividad humana, al igual que la producción material, es transformada o moldeada, pero no constituida, por el capital y la forma valor. Esto lleva a pensar la contradicción entre el capital y el trabajo en términos *a la vez* antagónicos e inmanentes.

Lucha de clases y crítica inmanente

Las contradicciones de clase, desde mi punto de vista, tienen dimensiones internas y externas con respecto a la dinámica del capital. Son a la vez inmanentes y antagónicas. En su aspecto interno, incluyen lo que podíamos llamar las *contradicciones normativas* de la acumulación. El capital como relación social presupone estándares normativos legitimadores que, sin embargo, niega —o realiza muy mal— en la práctica. La *igualdad* y la *libertad* jurídicas están presupuestas en el contrato de trabajo, donde tienen a la vez una realización distorsionada. Adrián Piva (2017), en una importante discusión con Ernesto Laclau, muestra que la relación de clase en la sociedad capitalista es *objetivamente*

→



→

contradictoria, porque presupone la igualdad y la libertad, pero las desmiente en el acto de realizarlas.

La relación de explotación capitalista es objetivamente contradictoria en la medida que supone y constituye a los pares opuestos igualdad-libertad / desigualdad-coacción como polos de la misma relación, esto es, para decirlo en los términos de Laclau, en la medida que constituye simultáneamente la relación de subordinación y la perspectiva normativa (categoría) desde la que es posible mirarla como relación de opresión (Piva 2017, p. 209).

El capital presupone la igualdad y la libertad en términos no solo de *legitimación* sino también *funcionales*, ya que son condiciones formales del contrato de trabajo y por lo tanto de la explotación (y sin explotación, no hay acumulación). Al mismo tiempo, el capital niega esos principios

y normas sociales, que presupone como lógica social. El contrato de trabajo da pie a formas de subordinación y coacción en la producción y la conducción de la vida económica. Esto posibilita su *crítica inmanente*. La forma social del capital *niega los principios normativos que presupone* de manera necesaria y constante. Es preciso hacer una *crítica inmanente estricta del capital*, y mostrar que esta forma social denega, de manera sistemática, estructural y necesaria, los principios normativos que enarbola, no solo para legitimarse sino también para funcionar.

Ahora bien, la oposición entre clases es *también* un antagonismo entre mecanismos, o regímenes de la realidad, exteriores entre sí. *También* es el caso que la subjetividad proletaria tiene una historia, necesidades, deseos, etc., *otros* que los puestos por el capital, en el simple sentido de que la dinámica del capital no es el único mecanismo que gobierna la subjetividad humana o la historia social de la clase

trabajadora. Esa subjetividad surge de la densidad compleja de la biología y la historia social, transidas por temporalidades múltiples, transformadas pero no producidas por el capital. La dinámica de la acumulación siempre se enfrenta a y se articula con estructuras preexistentes, biológicas, culturales, sociales, cuya operatoria modifica pero no crea. La autonomía de clase no se refiere a la imaginaria unidad total de los sujetos proletarios, que resistirían al capital desde una intimidad incontaminada por lo social. En cambio, remite a dimensiones y procesos contradictorios en la subjetividad, que expresan en parte necesidades y potencialidades propias, diferentes de las gobernadas por el capital.

Variables parcialmente independientes

El marxista belga Ernest Mandel, desde mi punto de vista, abordó los problemas de arriba de manera muy productiva ya en los años 80. Mandel dice que el capitalismo se explica por «variables parcialmente independientes», con desarrollos causales y temporales diferentes, no siempre armónicos, pero que componen un sistema abierto. El capital tiene una lógica interna que se puede formalizar. Es correcto, hasta un punto, construir esa lógica interna como un sistema «total», donde los diferentes elementos (el valor, la mercancía, el capital) son momentos de una totalidad orgánica integrada. Pero esa «lógica pura» del capital se implanta en un medio social, histórico e incluso biosférico preexistente, que no fue construido por el valor y la

mercancía, y que hasta un punto los resiste. La *implantación efectiva* de la lógica del capital depende de elementos parcialmente externos, que no pueden *derivarse* como mediaciones dialécticas de la dinámica de la acumulación.

La lógica del capital es el aspecto principal de ese sistema agregativo complejo que llamamos *sociedad capitalista*. Ante todo, como decía arriba, esa lógica social impone restricciones muy fuertes a la acción. Por ejemplo, un Estado capitalista no puede obstruir la acumulación o interferir con la tasa de ganancia por mucho tiempo, o entra en crisis como Estado (sufre problemas de legitimación social y solvencia fiscal, etc.). Esa restricción estructural explica que muchos gobiernos progresistas, en momentos de ciclo económico a la baja, se vuelvan «ajustadores» *más por el peso ciego del contexto que por voluntad perversa de los dirigentes*. La dinámica estructural que impone esas políticas es irreductible a la correlación de fuerzas entre clases. Mandel resume las determinaciones estructurales del capital en diez «leyes», de las cuales la última es hoy rechazada por casi todo el mundo (el mismo Mandel ya dice, en su tiempo, que muchos marxistas no la aceptan).

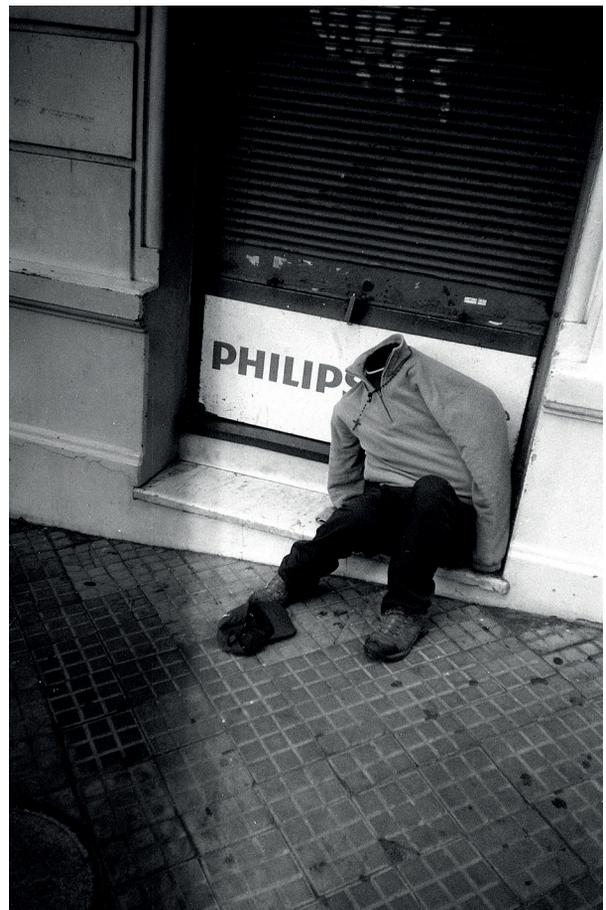
1. la ley del valor
2. la ley de acumulación de capital
3. la ley de la plusvalía
4. la ley de igualación de la tasa de ganancia
5. la ley de concentración y centralización del capital
6. la ley de la tendencia al alza de la composición orgánica del capital
7. la ley de la lucha de clases en la determinación de los salarios

8. la ley de tendencia a la disminución de la tasa media de ganancia
9. la ley de la naturaleza cíclica de la producción capitalista y de la inevitabilidad de las crisis de sobreproducción
10. la ley del colapso inevitable del sistema (*Zusammenbruchs-Theorie*)

Estas «leyes de Mandel» pueden parecer demasiado ligadas al marxismo ortodoxo, y seguramente les

falta una comprensión más precisa del carácter históricamente determinado del valor y el capital como formas sociales. Con todo, la idea de una *articulación discordante* entre momentos *necesarios y contingentes, internos y externos* a la lógica social, me parece adecuada. Algunas determinaciones básicas de nuestra vida social son impuestas por la lógica interna del capital (por ejemplo, a largo plazo la baja de la

→



→

tasa de ganancia es *inevitable*). Pero esas determinaciones solo *operan efectivamente* en un medio *externo* a esa lógica, en relación con variables parcialmente independientes de cualquier dinámica sistémica. Estas variables se explican por la inserción del capitalismo en un medio social y natural preexistente, *parcialmente* externo a la «ley del valor» y las categorías asociadas.

El sistema capitalista y el entorno en el que opera pueden, a su vez, verse como una «unidad» superior (menos pura, menos homogénea que el «capitalismo puro», pero sin embargo una unidad), en la que ambos lados —el sistema y el medio ambiente— no pueden separarse mecánicamente uno del otro (Mandel 2022, p. 115).

Esta manera de pensar es, de hecho, defendida por varios marxistas vinculados a las «nuevas lecturas de Marx», como el ya citado Chris Arthur, Richard Westra, Robert Albritton e incluso Kozo Uno. La dinámica de totalidad gobernada por un sujeto alienado (el capital) no se realiza nunca en la realidad histórica concreta. Solo se da en el nivel *modélico* de la abstracción teórica. Explicar la lógica del capital como si no tuviera exterior es necesario para abstraer el mecanismo de la acumulación del conjunto de factores contextuales que operan de manera concurrente en la vida histórica. Pero, en sistemas abiertos (es decir, *en el mundo real*), el capital no es el único poder causal operante (Estra 2018, p. 16). Volviendo a Mandel, la *lucha de clases* está entre esas variables parcialmente independientes:

La experiencia confirma lo que sugiere el análisis teórico: el nivel y la intensidad de la lucha de clases en un país determinado en un momento determinado está en una relación mucho más directa con la militancia acumulada por la clase obrera como resultado y efecto de las fases previas del ciclo económico, que de los niveles de desempleo vigentes (Mandel 202, p. 118).

Hay un desfase temporal entre la lucha de clases y el ciclo del capital. La razón es simple: la subjetividad proletaria no es un mero atributo de la acumulación, porque surge de una historia (social, biológica, cultural, psíquica) abierta y compleja, transformada por la acumulación pero irreductible a ella. Puede decirse algo similar de la naturaleza extrahumana. Como enfatiza la tradición ecomarxista preconizada por John Bellamy Foster, la naturaleza es externa al capital, que puede subsumirla pero no crearla. El medio ambiente, como la subjetividad humana, porta dinámicas y necesidades propias que no se deducen de la lógica social. Esto no significa que el capital se enfrente a una naturaleza prístina, no modificada por la tecnología y la sociedad. Significa que, cuando el capital subsume la naturaleza, ésta conserva su autonomía ontológica frente a la sociedad, y por lo tanto «devuelve el golpe» en una serie de efectos disruptivos o «rupturas metabólicas» (deterioro de los suelos, cambio climático, deforestación, extinción de especies, etc.).

Lo anterior significa que las formas del antagonismo social no se pueden derivar inmediatamente de la lógica del capital, *aunque ninguna*

opera separada de la otra. El factor subjetivo *desencaja temporalmente* con las constricciones estructurales de la acumulación. No es su simple resultado interno. Los análisis que ponen todo el poder causal en la «correlación de fuerzas» entre clases son parciales, unilaterales, porque ignoran el factor *estructural*, las constricciones y posibilidades sociales impuestas por la «lógica del capital». Esos análisis desconocen que la lucha de clases (y la política en general) no opera en un vacío de determinaciones sociales, sino en un contexto atravesado por la compulsión a acumular como determinación social fundamental. Al mismo tiempo, los análisis que buscan deducirlo todo del movimiento del «capital como sujeto» son unilaterales porque *reducen el elemento subjetivo o agencial al estructural*, sin prestar atención al desfase temporal y causal entre ambos. Lo interesante es pensar siempre la interacción dinámica, llena de *loops* imprevisibles, entre las dos dimensiones, tanto a nivel nacional como internacional.

La lógica del capital y su afuera

El capital, por todo lo anterior, se enfrenta a «contradicciones» intrínsecas (niega sus presupuestos normativos y/o funcionales) y extrínsecas (subsume trozos de realidad no puestos por él mismo, se enfrenta con *realidades otras* que gobiernan el trabajo y la naturaleza). Teorizar el capitalismo (o, mejor, la *sociedad capitalista*, como dice Omar Acha) exige ir más allá de la lógica del capital pero sin remitir a ningún misticismo del sujeto. Las contradicciones de

clase, en particular, tienen a la vez determinaciones inmanentes y externas, articuladas en la intersección tensa entre los sujetos encarnados y su socialización.

Desde un punto de vista materialista, la sociedad no es una totalidad autocontenida al modo de las estructuras simbólicas, donde todos los elementos son constituidos por relaciones internas. Es un sistema *abierto*, compuesto de múltiples mecanismos, una «desunidad descentrada», *tanto como los sujetos*. En un sistema abierto hay tanto relaciones internas (articuladas en una lógica de relaciones que se remiten entre sí), como relaciones externas entre elementos preexistentes, que conservan autonomía frente a la totalidad. La crítica del capitalismo, entonces, debe articular múltiples niveles de análisis, estudiar estructuras diversas, heterogéneas y recíprocamente irreductibles, prestar atención a la apertura y a la complejidad. La propia *subjetividad transformadora* debe ser explicada en términos objetivos, pero que contemplan la complejidad real de estructuras que organiza lo social, y que es irreductible al capital.

Estas consideraciones sugieren una corrección importante de las perspectivas puramente inmanentes, que reducen la *sociedad capitalista* a la *dinámica del capital* y sus mediaciones lógico-dialécticas. Los sistemas sociales son realmente emergentes y abiertos, por lo que implican siempre múltiples mecanismos en interacción (y no solo mecanismos sociales, también biológicos, biosféricos, etc.). La lógica del capital probablemente tenga más eficacia causal que otras dinámicas estructurales de la sociedad, pero

afirmar que es la única estructura generativa sería caer en el reduccionismo social (¡y capitalista!). En el sistema abierto de lo social, la lógica del capital y la subjetividad humana se acomodan precariamente, pero *desencajan*.

Finalmente, creo que este modo de pensar la lógica del capital es el único que hace posible la *razón estratégica*. La estrategia política solo tiene sentido si hay posibilidades de agencia *reales*, pero *estructuradas* en un marco objetivo. La razón estratégica se opone tanto a la autonomía radical de la política como al determinismo estricto. Si la agencia subjetiva es un mero momento de la lógica social, se la puede descontar como un epifenómeno del mecanismo del capital, y entonces no tiene sentido hablar de estrategia política (en todo caso, el cambio llegará cuando la necesidad objetiva lo dicte, con independencia de nuestra agencia). A la inversa, si la subjetividad transformadora expresa un «momento político» de «contingencia radical», como se suele decir en los contextos posmarxistas, entonces tampoco es posible la racionalidad estratégica. La reemplaza, en ese marco, la idea mítica de la pura ruptura, la irrupción sin condiciones o el «acontecimiento». En un caso, el mecanismo objetivo secuestra la política. En el otro, la política aparece como ajena a toda determinación, como ruptura abstracta. Lo primero lleva a negar la acción; lo segundo, a mitologizarla. Entre ambas perspectivas, la posibilidad de la razón estratégica se enmarca en el *juego de la contingencia y la necesidad*, en la articulación compleja de estructuras discordantes y el arte del contratiempo y la tensión. ×

Este trabajo es un adelanto del libro *Ensayo de ilustración sensible. Para un giro materialista en las teorías críticas*, de próxima aparición.

Bibliografía

- * Acha, O. (2019) «Karl Marx y la crítica de la historia universal: el lugar de los Grundrisse», en Acha, O. (et. al.), *La soledad de Marx*, Buenos Aires: Ragif, pp. 81-115.
- * Bhaskar, R. (1998) *The Possibility of Naturalism. A Philosophical Critique of the Contemporary Human Sciences*, Londres: Routledge.
- * Echeverría, B. (2018) *El discurso crítico de Marx*, México: FCE.
- * Mandel, E. (2022) «Variables parcialmente independientes» en *Antagónica. Revista de investigación y crítica social*, 3:5, pp. 109-125.
- * Negri, A. (1991) *Marx beyond Marx*, Nueva York: Autonomedia.
- * Piva, A. (2017) «Clase y estratificación desde una perspectiva marxista. La clase como relación social objetiva» en *Revista del Programa de Investigaciones sobre Conflicto Social*, 10:17, pp. 170-220
- * Postone, M. (1993) *Time, Labor and Social Domination. A Reinterpretation of Marx's Critical Theory*, Cambridge MA: Cambridge.
- * Pérez Orozco, A (2021) *Subversión feminista de la economía*, Marat: Buenos Aires.
- * Starosta, G. (2004) «Editorial Introduction: Rethinking Marx's Mature Social Theory» en *Historical Materialism*, 12:3, pp. 45-52.



¿La inflación es amiga o enemiga de la izquierda?

En todo el mundo, la inflación no evita necesariamente que la izquierda gane elecciones, pero limita fuertemente lo que puede hacer en el gobierno.

Cuando la izquierda habla de inflación, tiende a centrarse en el modo en que es utilizada para debilitar las reformas progresistas o en los empresarios que se sirven de ella para sacar provecho del padecimiento de los trabajadores. Pero presta mucha menos atención a lo que significan los precios en alza para nuestros proyectos políticos.

Aunque muchos analistas, siguiendo a John Kenneth Galbraith, llegan a la conclusión de que «nada debilita más a un gobierno que la inflación», no está tan claro cómo la inflación podría afectar la suerte electoral de la izquierda, o las condiciones políticas y económicas más

amplias para organizar el poder de la clase obrera.

Después de todo, no es tan difícil imaginar que los políticos de la izquierda anti-*establishment* podrían sacar ventaja de la inflación aprovechando las desgracias de los partidos de centroizquierda, que son culpados por las dificultades que la inflación impone a los trabajadores. Pero también es probable que la alta inflación termine haciendo que los ciudadanos sean mucho más escépticos frente a las grandes reformas económicas que definen los programas socialistas.

Para aclarar un poco este problema analicé la relación entre la

inflación y distintos factores —desde el éxito electoral y la posición ideológica de los partidos hasta la densidad sindical y el gasto del gobierno— en 128 países entre 1900 y 2012. Si el pasado dice algo sobre el futuro, mis conclusiones sugieren que nos espera un viaje con mucha turbulencia en los años venideros.

Inflación que sube, gobiernos que caen

Durante la espiral de estancamiento de los años 1970, G. L. Bach, especialista en ciencias políticas, explicó brevemente por qué los gobiernos de turno tienden a sufrir políticamente las consecuencias de la inflación: «Cuando la inflación se acelera, todos sienten que sus ingresos se atrasan injustamente. Ven erosionarse los ahorros de todas sus vidas; los precios que pagan crecen cada vez más rápido [...] que sus ingresos. Y culpan al gobierno».

Los gobiernos de turno no solo sufren los efectos de la inflación,

sino también los de su cura, que muchas veces implica adoptar medidas extremadamente antipopulares con el fin de enfriar la demanda. Considerando las perspectivas electorales de Richard Nixon en 1968, durante un período de inflación creciente, Dwight D. Eisenhower concluyó: «Pienso que Dick será elegido presidente, pero pienso que cumplirá solo un mandato. Pienso que combatirá realmente contra la inflación, y eso lo matará en términos políticos».

La intuición de Eisenhower fue confirmada en Estados Unidos por estudios que mostraron que la popularidad de los presidentes cae durante los períodos de alta inflación. En el Sur Global sucede algo parecido. La hiperinflación hizo caer un gobierno tras otro. En mi análisis, encontré que pasar de un país de baja inflación a uno de alta inflación, digamos un país con una inflación del 50% anual, está asociado con una merma de entre 50 y 60% en las probabilidades de que el gobierno de turno renueve su mandato en las elecciones siguientes, y que aumenta drásticamente la frecuencia de crisis de gobierno e intentos de golpe.

Sin embargo, no está claro si los partidos de izquierda son particularmente vulnerables a los efectos de la inflación. Es fácil pensar casos históricos en los que partidos de centroizquierda naufragaron en las costas de la alta inflación. Es el caso de la funesta inflación de Chile de los años 1970, que en 1973 sirvió de impulso al golpe contra el presidente socialista Salvador Allende, al que siguieron casi dos décadas de una violenta dictadura de derecha. De manera similar, un pico de inflación anticipó el golpe militar de 1964 en Brasil contra el presidente populista

João Goulart, y en Perú el partido socialdemócrata APRA vio cómo la coalición mayoritaria que había organizado en 1985 se caía a pedazos en 1990 después de haber presidido dos traumáticos años de hiperinflación, abriéndole paso a doce años de autoritarismo neoliberal bajo mando de Alberto Fujimori.

Pero también hay casos notables en los que la izquierda creció bajo condiciones de alta inflación. El Movimiento V República de Hugo Chávez surgió en los años 1990 en Venezuela durante un período de alta inflación que condujo al colapso de los dos partidos dominantes del país, y dejó la puerta abierta para la izquierda de Chávez. De manera similar, el Partido Comunista Italiano pasó de obtener 18,9% de los votos a obtener 31% a nivel nacional entre 1945 y 1948, en medio del pico histórico de inflación de la posguerra. Y esto por no decir nada del partido bolchevique, cuya popularidad se disparó en 1917, durante el peor episodio inflacionario que haya atravesado Rusia.

La inflación y la izquierda

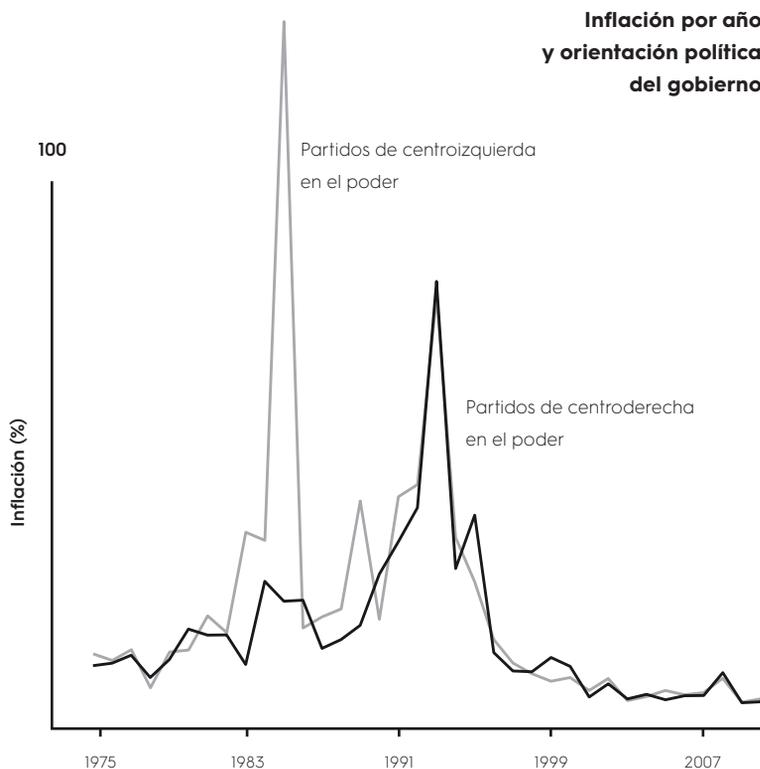
Es más probable que la izquierda gobierne durante períodos de alta inflación. Las tasas promedio de inflación bajo gobiernos de centroizquierda entre 1970 y 2011 (los cuarenta años de los que tenemos suficientes datos) fueron 14,9% más altas que bajo gobiernos de centroderecha. Este número crece a 21,4% si comparamos partidos de izquierda radical con partidos centristas y de centroderecha. Sin embargo, como vemos arriba, estas diferencias estuvieron impulsadas básicamente por

picos inflacionarios bajo gobiernos de izquierda entre mediados de los años 1980 y 1990 en América Latina y en Europa del Este.

Con todo, si adoptamos una perspectiva más sistemática sobre los vínculos entre la inflación y la izquierda teniendo en cuenta distintos tipos de partido, no observamos ningún vínculo claro. No encontré ninguna diferencia entre el voto posinflacionario de los partidos de centroderecha y de centroizquierda, ni entre el de los partidos de centroderecha y de izquierda, a pesar de que cabría pensar que estos últimos, suponiendo que tienen una agenda redistributiva más radical, deberían ser percibidos por los votantes como menos prudentes en términos fiscales que los partidos de centroizquierda. Y esta falta de diferencia se mantiene independientemente de que consideremos partidos en el gobierno o partidos opositores.

No obstante, es posible que los partidos de centroizquierda sean políticamente vulnerables en las regiones del mundo donde la inflación fue particularmente elevada bajo gobiernos de izquierda. En este caso observamos una región en la que existe una importante relación negativa entre la inflación y el desempeño de la izquierda en las urnas: América Latina. En América Latina, únicamente los partidos de izquierda —no los de centroizquierda— tienen peor desempeño electoral después de períodos de alta inflación. Pero estos resultados están influenciados por un conjunto de casos muy específico, principalmente los de Ecuador, que en los años 1980 y 1990, período de alta inflación, tenía una cantidad relativamente grande de pequeños

—>



→

partidos de izquierda. Cuando sacamos a Ecuador de la muestra, no existe ninguna relación clara entre la inflación y el voto de izquierda. En síntesis, tenemos poca evidencia para sugerir que la inflación sea un problema electoral especialmente difícil para la izquierda en todo el mundo.

Al mismo tiempo, no hay muchos motivos para esperar que la izquierda mejore su desempeño electoral después de períodos de inflación. La única región en la que observamos un vínculo positivo entre la inflación y la izquierda es Medio Oriente y África del Norte, pero en este caso la relación está

prácticamente definida por el éxito de la coalición del Alineamiento de Israel en los años 1970 y comienzos de los años 1980. El Alineamiento, que era básicamente una coalición entre el Partido Laborista de Golda Meir y el mucho más pequeño partido Mapam, de tendencia izquierdista, pasó de contar con un 46,2% de apoyo a contar con apenas 24,6% mientras estuvo a la cabeza del gobierno durante un largo período de alta inflación entre 1969 y 1977. Sin embargo, después de pasar a la oposición, la alianza recobró mucha fuerza en 1981, durante un período de inflación todavía más extrema.

Por lo tanto, aunque existen casos aislados en los que los partidos de izquierda lograron capitalizar la inestabilidad política vinculada con la inflación, como el de Venezuela en los años 1990, esta está lejos de ser la experiencia típica.

Inflación y poder obrero

Sin embargo, que la inflación no predestine los resultados electorales de la izquierda no significa que no represente un desafío a la creación de políticas socialistas democráticas, o a la construcción de poder obrero en términos más generales. Por el contrario, la inflación está asociada con una serie de factores que tendemos a esperar que afecten las perspectivas de crecimiento y éxito parlamentario de la izquierda.

En primer lugar, uno de los índices clave del poder organizativo de la izquierda durante el último siglo fue la fortaleza de los sindicatos. Cuando los sindicatos son fuertes, los trabajadores tienen un poderoso medio de defensa para presionar a favor de sus intereses contra legisladores y empleadores. Cuando son débiles, no obstante, el poder político y económico de las élites empresariales crece, y estas utilizan su influencia para acomodar las políticas públicas, los salarios y las condiciones laborales según sus intereses.

Desafortunadamente, observo que los altos niveles de inflación están fuertemente asociados con bajos niveles de participación sindical. Por ejemplo, cuando pasamos de un país con baja inflación a uno con inflación muy alta (de 100%) observamos una caída en las tasas de participación sindical prácticamente

equivalente a la de acción sindical en los Estados Unidos entre 1971 y 2010, cuando la densidad de los sindicatos cayó de 27,2% a solo 12%, y la influencia de los trabajadores mermó significativamente.

De manera similar, conquistar reformas que benefician a la gente común tiende a requerir altos niveles de movilización por parte de organizaciones que despiertan conciencia sobre ciertos temas críticos y elevan la vara de las autoridades electas. De nuevo, no obstante, la alta inflación es típicamente seguida por una importante desmovilización de estos grupos. En efecto, cuando pasamos de un país de muy baja inflación a uno de muy alta inflación observamos una diferencia cercana a la que existe entre la participación política en Estados Unidos entre el punto más bajo de desvinculación cívica de los felices años veinte y el pico de movilización que marcó el movimiento por los derechos civiles de los años 1960.

Por último, con algunas excepciones importantes, como las reformas a favor de la democracia o la creciente regulación gubernamental

de la industria, la mayoría de los elementos que forman la agenda de reformas de la izquierda requieren un aumento considerable del gasto público. Sin embargo, de nuevo aquí la inflación es un mal augurio para la izquierda: el desplazamiento de un contexto de baja inflación a uno de alta inflación está asociado con una merma del 18,7% del gasto público. Esto sugiere que la inflación establece límites importantes a la capacidad de los gobiernos progresistas de cumplir con una serie de metas sociales y económicas, desde la expansión del acceso a la salud hasta los seguros de desempleo.

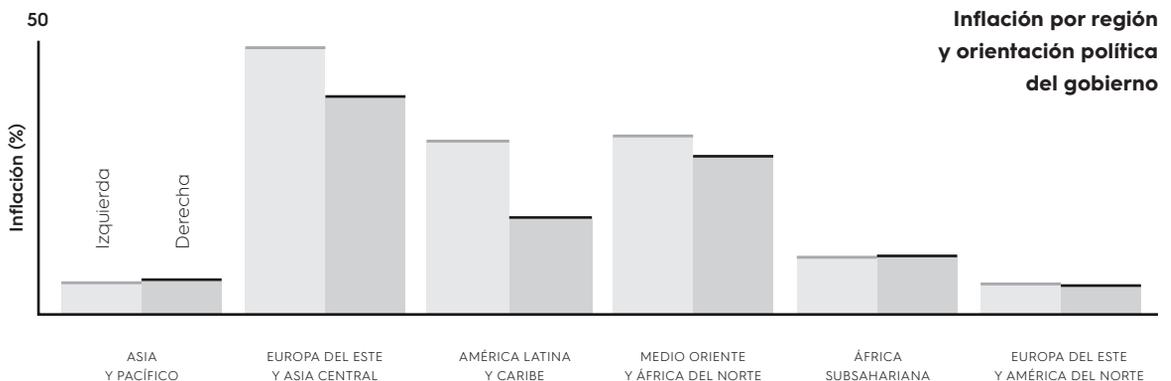
Con todo, aunque la inflación pueda ser un obstáculo en el desarrollo de una fuerza de izquierda por medios parlamentarios, parece facilitar las condiciones que requieren las rupturas revolucionarias. Mi análisis muestra una fuerte relación positiva entre la inflación y la cantidad subsecuente de huelgas generales, crisis de gobierno y acontecimientos insurreccionales. Esto podría ayudar a explicar por qué algunos de los acontecimientos revolucionarios que más transformaron el mundo

ocurrieron después de enormes espirales inflacionarias, desde la Revolución de Octubre de 1917 hasta la Revolución china de 1949.

La relación positiva entre inflación y huelgas generales está definida por la preponderancia de huelgas generales a comienzos del siglo veinte en lugares con sindicatos fuertes (como Argentina, Gran Bretaña, Francia, Italia y España) y por huelgas generales más recientes en lugares con tradiciones sindicales relativamente más débiles, pero con movimientos sociales fuertes (como Bolivia y Ecuador). En Estados Unidos no hubo ninguna huelga general después de 1946, y hubo apenas unas cuantas en Europa después de los años 1980. De hecho, es improbable que las huelgas generales vuelvan a ganar terreno sin que los sindicatos recuperen fuerzas.

¿Hacia dónde vamos?

Es sabido que Lenin dijo que «la mejor manera de destruir el sistema capitalista es corromper la moneda». Tal vez sea cierto, pero tenemos





OFERTA

ACEITE OPTIMO
ALTO OLEICO

\$ 137

OFERTA

PACK PANTENE
SHAMPOO 400ML
ACONDICIONADOR 200ML

\$ 379

OFERTA

MANTECA
PRECIO LIDER

\$ 65

OFERTA

HARINA 0000
CANUELAS

\$ 55

OFERTA

MAYONESA
HELLMANN 473 C.C

OFERTA

YERBA
SARA SUAVE

179

OFERTA

PICADA
SUPER

\$ 259

FERTA

OBLEAS
PRECIO LIDER

\$ 69

OFERTA

WHISKY JOHNNIE
WALKER +4
smirnoff

\$ 1150

OFERTA

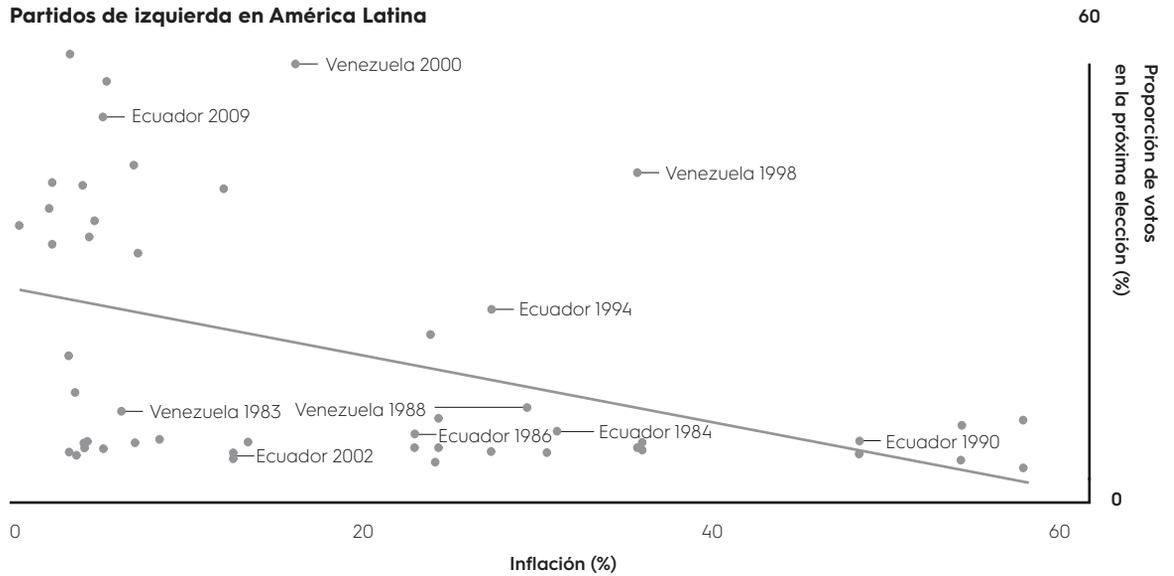
SUPREMA
CONGELADA

\$ 209

9

Inflación y desempeño electoral:

Partidos de izquierda en América Latina



→

poca evidencia para concluir que también sirve para que la izquierda gane elecciones y organice a la clase obrera en la actualidad.

La buena noticia es que a la inflación creciente no le sigue *necesariamente* el mal desempeño de la izquierda en las urnas. Pero, por otro lado, no hay motivos para esperar que la inflación creciente implique cierta apertura política para la izquierda fuera de contextos revolucionarios que hoy son prácticamente inexistentes en la mayor

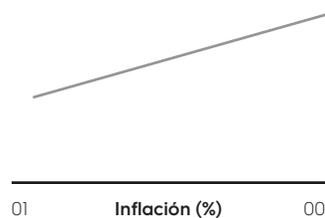
parte del mundo. Además, incluso si la inflación no está asociada con el empeoramiento de los resultados electorales de la izquierda, tiene consecuencias desastrosas en elementos clave que tendemos a asociar con una izquierda fuerte y con el poder obrero, como el incremento del gasto público, la actividad sindical y la participación política.

Por supuesto, existen muchos otros factores que afectan las perspectivas de la izquierda y que dejé de lado en este análisis —desde

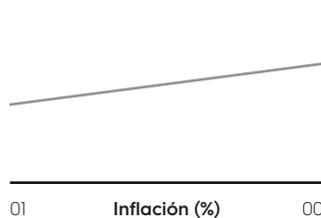
las guerras y los conflictos étnicos hasta la desigualdad y los sistemas electorales, por nombrar solo algunos— que sin duda harían más complejo el cuadro que describimos. No obstante, todo indica que debemos prepararnos para un ambiente político más desafiante en los años venideros, y que haríamos bien en desarrollar nuevas estrategias para fortalecer la organización obrera frente a un viento de proa económico que nos ofrecerá cada vez más resistencia. ×

Inflación y revolución

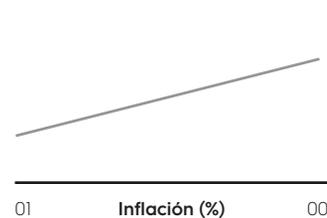
Paros generales
Próximo año



Crisis gubernamentales
Próximo año



Revoluciones
Próximo año



La ganancia es el motor
del capitalismo. ¿Qué sería
de ella en el socialismo?

seth ackerman

EL ROJO Y EL NEGRO

ILUSTRA
ZELMAR BORRÁS

TRADUCE
VALENTÍN HUARTE



Q

uienes militan en la izquierda radical tienen el hábito de hablar en condicional. En todos sus discursos sobre los cambios que les gustaría ver en el mundo subyace la certeza

incómoda de que nuestro sistema social plantea límites rígidos a cualquier transformación que podría realizarse en la actualidad. «Luego de la revolución...» no es para mucha gente más que el prefacio nostálgico e irónico a lo que ven como un deseo ingenuo de la izquierda.

¿Por qué, entonces, la izquierda es tan vacilante a la hora de hablar acerca de cómo sería un sistema diferente? Una de las objeciones más antiguas e influyentes a estos discursos proviene de Marx. El desprecio hacia las «recetas» utópicas de quienes pretenden «cocinar el futuro» quedó asentado en un pasaje muy citado. Se supone que la moraleja de este pasaje es que una sociedad futura debe surgir de la dinámica espontánea de la historia y no de la imaginación o de la prosa literaria. Esto es un poco irónico dado que, dos años después, Marx escribió su propia receta de cocina en la *Crítica al Programa de Gotha*. En este texto Marx habla de bonos consignados a cambio de trabajo, depósitos sociales de medios de consumo y un sistema de contabilidad para determinar la remuneración que deben recibir quienes trabajan.

Sucede que el comentario de Marx era una réplica a una reseña negativa, publicada en un periódico editado por un grupo de activistas afines al filósofo Auguste Comte, que criticaban a Marx por no ofrecer ninguna alternativa concreta al sistema social que condenaba (este es el motivo por el cual, en el párrafo original, Marx pregunta irónicamente si quienes lo critican esperaban encontrar en su obra recetas comtesianas). Para entender el contexto, hay que tener en cuenta que, siguiendo un estilo utópico común en aquella época, Comte proyectaba escenarios de una sociedad futura marcados por una pomposidad un tanto desquiciada, ofreciendo instrucciones precisas y fantásticamente detalladas para casi todos los aspectos de la vida cotidiana. En su crítica, Marx apuntaba contra este tipo obsesivo de imágenes del futuro.

Otra causa de su reticencia es la sensación de que estas explicaciones sobre el funcionamiento de las instituciones sociales del futuro conllevan una especie de elitismo tecnocrático que sofoca el ímpetu utópico de la movilización popular. Los grandes cambios sociales

nunca se dan sin que las multitudes se inspiren en actos heroicos que infunden entusiasmo, y los intentos pacientes de resolver de forma realista los problemas materiales que plantea el funcionamiento de una sociedad raramente cumplen esta función. No se trata para nada de una objeción trivial; una de las falacias más antiguas de la izquierda es la ilusión de que el cambio sucede cuando alguien trae un brillante plan de diez pasos y se las arregla para convencer a todo el mundo de su genialidad.

Aun así, un proyecto de izquierda radical exitoso debe apelar a todos los registros emocionales: no solo a aquellos momentos de éxtasis en los que la historia se abre y todo parece posible, sino también a los estados de ánimo más pensativos y críticos que se generalizan cuando hasta el optimismo de la voluntad es asaltado por la duda y la reflexión. Incluso una lucha épica y apasionada como el movimiento por la jornada de ocho horas —que, tal como recuerda Elie Halévy, en aquella época «parecía una de las utopías más sorprendentes del socialismo revolucionario»— fue, a fin de cuentas, casi una medida burocrática, impuesta por las autoridades legales y por los inspectores fabriles.

Tal vez una de las razones fundamentales por las cuales la izquierda siempre ha sospechado de este tipo de posturas es que estas han sido presentadas frecuentemente como *puntos finales* (y los puntos finales siempre serán decepcionantes). La noción de que la historia llegará a un destino final en el cual desaparecerá el conflicto social y se clausurará la política es una fantasía poco feliz que acompaña a la izquierda desde sus orígenes. Los escenarios del futuro nunca deben ser pensados como finales, ni siquiera como irreversibles; más que entenderlos como planos que nos llevan directo a un destino futuro, sería mejor considerarlos simplemente como mapas que bosquejan posibles rutas de salida a este laberinto. Una vez que estemos afuera, seremos capaces de decidir cómo seguir.

En este ensayo parto del supuesto socialista tradicional según el cual los defectos centrales del capitalismo surgen del conflicto entre la búsqueda del beneficio privado y la satisfacción de las necesidades humanas. Luego esbozo algunas ideas que todo intento de remediar estos defectos debería tener en cuenta.

Con lo que no me comprometo aquí es con la idea de alcanzar una armonía final y total entre los intereses individuales y los intereses de todo el mundo, ni con la

posibilidad de una humanidad libre de conflicto o de egoísmo. Busco el camino *más corto* posible que lleve de la sociedad que tenemos a una sociedad en la cual la mayor parte de la propiedad productiva sea propiedad colectiva, no porque quiera descartar la posibilidad de cambios más radicales, sino justamente para sentar las condiciones en las cuales estos pueden desarrollarse.

No hay nada malo en pensar cómo podemos librarlos práctica y concretamente de las instituciones sociales que ponen límites sumamente estrechos al tipo de sociedad que somos capaces de construir. Porque hay al menos una cosa de la que podemos estar seguros: el sistema actual será reemplazado por otro o continuará existiendo siempre.

UN MUNDO SIN MERCADO

La izquierda radical respondió al fin del «socialismo realmente existente» de dos formas. La mayor parte renunció a hablar en absoluto de un mundo poscapitalista, refugiándose en modestas políticas de reformas graduales o en las que priorizan el localismo y el desarrollo personal.

La otra respuesta fue exactamente lo opuesto: una huida hacia las visiones de reconstrucción social más puras e intransigentes. En algunos círculos radicales, este impulso ha acentuado las apelaciones a dar un salto hacia un mundo sin Estados ni mercados y, consecuentemente, sin dinero, salarios ni precios: un sistema en el cual se producirían y tomarían bienes de forma gratuita, donde la economía estaría gobernada completamente por la máxima «de cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades».

Cada vez que se considera este tipo de ideas, el debate parece enfocarse inmediatamente en grandes cuestiones filosóficas acerca de la naturaleza humana. Quienes sostienen posiciones escépticas se mofan afirmando que la gente es demasiado egoísta para que un sistema de este tipo funcione. Quienes son más optimistas, argumentan que el ser humano es una especie cooperativa por naturaleza. Ambas partes pueden aducir alguna evidencia a su favor. Pero es mejor dejar este debate de lado. Es más seguro asumir que las personas exhiben una mezcla de cooperación y egoísmo, en proporciones que cambian según las circunstancias.

Las visiones nobles de un mundo sin Estado y sin mercado enfrentan obstáculos que no son morales sino

técnicos, y es importante comprender exactamente cuáles son.

Debemos asumir que, en el futuro, no deseamos retroceder a algún estadio inferior del desarrollo económico; nos gustaría contar, como mínimo, con las mismas comodidades materiales de las que gozamos en el capitalismo. Por supuesto que en términos *cualitativos* hay que cambiar muchas cosas para que la producción satisfaga mejor las necesidades humanas y ecológicas reales. Pero no querríamos ver un debilitamiento absoluto de nuestras capacidades productivas.

Al mismo tiempo, el tipo de producción del que hoy somos capaces requiere una vasta y compleja división del trabajo. Esto plantea un problema delicado. Para hacerse una idea adecuada de lo que esto significa, podemos considerar la forma en la que vivía la población norteamericana durante la época de la Revolución estadounidense, cuando el trabajo se realizaba en granjas pequeñas y relativamente aisladas. Estos hogares producían casi todo lo que consumían y consumían casi todo lo que producían. Si se daba el caso de que la producción arrojaba algún excedente, se lo vendían a otros hogares cercanos y con el dinero obtenido era posible comprar algunos bienes de lujo. Sin embargo, los hogares prescindían casi completamente de la dependencia de otra gente que los proveyera de las cosas que necesitaban para vivir.

Ahora comparemos esta situación con la nuestra. No solo dependemos de otras personas para obtener nuestros bienes, sino que la cantidad de personas en las que nos apoyamos ha crecido hasta alcanzar proporciones abrumadoras y sorprendentes.

Basta mirar alrededor en nuestra habitación y pensar en todas nuestras posesiones. Intentemos imaginar cuánta gente estuvo directamente involucrada en su producción. Por ejemplo, la computadora portátil en la que estoy escribiendo tiene un monitor, una carcasa, un reproductor de DVD y un microprocesador. Probablemente cada parte fue producida en una fábrica separada, posiblemente en países diferentes, por varias empresas que emplearon a cientos o miles de trabajadores. Luego pensemos en las materias primas, en el plástico, el metal y el caucho que fueron necesarios para hacer estos componentes, y en toda la gente que estuvo involucrada en su producción. Ahora agreguemos a quienes hicieron el combustible que consumieron las fábricas, las

→

→

tripulaciones de buques y los camiones que llevaron la computadora a su destino. No es difícil imaginar los millones de personas que participaron en la producción de estos artículos que ahora se encuentran en mi mesa. Y a pesar de la cantidad de tareas involucradas, cada persona hizo apenas un pequeño conjunto de pasos discretos.

¿Cómo supieron lo que debían hacer? Por supuesto, la mayoría de estas personas eran empleadas por alguna empresa y obedecían órdenes. ¿Pero cómo supieron las autoridades de las empresas cuánto plástico producir? ¿Y cómo supieron que debían enviar el plástico más débil y blando a la empresa que fabrica computadoras, aun si a esta le hubiese gustado recibir el plástico más robusto y de mayor calidad, reservado para las fábricas de equipamiento médico? ¿Y cómo supieron juzgar si valía la pena gastar recursos adicionales para hacer computadoras portátiles con lindas pantallas de LCD, en vez de ser frugales y fabricar los viejos modelos de rayos catódicos?

La cantidad de dilemas de este tipo es prácticamente infinita en el marco de una economía moderna con millones de productos diferentes y miles de millones de personas que trabajan y consumen. Y todos deben resolverse de una forma que sea globalmente consistente, porque en un momento dado solo hay una determinada cantidad de fuerza de trabajo y de máquinas, por lo cual hacer más de una cosa significa hacer menos de otra. Los recursos pueden ser combinados en un número casi infinito de permutaciones posibles; algunas satisfacen las necesidades y deseos de la sociedad de forma justa, mientras que otras serían desastrosas e involucrarían enormes cantidades de productos no deseados y muchas cosas que, a pesar de ser deseadas, nunca serían producidas. En la teoría, hay múltiples formas de realizar estas combinaciones con éxito.

Este es el problema del cálculo económico. En una economía de mercado, los precios cumplen esta función. Y los precios pueden cumplir esta función porque transmiten información sistemática acerca de cuánto de una cosa está dispuesta a abandonar una persona en determinadas circunstancias para disponer de otra cosa diferente. Solo pidiéndole a la gente que deje una cosa para tener otra en alguna proporción determinada, puede generarse información cuantitativa acerca de cuánto valora estas cosas en términos relativos. Y solo sabiendo cuánto valor relativo deposita la gente en millones de cosas diferentes, los que producen en esta vasta

red pueden tomar decisiones racionales acerca de cuál debería ser su contribución mínima al sistema global.

Nada de esto implica que el cálculo pueda realizarse exclusivamente a través de los precios, o que los precios generados en un mercado sean óptimos ni ideales. Pero no hay forma de que un sistema descentralizado pueda generar y transmitir continuamente tanta información cuantitativa sin usar de alguna forma los precios. Por supuesto, no es necesario que tengamos un sistema descentralizado. Podríamos tener una economía planificada y centralizada, en la cual todas o la mayoría de las decisiones de producción de la sociedad sean delegadas a gente que está encargada de planificar todo con computadoras. Su tarea sería extremadamente compleja y su desempeño incierto. Pero un sistema de este tipo proveería *al menos* de un método para el cálculo económico: quienes tuviesen a su cargo la planificación económica intentarían reunir toda la información en su departamento central, para luego resolver lo que fuese necesario.

Por lo tanto, debe haber *algo* que sirva para efectuar el cálculo económico que realizan los precios en un sistema de mercado y quienes se encargan de la planificación en un sistema centralizado. Como era de esperarse, hubo al menos un intento de explicar exactamente qué se necesitaría para el cálculo económico en un mundo sin Estados ni mercados. El militante anarquista Michael Albert y el economista Robin Hahnel han concebido un sistema que llaman «economía participativa» (ParEcon, por su acrónimo en inglés) en el cual cada decisión libre e individual acerca de la producción y del consumo es coordinada por medio de un vasto plan que involucra a toda la sociedad y que es formulado a través de un proceso «participativo» que prescinde de toda burocracia central.

ParEcon es un ejercicio interesante para nuestros objetivos, porque define exactamente todo lo que necesitaríamos para poner en marcha una economía «anarquista» de este tipo. Y la respuesta es la siguiente: al comienzo de cada año, todo el mundo debe escribir una lista de todos los objetos que desea consumir a lo largo del año, especificando también la cantidad deseada de cada objeto. Al escribir estas listas, consultan una lista de precios tentativa de cada uno de los productos de la economía (recordemos que solo en la categoría «hogar y cocina» de Amazon hay más de dos millones de productos), y el

→



→

valor total de los pedidos de una persona no debe exceder su «presupuesto» personal, que está determinado por cuánto se compromete a trabajar ese año.

Dado que los precios iniciales son solo una estimación tentativa, una red de consejos que funcionan siguiendo las pautas de la democracia directa debe cargar los datos de las listas de consumo y los compromisos de trabajo en computadoras para generar un conjunto optimizado de precios que definirán niveles planeados de producción y de consumo (oferta y demanda) cerca del equilibrio. Luego, esta lista de precios optimizada es publicada, lo cual da comienzo a una segunda «iteración» en el proceso: ahora todo el mundo debe reescribir sus pedidos de consumo y promesas de trabajo nuevamente, teniendo en cuenta los nuevos precios. Todo el procedimiento se repite varias veces hasta que la oferta y la demanda encuentran el equilibrio. Finalmente, todo el mundo vota y elige entre varios planes posibles.

Cuando hablan y escriben, Albert y Hahnel narran este extraordinario proceso para mostrar lo atractivo y factible que sería su sistema. Pero para mucha gente — me incluyo en este grupo— el efecto es exactamente el opuesto. Termina siendo una demostración precisa de por qué el cálculo económico sin mercados ni planificación estatal sería, aunque acaso no imposible en la teoría, pero sí inimaginable como forma práctica de vida para la mayoría de la gente. Y, desde el punto de vista purista, la ParEcon es en sí misma un problema, dado que viola el principio «de cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades», porque no permite que los pedidos de consumo excedan las promesas de trabajo. Aunque, por supuesto, sin esta condición, los planes no cuadrarían en absoluto.

El punto no es que una economía de gran escala sin Estado ni mercado «no podría funcionar». Es que, en ausencia de algún mecanismo de coordinación, como el de Albert y Hahnel, esta economía simplemente no existiría en absoluto. Por lo tanto, el problema del cálculo económico es algo que tenemos que tomarnos en serio si queremos prefigurar algo mejor que el *statu quo*.

¿VIVA LA ESCASEZ?

¿Pero qué pasa con la otra alternativa? ¿Por qué no una economía centralizada donde el cálculo económico recaiga en manos de personas especializadas en la recopilación de información que, en el mejor de los casos,

trabajen bajo control democrático? En efecto, tenemos ejemplos históricos de este tipo de sistemas, aunque, por supuesto, estuvieron lejos de ser democráticos. Las economías planificadas y centralizadas registraron algunas conquistas: cuando el comunismo llegó a países pobres y rurales como Bulgaria o Rumania, estos fueron capaces de desarrollar una industrialización rápida, eliminar el analfabetismo, elevar los niveles de educación, modernizar los roles de género y, eventualmente, asegurar que la mayor parte de la población tuviera garantizadas sus necesidades básicas de vivienda y salud. El sistema también sirvió para elevar rápidamente la producción per cápita, en una proporción que sería equivalente, por dar un ejemplo, a pasar del nivel actual de Laos al nivel actual de Bosnia o del nivel de Yemen al de Egipto.

Pero, más allá de esto, el sistema enfrentó muchos problemas. Aquí los resumo brevemente: dado que la derecha neoliberal tiene el hábito de medir el éxito de una sociedad por la abundancia de sus bienes de consumo, la izquierda radical es proclive a caer en una posición que niega que esto sea importante en absoluto. Eso es un error. El problema es que *no basta* con que las góndolas de los supermercados estén llenas. Sin embargo, esto no significa que se trate de un asunto inoportuno o trivial. Los ciudadanos de los países comunistas vivieron la escasez, la mala calidad y la uniformidad de sus bienes no meramente como inconveniencias; las vivieron como una violación de sus derechos básicos. Como escribió un antropólogo de la Hungría comunista, «los bienes de producción estatal-socialista [...] fueron percibidos como la evidencia del fracaso de una modernidad generada por el socialismo de reescribir. "... Estado pero, lo que es más importante, también como el trato negligente e incluso "inhumano" que el régimen ofrecía a sus súbditos».

De hecho, la población sintió la pobreza de la oferta de consumo como una traición a la misión humanista del socialismo. Un historiador de Alemania del Este cita los reclamos que la población dirigía al Estado en relación con el consumo: «¿Decir que el espíritu del ser humano es el centro de la sociedad socialista no es compatible con el hecho de que tenga que ahorrar durante años para comprar un Trabant y luego no pueda usar mi auto por más de un año porque hay escasez de repuestos!», dijo uno. Otro escribió: «Me enferma leer en la prensa socialista consignas como "máxima satisfacción de las necesidades de la gente, etcétera." y "todo sea en beneficio del pueblo"». En distintos países y lenguas de toda Europa,

la gente utilizó expresiones casi idénticas para evocar la idea de que «les arrojaban» bienes de baja calidad.

Entre los artículos que escasearon en distintas ocasiones en Hungría debido a las fallas de planificación se cuentan «el utensilio de cocina para hacer fideos húngaros», «los tacos para fijar las bañeras en su lugar, las repisas para cosméticos, y la caja de metal necesaria para el cableado eléctrico en la construcción de nuevos departamentos». Tal como reclamaba la editorial de un periódico local en los años sesenta, estas cosas «no parecen importantes hasta el momento en que se las necesita y, de repente, ¡son muy importantes!».

Y en cifras globales, las mejores estimaciones muestran que los países comunistas fueron quedándose atrás de Europa occidental a un ritmo constante: el ingreso per cápita de Alemania del Este, que había sido un poco más elevado que el de las regiones de Alemania occidental antes de la Segunda Guerra Mundial, nunca se recuperó en términos relativos luego de los años de ocupación de la posguerra y perdió continuamente terreno desde los años sesenta en adelante. Para fines de los años ochenta se mantenía en niveles que representaban menos del 40% de los de Europa occidental.

A diferencia de una economía imaginaria sin Estados ni mercados, las economías comunistas *disponían* de un mecanismo de cálculo económico. Simplemente no funcionó de la forma esperada. ¿Cuál fue el problema?

De acuerdo a un grupo de economistas occidentales, la respuesta era simple: el mecanismo era demasiado torpe. Desde este punto de vista, el problema tenía que ver con la «mano invisible», una frase que Adam Smith había usado solo al pasar, pero de la que se apropió mucha gente para reinterpretar el rol de los precios, la oferta y la demanda en la distribución de bienes. Smith había invocado originalmente el sistema de precios para explicar por qué las economías de mercado mostraban alguna semblanza de orden, en lugar de ser caóticas (por qué, por ejemplo, cualquier mercancía deseada se encuentra en general a la venta de manera conveniente, a pesar de que no hay ninguna autoridad central supervisando el proceso para que esta sea producida).

Pero a fines del siglo diecinueve, la economía neoclásica, una tradición de ambiciones explicativas mucho más grandes, formalizó las ideas de Smith. Los autores de esta tradición escriben ecuaciones que representan a quienes compran y a quienes venden como vectores de oferta y demanda: cuando la oferta excede a la demanda

en un mercado particular, el precio cae; cuando la demanda excede a la oferta, sube. Y cuando la oferta y la demanda se mantienen en niveles equivalentes, se dice que el mercado en cuestión está en «equilibrio» y que el precio es un «precio de equilibrio».

En cuanto a la economía como un todo, con sus innumerables mercados *entrelazados*, no fue hasta 1954 que los futuros ganadores del premio Nobel Kenneth Arrow y Gérard Debreu escribieron lo que fue acogido como un descubrimiento fundamental de la teoría del «equilibrio general», un descubrimiento que, en las palabras de James Tobin, «es la piedra angular de la base científica de la teoría económica». Estos autores demostraron matemáticamente que, bajo condiciones específicas, los mercados libres podían generar un conjunto de precios potenciales capaces de equilibrar la oferta y la demanda en todos los mercados *de manera simultánea*. Por lo tanto, la distribución de bienes resultante sería, en un sentido importante, «óptima»: nadie podría mejorar su posición sin que alguien más empeorara la suya.

La moraleja que podía extraerse de este descubrimiento era que los precios no eran solo una herramienta de las economías de mercado, utilizada para garantizar cierto grado de orden y racionalidad. Más bien, los precios que generaban los mercados —*si* estos mercados eran libres y no enfrentaban ninguna restricción— eran óptimos y resultaban en una asignación de recursos cuya eficiencia era máxima. Si el sistema comunista no estaba funcionando, esto se debía a que su mecanismo torpe y falible de planificación no podía dar con esta solución óptima.

Esta narrativa agitó los instintos más profundos de la disciplina económica. Los cuentos que narran los manuales de economía, que explican por qué el salario mínimo o el control de rentas hacen que a fin de cuentas la situación de todos empeore, cumplen la función de mostrar que la oferta y la demanda conducen los precios según una lógica más elevada que las almas mortales solo pueden desafiar bajo su propio riesgo. Pero estos cuentos son análisis «de equilibrio parcial», que muestran solo lo que sucede en un mercado individual recortado artificialmente de todos los mercados que lo rodean. Lo que Arrow y Debreu habían encontrado —al menos esto creyó la disciplina económica— era una prueba de que esta lógica se extendía a la economía en su totalidad, con todos sus mercados entrelazados: una teoría del equilibrio *general*. En otras palabras, era una prueba de que,

→

→

a fin de cuentas, los precios de libre mercado guiarían a la economía en su totalidad hasta sus niveles óptimos.

Entonces, cuando después de 1989 los economistas de Occidente llegaron al antiguo bloque soviético para ayudar a dirigir la transición que sacaría a estos países del socialismo, su mantra central, repetido sin cesar, fue «obtener precios adecuados».

Pero lo cierto es que en el interín se había acumulado mucha evidencia en contra de esta teoría. Durante los años del colapso soviético, el economista Peter Murrell publicó un artículo en el *Journal of Economic Perspectives* repasando los estudios empíricos de eficiencia en las economías socialistas planificadas. Estos estudios no respaldaron consistentemente el análisis neoclásico: casi todos probaron que, según los estándares de eficiencia neoclásicos, las economías planificadas habían tenido un desempeño igual o mejor que el de las economías de mercado. Murrell pidió a los lectores que suspendieran por un momento sus prejuicios:

La consistencia y el tenor de los resultados sorprenderán a mucha gente. Yo mismo me sorprendí —y todavía estoy sorprendido— por la naturaleza de estos resultados. Y, dada su inconsistencia con las doctrinas aceptadas, hay una tendencia a rechazarlos apelando a sus bases metodológicas. Sin embargo, este rechazo se vuelve particularmente difícil cuando se confronta con una serie de resultados consistentes que provienen de fuentes distintas.

Primero, Murrell analizó dieciocho estudios de eficiencia técnica, que definían en qué medida las empresas producían según su máximo nivel tecnológico. Comparó los resultados de estudios de empresas centralmente planificadas con estudios que examinaban empresas capitalistas, utilizando los mismos métodos. Un artículo, por ejemplo, encontró que las empresas capitalistas trabajaban con un nivel de eficiencia técnica del 90%; otro, utilizando el mismo método, encontró que las empresas soviéticas trabajaban con un nivel de eficiencia técnica del 93%. Los resultados continúan en la misma dirección: 84% versus 86%, 87% versus 95%, etcétera.

Después, Murrell examinó estudios de eficiencia en la asignación, que definían en qué medida la asignación de *inputs* entre las empresas maximizaba el *output* total. Un artículo encontró que una reasignación de *inputs* incrementaría el *output* total de las empresas soviéticas



SI EL CUENTO DETERMINISTA SOBRE EL LIBRE MERCADO QUE GENERA PRECIOS ÓPTIMOS Y QUE LLEVA A UN OUTPUT MÁXIMO DEJA DE SER VIABLE, ENTONCES EL FRACASO DE LA ECONOMÍA PLANIFICADA NO PUEDE ATRIBUIRSE A LA AUSENCIA DE ESTOS ELEMENTOS.

solo en un 3 o 4%. Otro estudio encontró que elevar la eficiencia soviética a los estándares estadounidenses incrementaría su PIB total en un 2%. Un tercer estudio produjo un rango estimado que no pasaba del 1,5%. El número más alto encontrado en cualquier estudio realizado sobre la economía soviética fue del 10%. Tal como nota Murrell, estos números difícilmente «justificaban el derrocamiento de todo un sistema socioeconómico» (Murrell no fue el único economista que notó esta anomalía: durante el mismo período se publicó en *Soviet Studies* un artículo titulado «Why Is the Soviet Economy Allocatively Efficient?»).

Por otro lado, dos especialistas alemanes en microeconomía evaluaron la hipótesis «ampliamente aceptada» de que los «precios en una economía planificada son medidas de intercambio postuladas arbitrariamente, sin ninguna relación con la escasez económica ni con las valoraciones económicas, [mientras que] los precios de mercado capitalistas están cerca de niveles de equilibrio». Emplearon una técnica que analizaba la distribución del *input* de una economía entre las distintas industrias para medir qué tanto divergía este patrón del que se suponía que prevalecería bajo precios óptimos en el esquema neoclásico. Examinando los datos de Alemania del Este y de Alemania occidental de 1987, llegaron a un «resultado sorprendente»: la divergencia era 16,1% en el Oeste y 16,5% en el Este, una diferencia trivial. La brecha a favor de occidente, escribieron, era más grande en los sectores manufactureros, donde puede haber existido algo parecido a condiciones competitivas. Pero en la economía de Alemania occidental en general —aclamada en ese entonces por todo el mundo como la *Modell Deutschland*— los monopolios, los impuestos, los subsidios, etcétera, hacían que la estructura de precios se alejara *todavía más* del óptimo «eficiente» que en el caso del moribundo sistema comunista que imperaba del otro lado del Muro de Berlín.

El modelo neoclásico también parecía refutado por los experimentos generalmente fallidos de las versiones más mercantiles del socialismo de Europa del Este. A comienzos de los años cincuenta, economistas reformistas e intelectuales de la región habían presionado para introducir mecanismos de mercado que racionalizaran la producción. En muchos países se intentó aplicar reformas con distintos grados de seriedad, incluyendo a las que frustró la Primavera de Praga. Pero el país que fue más lejos en esta dirección fue Hungría, que inauguró su

«nuevo mecanismo económico» en 1968. Las empresas todavía eran propiedad del Estado, pero se esperaba ahora que compraran y vendieran en el mercado abierto y que maximizaran sus ganancias. Los resultados fueron decepcionantes. A pesar de que durante los años 1970 la holgada economía de consumo de Hungría se ganó el apelativo del «barrio más feliz del bloque soviético», no mejoró sus pésimos niveles de crecimiento productivo y la escasez siguió siendo algo común.

PLANIFICAR LA PLANIFICACIÓN

Si todos estos hechos y descubrimientos eran una razón para dudar de la narrativa neoclásica, había todavía un motivo más fundamental: los estudios económicos habían descubierto enormes agujeros a nivel de la teoría. En los años en los que Arrow y Debreu bosquejaron su famosa prueba de que los mercados libres, bajo condiciones adecuadas, podían generar precios óptimos, algunos estudios (e incluso el propio Debreu) habían sacado a luz ciertos rasgos alarmantes que perturbaban el modelo. Resultó que estas economías hipotéticas generaban *varios* conjuntos de precios de equilibrio posibles, y no había ningún mecanismo que asegurara que la economía se estabilizaría en alguno de ellos sin atravesar largos ciclos caóticos de prueba y error, que podrían incluso ser interminables. Lo que era todavía peor, los resultados del modelo no podían soportar la flexibilización de sus supuestos iniciales, que eran evidentemente poco realistas; por ejemplo, sin mercados perfectamente competitivos —que prácticamente no existen en el mundo real— no había razón para esperar ningún equilibrio.

Incluso el tropo liberal de que las intervenciones estatales estaban justificadas por las «fallas de mercado» —anomalías específicas que se alejan de los supuestos del mercado perfecto de Arrow-Debreu— fue socavado por otro descubrimiento de los años cincuenta: el «teorema de la segunda opción». Introducido por Richard Lipsey y Kelvin Lancaster, el teorema prueba que, incluso si se aceptan los supuestos idealizados del modelo estándar, es más probable que los intentos de corregir las «fallas de mercado» y las «distorsiones» (como las tarifas, los controles de precios, los monopolios o los factores externos) empeoren las cosas en lugar de mejorarlas, en tanto no se corrijan todas las otras fallas de mercado (lo cual

→

→

siempre será el caso en un mundo en el cual la competencia imperfecta es endémica y la información es limitada).

En una revisión de amplio alcance del «fracaso de la teoría del equilibrio general», el economista Frank Ackerman¹ concluyó:

El cuento de Adam Smith, la mano invisible, y los méritos del mercado inundan los manuales de introducción a la economía, los cursos universitarios y el discurso político contemporáneo. El fundamento intelectual de esta historia descansa sobre el equilibrio general [...]. Si el fundamento del cuento económico preferido por todo el mundo se prueba poco sólido [...], nuestra profesión le debe al mundo una explicación.

El punto es el siguiente: si el cuento determinista sobre el libre mercado que genera precios óptimos y que lleva a un *output* máximo deja de ser viable, entonces el fracaso de la economía planificada no puede atribuírse a la ausencia de estos elementos. A medida que los sistemas comunistas colapsaban en Europa del Este, la economía, que había perdido la fe en la narrativa neoclásica empezó a argumentar que era necesaria una explicación alternativa. Uno de los teóricos más prominentes de este grupo fue Joseph Stiglitz, quien se volvió famoso por sus trabajos sobre la economía de la información. Sus argumentos encajaban con los que sostenían otras mentalidades disidentes del enfoque neoclásico, como el eminente estudioso húngaro de las economías planificadas János Kornai y economistas evolucionistas como Peter Murrell.

Todos estos estudios apuntaban a un conjunto de elementos, en su mayoría ignorados por la escuela neoclásica, que daban cuenta de forma más adecuada de la capacidad que tenían las economías de mercado para evitar los problemas que plagaban los sistemas centralizados y planificados. Enfatizaban aspectos dispares, pero todos convergían en un hecho más bien simple: en los sistemas de mercado, *las empresas son autónomas*.

Esto implica que, dentro de los límites de la ley, una empresa siempre puede entrar en el mercado, elegir sus productos y sus métodos de producción, interactuar con otras empresas e individuos y cerrar si no puede sostenerse con sus propios recursos. Tal como plantea un manual de planificación centralizada, en los sistemas de mercado el supuesto es que siempre «puede

emprenderse una actividad a menos que esté expresamente prohibida», mientras que en los sistemas planificados «el supuesto preponderante en la mayoría de las áreas de la vida económica es que *no puede* emprenderse una actividad a menos que haya obtenido permiso por parte de la autoridad correspondiente».

Aunque es evidente que la hipótesis de la teoría neoclásica, a saber, que las empresas ejercen esta autonomía en un ambiente definido por el *laissez-faire* —es decir, que las restricciones sobre el intercambio voluntario deben ser minimizadas o eliminadas— no se cumple, la entrada libre y las múltiples fuentes autónomas de capital implican que cualquiera que tenga ideas novedosas para producir puede buscar recursos para desarrollar sus ideas sin enfrentar ningún veto de parte de un aparato de planificación. Como resultado de esto, tienen mayores chances de obtener los recursos para poner a prueba sus ideas. Esto lleva probablemente a generar más derroche en el marco de experimentos fallidos, pero también conlleva una mayor posibilidad de que los productos y los procesos mejoren y de que las tasas de innovación tecnológica y de crecimiento de la productividad sean constantemente crecientes.

La autonomía de las empresas para elegir qué producir y bajo qué métodos hacerlo implica que pueden comunicarse directamente con quienes consumen sus productos y adaptar su *output* a sus necesidades (y si los clientes son libres, pueden elegir entre el *output* de diferentes productores: ninguna institución debe definir en detalle qué es lo que hay que producir). Para ilustrar la eficiencia informacional relativa de este tipo de sistema, Stiglitz cita un contrato del Departamento de Defensa para la producción de remeras blancas lisas: en la licitación, la descripción física de la remera deseada ocupa casi treinta páginas de letras pequeñas. En otras palabras, una institución centralizada nunca podría aprender y luego especificar cada una de las características deseadas de cada uno de los productos.

Mientras tanto, un grupo de economistas de Europa del Este se dio cuenta de que una precondition esencial para que las firmas fueran verdaderamente autónomas era la existencia de un *mercado de capitales* (y esto ayudó a explicar el fracaso de las reformas de mercado en Hungría). Buscando una explicación para la persistencia de la escasez bajo el nuevo sistema de mercado, el economista húngaro János Kornai identificó un fenómeno que denominó «restricción presupuestaria blanda»,

situación en la cual el Estado continuamente transfiere recursos a las empresas deficitarias para prevenir que quiebren. Este fenómeno, argumentó, era lo que yacía detrás del problema de escasez en Hungría: contando con que siempre se prevendría que las empresas cayeran en bancarota, estas operaban en la práctica sin ninguna restricción presupuestaria y, por lo tanto, ejercían una demanda ilimitada de materiales y bienes de capital, lo que causaba cuellos de botella crónicos.

¿Pero por qué el Estado seguía rescatando a las empresas que estaban en problemas? No es que las autoridades húngaras se opusieran por principio al fracaso de las empresas. De hecho, cuando efectivamente se producía la quiebra de algunas empresas, las autoridades comunistas la trataban como si fuera un acontecimiento vinculado a las relaciones públicas, para demostrar su compromiso con un sistema económico racional.

En última instancia, la respuesta estaba en la ausencia de un mercado de capitales. En una economía de mercado, una empresa que atraviesa una situación problemática puede vender una parte de, o todas, sus operaciones a otra empresa. O puede buscar capital por medio de préstamos e inversiones, siempre que pueda convencer a quienes poseen el dinero de que cuenta con el potencial para mejorar su desempeño. Pero en ausencia de un mercado de capitales, la única opción posible en la práctica es la bancarota o el rescate. Los rescates constantes eran el precio que las autoridades húngaras estaban forzadas a pagar para evitar las tasas extremadamente elevadas de empresas que fracasaban y el consecuente derroche que esto conllevaba. En otras palabras, los mercados de capitales proveen una forma racional para lidiar con la turbulencia que causan las fuertes restricciones presupuestarias de los sistemas de mercado: cuando una empresa necesita gastar más que la suma de sus ingresos, puede recurrir a préstamos e inversiones. Sin un mercado de capitales, esta opción está excluida.

A medida que incrementaba la resistencia contra el comunismo, quienes deseaban evitar un giro hacia el capitalismo supieron sacar las conclusiones apropiadas. En 1989, los economistas polacos disidentes de la reforma Włodzimierz Brus y Kazimierz Łaski —ambos socialistas convencidos y discípulos del distinguido marxista keynesiano Michał Kalecki— publicaron un libro examinando las perspectivas para una reforma en Europa del Este. Ambos habían sido defensores influyentes de las

reformas democráticas y de los mecanismos de mercado socialistas desde los años cincuenta.

Su conclusión ahora era que para tener un socialismo de mercado racional, las empresas de propiedad pública debían volverse autónomas (y para esto era necesaria la existencia de un *mercado de capitales socializado*). Los autores dejaron en claro que esto suponía una reorganización fundamental de la economía política de los sistemas de Europa del Este y, en efecto, de las nociones tradicionales del socialismo. En la víspera de los levantamientos que terminaron por derrocar el comunismo, plantearon su propia perspectiva: «el rol del Estado como propietario debería ser separado del que cumple como autoridad a cargo de la administración [...] [L]as empresas [...] deben ser separadas, no solo del Estado en su rol más general, sino también unas de otras».

La perspectiva que Brus y Łaski esbozaron era novedosa: una constelación de empresas autónomas, financiadas por una multiplicidad de bancos autónomos o de fondos de inversión, todos compitiendo e interactuando en un mercado (aunque siempre bajo propiedad estatal).

LA SOLUCIÓN SOCIALDEMÓCRATA

Todo esto sienta el terreno para plantear la cuestión crítica de la *ganancia*. Hay dos formas de pensar en la función que cumple la ganancia en el capitalismo. Según la concepción marxista, la búsqueda incesante de ganancias del capital marca el paso y moldea el crecimiento económico, convirtiéndolo en el último «motor del sistema» (aunque juzga que se trata de un motor errático y arbitrario, que debería ser reemplazado por algo más racional y humano). Por otro lado, las tendencias dominantes en la economía consideran a las ganancias simplemente como una señal benigna que permite coordinar acciones, transmitiendo información a las empresas y a quienes tienen poder de inversión acerca de cómo satisfacer las necesidades de la sociedad de forma más eficiente.

Ambas versiones contienen algo de verdad. Echemos un vistazo al enfoque de las tendencias dominantes. Su lógica es sencilla: la ganancia de una empresa es el valor de mercado del *output* que vende, menos el valor de mercado del *input* que compra. Por lo tanto, la búsqueda de ganancias lleva a las empresas a maximizar la producción de *outputs* que son socialmente deseados

→

→

mientras economiza al mismo tiempo el uso de los *inputs* que son escasos. Según esta lógica, las ganancias son un dispositivo de coordinación ideal.

Pero la lógica solo se sostiene en la medida en que se considere que el valor de mercado de un artículo es efectivamente una buena medida de su valor social. ¿Puede sostenerse este supuesto? La izquierda sabe suficiente como para mofarse de esta idea. La historia del capitalismo es un compendio de bienes que no son suficientemente valorados. Las empresas capitalistas no solo disponen de montones de trucos y maniobras para inflar el valor de mercado de los *outputs* que venden (por ejemplo, mediante la publicidad) y para bajar el valor de los *inputs* que tienen que comprar (por ejemplo, mediante la descalificación laboral). El capitalismo mismo produce sistemáticamente precios para bienes cruciales que tienen una relación muy poco racional con su valor social marginal: basta considerar el caso del seguro de salud, los recursos naturales, las tasas de interés y los salarios.

Por lo tanto, si la ganancia es una señal, esta llega siempre mezclada con un montón de ruido. Aun así, es verdad que hay aquí una señal importante. La mayoría de los bienes de la economía no son como el seguro de salud ni como los recursos naturales; son más banales, como bandas elásticas, planchas de metal o televisores. Los precios relativos de estos bienes sí parecen funcionar como una guía decente en relación con sus valores sociales marginales relativos. Cuando se trata de *esta* porción de los *inputs* y de los *outputs* de las empresas —digamos, una acerera que compra hierro y lo vende manufacturado como acero— la búsqueda de ganancias realmente hace que el capital quiera producir las cosas que la gente desea de la forma más eficiente posible. Son esos bienes mal valorados —el trabajo, la naturaleza, la información, las finanzas, el riesgo, etcétera— los que producen la irracionalidad de la ganancia.

En otras palabras, bajo el capitalismo las empresas *pueden* incrementar sus ganancias produciendo eficientemente las cosas que desea la gente. Pero también pueden incrementarlas empeorando las condiciones de trabajo, saqueando el medioambiente, defraudando al consumidor o endeudando al pueblo. ¿Cómo puede obtenerse lo primero sin lo segundo?

La respuesta estándar a este dilema es la que podría denominarse «solución socialdemócrata»: dejar que las empresas generen ganancias privadas, pero que el Estado intervenga en cada caso para impedir que lo hagan de

formas socialmente nocivas. Prohibir la contaminación, dar derechos a quienes trabajan, proteger el consumo, reprimir la especulación. Esta agenda no tiene nada de malo. El teórico social Karl Polanyi la veía como una parte de lo que denominó el «doble movimiento» iniciado con la revolución industrial. Polanyi argumentó que el capitalismo liberal siempre había sido dirigido por un impulso que llevaba a convertir todo en mercancía. Dado que este impulso requiere que la producción sea «organizada a través de un mecanismo de autorregulación de trueque e intercambio», exige que «el hombre y la naturaleza sean puestos en esta órbita; deben estar sujetos a la oferta y a la demanda, es decir, ser tratados como mercancías, como bienes producidos para la venta».

Pero este impulso mercantilizador siempre produjo su opuesto dialéctico: un contramovimiento desde abajo de la sociedad, que apunta a la desmercantilización. Por lo tanto, el doble movimiento de Polanyi refiere a «la acción de dos principios organizativos en la sociedad, planteando cada uno de ellos metas institucionales específicas, con el apoyo de fuerzas sociales definidas y utilizando sus propios métodos distintivos»:

Uno era el principio del liberalismo económico, que apuntaba al establecimiento de un mercado autorregulado con el apoyo de las clases comerciales, y que utilizaba principalmente como métodos el *laissez-faire* y el libre mercado; el otro era el principio de la protección social, que apuntaba a la conservación del hombre y de la naturaleza, como así también a la organización productiva, con el apoyo variable de quienes sufrían más inmediatamente la acción nociva del mercado —sobre todo, aunque no exclusivamente, las clases trabajadoras y las clases terratenientes— y utilizando como métodos las leyes de protección, las asociaciones restrictivas y otros instrumentos de intervención.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, la presión del contramovimiento convirtió a la desmercantilización en el motor desconocido de las políticas nacionales a lo largo y ancho del mundo industrializado. Los partidos de la clase trabajadora, extremadamente vulnerables a la presión desde abajo, estuvieron en el gobierno más del 40% del tiempo de las décadas de posguerra —comparado con un promedio de alrededor del 10% en los años de entreguerras, y casi nunca antes de eso— y el temor

al «contagio revolucionario» forzó a los partidos de la derecha a realizar concesiones defensivas. La educación, la salud, la vivienda, las pensiones, el tiempo de ocio, las guarderías, la subsistencia en general y también, con mayor importancia, el trabajo asalariado, todo sería gradualmente removido de la esfera que respondía a las presiones del mercado, dejando de ser bienes que requerían dinero o artículos comprados y vendidos en función de la oferta y de la demanda, para pasar a ser derechos sociales y objetos de decisión democrática.

Este era el programa de máxima de la socialdemocracia y durante la posguerra, en ciertos lugares y momentos, sus conquistas fueron espectaculares.

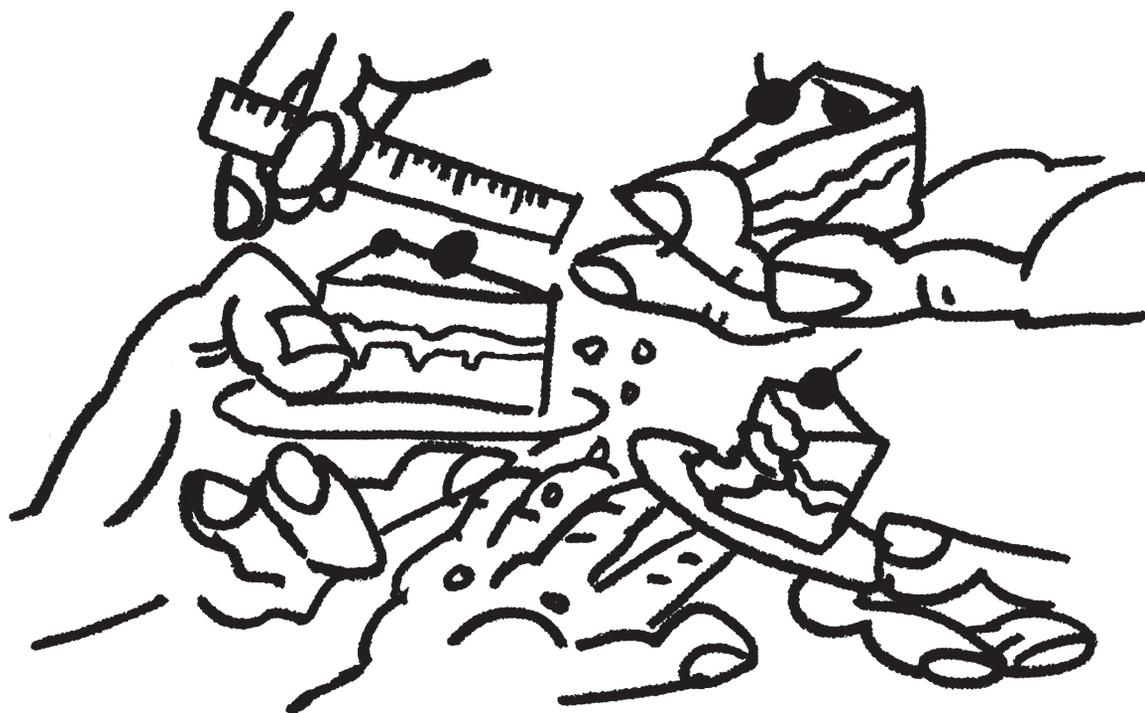
Pero la solución socialdemócrata es inestable, y aquí es donde la concepción marxista entra en escena, con su énfasis en la búsqueda de la ganancia como motor del sistema capitalista. Hay una contradicción fundamental en aceptar que la búsqueda de ganancias del capital será el *motor* del sistema y creer que esta puede ser sistemáticamente dominada y reprimida por medio

de políticas y regulaciones. En el enfoque marxista clásico, la contradicción es simplemente económica: las políticas que reduzcan demasiado las tasas de ganancia llevarán a la subinversión y a la crisis económica. Pero la contradicción también puede ser política: quienes actúen como capitalistas en funciones utilizarán todo su poder social para obstruir estas políticas. ¿Cómo puede sostenerse un sistema *impulsado* por personas que buscan maximizar sus ganancias, pero que apunta al mismo tiempo a mantener las normas, reglas, leyes y regulaciones que contrarrestan la ganancia para mantener el Estado de bienestar?

EL INICIO DE LA HISTORIA

Lo que se necesita es una estructura que permita que las empresas autónomas produzcan e intercambien bienes para el mercado, que apunten a generar un plusvalor del *output* sobre el *input*, pero que mantenga a estas empresas en la esfera pública y evite que su plusvalor sea

→



→

apropiado por una escasa clase de capitalistas. Bajo este tipo de sistema, los trabajadores pueden tomar todo el control que quieran sobre la dirección de sus empresas, y toda «ganancia» puede ser socializada (esto es, puede realmente funcionar como una señal en vez de funcionar como una fuerza motriz). Pero la precondition de este sistema es la socialización de los medios de producción (que deben ser estructurados de forma tal que preserven la existencia de un mercado de capitales). ¿Cómo puede hacerse esto?

Hay que empezar por lo básico. El control privado sobre la infraestructura productiva de la sociedad es, en última instancia, un fenómeno financiero. Los dueños del capital ejercen el control, sea como clase o de forma individual, mediante el financiamiento de los medios de producción. Lo que se necesita, entonces, es una *socialización de las finanzas* (es decir, un sistema de financiamiento común y colectivo de los medios de producción y del crédito). ¿Pero qué significa esto en la práctica?

Puede decirse que existen dos tipos de activos. Los activos «personales» incluyen casas, autos o computadoras. Pero son los activos financieros —derechos sobre los flujos de dinero, como acciones, bonos y fondos de inversión— los que financian la infraestructura productiva. Supongamos que se estableciera un fondo de inversión común, para emprender lo que de forma eufemística podríamos denominar «compra obligada» de todos los activos financieros bajo propiedad privada. Por ejemplo, se «comprarían» las acciones que una persona tiene en un fondo de inversión a su precio de mercado, depositando el pago en la cuenta bancaria de esa persona. Al final del proceso, el fondo común tendría la propiedad de casi todos los activos financieros privados, mientras que la riqueza financiera individual se convertiría en depósitos bancarios (aunque los bancos en cuestión serían ahora de propiedad colectiva, dado que el fondo de inversión tiene la propiedad sobre todas las acciones).

Nadie perdió nada de riqueza; las personas simplemente cobraron sus acciones y sus bonos. Pero hay otras consecuencias de mayor alcance. Los medios de producción de la sociedad y el crédito constituyen ahora los activos de un fondo público, mientras que los balances de la riqueza financiera individual están bajo su propia responsabilidad. En otras palabras, el trabajo de intermediar entre el ahorro dinerario de las personas y los activos físicos productivos de la sociedad, que solía ser realizado por los bancos capitalistas, fondos

de inversión, etcétera, ha sido socializado. El fondo común puede ahora restablecer un mercado de capitales «domesticado» gracias a una gestión colectiva, con una multiplicidad de bancos socializados y fondos de inversión que son propietarios del capital y tienen capacidad para asignarlo entre los distintos medios de producción.

La lección que hay que sacar de todo esto es que la transición a un sistema diferente no tiene por qué ser catastrófica. Por supuesto, la situación que estoy describiendo sería una situación revolucionaria. Pero no implicaría el colapso total de la vieja sociedad y el conjuro prometeico de algo absolutamente irreconocible que vendría a ocupar su lugar.

Al final del proceso, las empresas no son propiedad de capitalistas individuales que buscan maximizar sus ganancias. En cambio, son propiedad de la sociedad en su conjunto, como lo es el plusvalor («ganancia») que puedan generar. Dado que las empresas todavía compran y venden en el mercado, pueden generar un plusvalor (o déficit) que puede ser utilizado para juzgar su eficacia. Pero ya no hay capitalista individual que embolse este plusvalor, lo que significa que nadie tiene un interés particular en perpetuar ni en explotar la pérdida de valor de algunos bienes que provoca el capitalismo. La contradicción de la «solución socialdemócrata» —que apuntaba selectivamente a frustrar el móvil de la ganancia para sostener el bien común, pero que se apoyaba sistemáticamente sobre este convirtiéndolo en el motor del sistema— puede ahora ser reconciliada.

Con este mismo objetivo, se puede poner un techo a los intereses acumulados en los depósitos bancarios individuales alcanzado cierto umbral de riqueza, y más allá de ese nivel pueden ser limitados a un punto en el que simplemente compensen la inflación (o puede dividirse equitativamente el plusvalor social entre todas las personas y pagarse como un dividendo social). No sería exactamente la eutanasia de los rentistas particulares, pero afectaría el «interés» que tienen aquellos que viven de rentas. Aunque cada persona tendría la libertad de emprender un negocio, una vez que su empresa alcanzara un tamaño, una antigüedad y una importancia determinados, la empresa debería «hacerse pública», es decir, debería ser vendida en el mercado de capitales socializado.

Lo que estoy describiendo es, en un sentido, la culminación de una tendencia que viene desarrollándose en el capitalismo desde hace siglos: la creciente

separación de la propiedad y del control. Ya a mediados del siglo diecinueve, Marx se sorprendió de la proliferación de lo que ahora denominamos corporaciones: «Las empresas por acciones, en general —desarrolladas con el sistema crediticio—, tienen la tendencia a separar cada vez más este trabajo administrativo, en cuanto función, de la posesión del capital, sea propio o prestado; exactamente de la misma manera que, con el desarrollo de la sociedad burguesa, las funciones judiciales y administrativas se separan de la propiedad de la tierra, de la que constituían atributos en la época feudal». Marx pensaba que este desarrollo era muy significativo: «Es la abolición [*Aufhebung*] del capital como propiedad privada dentro de los límites del propio modo capitalista de producción».

Tal como señalaron Adolf Berle y Gardiner Means en *The Modern Corporation and Private Property*, en los años treinta esta «propiedad privada socializada» se había convertido en la forma productiva dominante en el capitalismo norteamericano. Es cierto que el modelo gerencial corporativo enfrentó un desafío en los años ochenta, cuando, dada su insatisfacción con las tasas de ganancia que languidecían, los verdaderos dueños del capital iniciaron una ofensiva contra lo que veían como gestiones laxas y complacientes. Esto desató una lucha intraclassa titánica por el control de las corporaciones, que duró más de una década. Pero a fines de los años noventa, el resultado fue un compromiso que satisfacía los intereses de ambas partes: las autoridades ejecutivas mantuvieron su autonomía de los mercados de capitales, pero adoptaron como ideología la «creación de valor para accionistas», mientras que los paquetes de acciones se hicieron más sensibles a la ganancia de las empresas y a su desempeño en el mercado de valores (aunque también se inflaron enormemente). En realidad, nada de esto resolvió técnicamente el problema de la separación de la propiedad y el control, dado que los nuevos esquemas de pagos no estuvieron ni cerca de alinear los intereses pecuniarios de quienes dirigían las empresas con los de los dueños. Un estudio exhaustivo de la remuneración del personal ejecutivo desde 1936 hasta 2005, realizado por economistas del MIT y de la Reserva Federal, mostró que la correlación entre el desempeño de las empresas y la remuneración total del personal ejecutivo era insignificante (no solo en la época dominada por la ideología gerencial, sino a lo largo de todo el período).



EL SOCIALISMO NO ES LA ÚLTIMA EVOLUCIÓN NI EL PRODUCTO PERFECTO NI EL FIN DE LA HISTORIA. EN UN SENTIDO, ES SOLO EL COMIENZO DE LA HISTORIA.

En otras palabras, el laboratorio del capitalismo viene desarrollando un experimento hace siglos, que es capaz de probar si un sistema económico puede funcionar cuando se corta la relación uno a uno entre las ganancias de una empresa y la recompensa que acumulan quienes la controlan. El experimento ha sido un éxito. El capitalismo contemporáneo, con su particular y radical separación entre propiedad y control, no carece de defectos ni de patologías, pero el descuido de las ganancias no ha sido uno de ellos.

¿Cómo deberían ser realmente gobernadas estas empresas? Una respuesta completa a esta pregunta excede en mucho los objetivos de un ensayo como este. Describir minuciosamente los estatutos y las normas de empresas imaginarias es exactamente lo que hacen las recetas comtesianas que Marx criticó con justeza. Pero el punto central está suficientemente claro: en la medida en que estas empresas compran y vendan en el mercado, su desempeño podrá ser juzgado racionalmente. Una empresa podría ser controlada completamente por sus

→

trabajadores, en cuyo caso estos podrían simplemente recaudar el ingreso neto luego de pagar por el uso del capital². O podría ser «propiedad» de alguna entidad en un mercado de capitales socializado, con una dirección elegida por esa entidad y un fuerte sistema de cogestión obrera que contrabalancearía su poder en las empresas. Las direcciones y las personas que ejercen la «propiedad» podrían ser evaluadas sobre la base del rendimiento generado por la empresa, pero no tendrían derechos de propiedad privada sobre la masa de ganancia *absoluta*. Si es cierto que las expectativas sobre el desempeño futuro deben ser juzgadas «objetivamente» de alguna forma, está claro que es algo que los mercados de capitales socializados podrían hacer³.

Un programa de este tipo no es una utopía; no anuncia el año cero ni trata a la sociedad como una pizarra en blanco. Lo que pretende es esbozar un mecanismo económico racional que rechace la prioridad que tiene la búsqueda de ganancias por sobre la satisfacción de las necesidades humanas. Esto no implica descartar cambios más básicos en las formas en que las personas interactúan entre sí y con el medioambiente. Por el contrario, remueve algunos obstáculos para que puedan producirse cambios en este sentido.

En un tributo a Isaac Deutscher, la historiadora Ellen Meiksins Wood elogió su «visión mesurada del socialismo, que reconocía la promesa de la emancipación humana sin abrigar la ilusión romántica de que esta curaría de todo mal a la humanidad, haciendo que de repente la gente se volviera, según las palabras de Shelley, milagrosamente “libre de culpa o de dolor”». Deutscher había escrito que «el socialismo no era la última evolución ni el producto perfecto ni el fin de la historia, sino que, en un sentido, era solo el comienzo de la historia». Siempre que la izquierda pueda retener esta base elemental de la esperanza, no perderá de vista un horizonte más allá del capitalismo. ✕

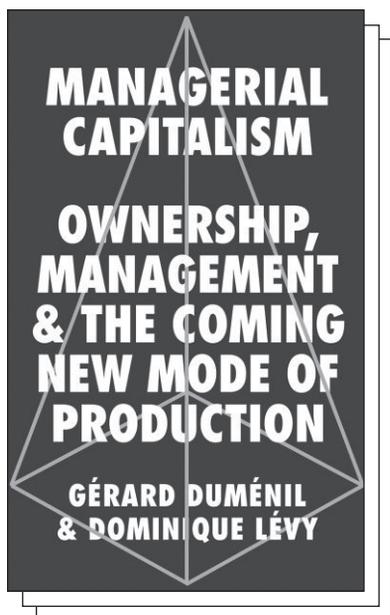
1. Ninguna relación.
2. La economía de las empresas bajo control obrero es un tema extenso que plantea una enorme cantidad de cuestiones institucionales complejas que caen por fuera de los objetivos de este artículo. (Para un tratamiento exhaustivo, puede consultarse el libro de Gregory Dow *Governing the firm*). Pero en términos políticos, lo importante es notar que en el caso de estas empresas se suprime el conflicto sistemático entre una clase capitalista o ejecutiva

autónoma y la masa de la población. Por supuesto, todavía hay conflicto entre intereses sectoriales. Pero estos existirán sin importar qué forma de propiedad que se asuma. Por otra parte, creo que hay una buena razón para creer que el influjo de los intereses sectoriales parroquiales sobre la política es más grande cuando hay una clase capitalista autónoma que cuando esta no existe, puesto que la clase tiene un interés intrínseco en mantener la porosidad del Estado a los intereses egoístas y minoritarios *en general*.

3. No hay necesidad de asumir que las direcciones de las empresas deben recibir recompensas *pecuniarias* para tener un mejor desempeño. Pero este supuesto sirve para esbozar una simple ilustración matemática de cómo las direcciones podrían ser evaluadas sobre la base de las ganancias relativas y no de las absolutas. Supongamos que, al comienzo de cada año, las autoridades deciden que una cierta fracción del ingreso nacional será utilizada para pagar bonificaciones gerenciales a fin de año. El número podría cambiar cada año, pero supongamos que se trata del 3%. Cuando termina el año, el ingreso nacional se suma a la ganancia total. Si la ganancia total es el 30% del ingreso nacional, esto significa que las bonificaciones totales representan un décimo del total de la ganancia (3%/30%). A su vez, esto significa que el fondo de bonificación para la dirección de *cada empresa* será igual a un décimo de la ganancia de *esa empresa*. Bajo un sistema como este, cada dirección tendrá el interés de mejorar el desempeño de las ganancias en su *propia* empresa; pero no tendrá ningún motivo racional para subvertir ni para objetar las leyes, normas, aranceles o regulaciones que supriman la ganancia, promulgadas en favor del interés público, dado que estas serán aplicadas igualmente a todas las empresas. De nuevo, lo que es importante aquí es el concepto: en desmedro de si es el dinero o son los elogios lo que constituye una recompensa por el buen desempeño, el principio es el mismo.

capital cultural

GRAMSCI ON DEMAND



Reseña de Gérard Duménil y Dominique Lévy, *Managerial Capitalism: Ownership, Management and the Coming New Mode of Production* (London: Pluto Press, 2018)

¿Mandan los gerentes?

¿El poder de los gerentes en la economía contemporánea creció hasta el punto de abrirle paso a un nuevo sistema económico? ¿La política de clases tradicional está obsoleta? En su nuevo libro, Gérard Duménil y Dominique Lévy argumentan por la positiva a ambas preguntas. Sin embargo, aunque ofrecen una interpretación empíricamente rica y analíticamente interesante, no logran demostrar ninguna de sus respuestas. El poder real sigue estando en manos de la clase capitalista.

La lucha contra el capitalismo es tan vieja como el capitalismo. Las batallas siempre fueron duras y sangrientas, tuvieron picos triunfantes y bajones dolorosos y duraderos. Pero la izquierda es obstinada. Mantenemos la bandera roja en el aire y luchamos empeinadamente por un mundo mejor, por el socialismo. En contra de las probabilidades, nunca nos damos por vencidos.

Gérard Duménil y Dominique Lévy, respetados economistas heterodoxos, quieren que nos rindamos. Tuvieron suficiente de nuestros fracasos y nuestras caídas. Para convencernos, escribieron un libro, *Managerial Capitalism: Ownership, Management and the Coming New Mode of Production*. El libro argumenta que nuestra misión fue en vano: la clase obrera no se sublevará ni nos traerá el socialismo. Si alguien va a salvarnos, serán los médicos, los abogados, los banqueros, los consultores y otros miembros del 1%.

Puede sonar sorprendente viniendo de autores marxistas, pero Duménil y Lévy trabajaron mucho tiempo en este argumento. *Managerial Capitalism* suena como un opus, consolida y perfecciona su defensa empírica y teórica del fin del capitalismo y el triunfo del gerencialismo. Por supuesto, no descartaron a las clases «populares» (el 99%). De hecho, sostienen que estas todavía tienen un rol que cumplir. En cambio, argumentan que la izquierda cometió un error cuando las colocó

en el centro de la historia, un error por el que responsabilizan a Marx y Engels. Duménil y Lévy dicen que la teoría de la historia de Marx era errónea (o parcialmente errónea).

La parte correcta del modelo histórico de Marx, según Duménil y Lévy, era que el capitalismo había implicado una socialización creciente y había expandido y profundizado la racionalización y la burocratización, que los autores conciben como cosas positivas. Pero el modelo de Marx se caía a pique, según ellos, cuando asumía que este proceso de avance de la socialización se combinaría eventualmente con las contradicciones crecientes del capitalismo (que surgían de las divisiones de clases y de la competencia) y empoderaría la sublevación de clase obrera, que derrocaría el capitalismo y traería el socialismo. Marx y Engels estaban equivocados, argumentan Duménil y Lévy, cuando creían que personas comunes y corrientes efectuarían el reemplazo del capitalismo por el socialismo.

Duménil y Lévy consideran que la debilidad del marco histórico de Marx, combinada con su definición insuficiente de la clase, es un obstáculo analítico grave que nos deja ciegos ante transformaciones que comenzaron en el siglo diecinueve: a saber, el inicio de una lenta transición del capitalismo, que valora la propiedad privada y la transmisión hereditaria de la riqueza, hacia

el gerencialismo, que empodera a los trabajadores de altos salarios y depende de los valores de la meritocracia. En síntesis, subestimamos enormemente la importancia de los gerentes en el proceso de acumulación.

Si consideráramos seriamente el rol de los gerentes, afirman los autores, nos daríamos cuenta de que ya con el New Deal, la clase gerencial —«los asalariados que pertenecen a los fractiles más altos de las jerarquías de ingresos»— tomó las riendas en un modo de acumulación híbrido denominado capitalismo gerencial. En los que abarcó el compromiso posterior a la Segunda Guerra Mundial, estos gerentes estaban efectuando activamente la transición de la sociedad hacia un nuevo modo de producción que iba más allá del capitalismo. Duménil y Lévy dicen que los economistas de esta época —Burnham, Schumpeter, Galbraith, Chandler— supieron leer los indicios: los mecanismos de mercado fueron restringidos y el ánimo de lucro reducido, expresando una «distancia creciente respecto de la economía del capitalismo».

Esta transición fue interrumpida por la contrarrevolución neoliberal que parecía augurar un retorno a la vieja fórmula (por ejemplo, salarios y bonos atados a los precios de las acciones). En este barullo, el poder creciente de los gerentes fue olvidado y las cavilaciones poscapitalistas de

→

→

Galbraith y Schumpeter descartadas con la basura. Pero Duménil y Lévy argumentan que este olvido fue un error. Afirman que durante las últimas décadas los gerentes retuvieron y aumentaron su control, esta vez en acuerdo con la patronal en lugar de con los trabajadores. Cuando estalló la crisis de 2007-2008, los gerentes utilizaron su doble poder en los mercados y en el gobierno para enderezar el barco.

Duménil y Lévy sostienen que hoy los gerentes tienen más poder que nunca. Se convirtieron en una nueva clase dominante que, a diferencia de las élites de antaño, vive principalmente de sus salarios, no de capital. Son los gerentes, no los dueños, argumentan, quienes dirigen la economía mundial; y si miramos el siglo veinte en perspectiva, son estos asalariados, más que los dueños de capital, los que tuvieron ganancias más significativas.

Más de diez años después de la crisis estamos en un punto de inflexión. El neoliberalismo parece haber cumplido su ciclo mutando en lo que los autores denominan «neoliberalismo administrado», sistema inestable que está un paso más cerca de la «institución gradual de relaciones de producción más allá del capitalismo». Pero los autores también consideran que estamos ante un momento de apertura... o algo así. Las divisiones de la clase alta están creciendo, y la cima de la pirámide —el 0,1%— acumuló una riqueza tan inimaginable que flota sin rumbo. Duménil y Lévy argumentan que esta polarización abre un espacio para que las clases populares establezcan una alianza con la parte más baja de la clase alta, es decir, con aquellos que llevan a casa una

tajada de menos de medio millón de dólares por año. Solo tenemos que convencerlos de alinearse con las personas comunes y corrientes en vez de con el capital, como hicimos en los años 1930. De esta manera, seremos capaces de desarrollar un nuevo compromiso que acaso un día resulte en algo que todavía podremos denominar socialismo, «como la marca de una filiación recobrada con proyectos anteriores».

Del capital a los salarios

Dos elementos interrelacionados de *Managerial Capitalism* son oportunos y ameritan ser analizados con más detalle. El primero es el enfoque de los autores en la transformación de la base material de la clase alta y su significado para el futuro del capitalismo. Duménil y Lévy presentan datos que muestran cómo en los años 1920 el 1% que ocupa la cima de la pirámide obtenía solo el 40% de sus ingresos de salarios (pensiones, bonos, participación accionaria, etc.); el resto era ingreso de capital (beneficios, intereses y rentas). A comienzos de los años 2000, este desglose se inclinó en la dirección contraria; hoy las élites obtienen casi el 80% de sus ingresos de salarios. Duménil y Lévy dicen que este cambio socava nuestra comprensión tradicional del capitalismo como «estructura social fundada en la propiedad privada de los medios de producción. Los capitalistas, como propietarios de los medios de producción, son la clase alta; es esta la que toma las decisiones sobre el uso de los medios de producción». Pero hoy la clase alta es un puñado de asalariados.

El problema de cómo clasificar a los trabajadores que ganan mucho no es nuevo: ¿caen del lado de los capitalistas o del lado de los trabajadores? Varias generaciones de historiadores, especialistas en desarrollo, sociólogos, economistas y académicos que investigan el mundo del trabajo, marxistas y no marxistas, lidiaron con el problema de definir quiénes se benefician del capitalismo y desean activa o pasivamente su conservación y quienes se podrían convencer de que estarían mejor con el socialismo. Estos trabajadores que cobran salarios altos y que ocupan «posiciones de clase contradictorias» recibieron muchos nombres: burguesía asalariada, burguesía gerencial, etcétera, pero el misterio nunca encontró una resolución concisa.

Sin embargo, la mayoría de los investigadores, y no solo los más radicalizados, están de acuerdo en que existe una división estructural profunda que separa a la clase dominante de la clase trabajadora. La clase dominante tiene derechos de propiedad privada sobre los medios que las personas comunes necesitan para ganarse la vida. Deciden crear o no crear empleo. Los ricos se reproducen a sí mismos y acumulan oportunidades y recursos mediante redes cerradas y contactos con el poder. La clase trabajadora, no; la única forma en que gana poder es negándose colectivamente a reproducir el sistema.

Duménil y Lévy no están satisfechos con esta interpretación de la clase. Señalan que aunque «hoy la principal división social es entre los que ganan salarios bajos y los que ganan salarios altos, y cada vez más a medida que los gerentes ganan más

poder, la resistencia ante el desarrollo de un nuevo marco analítico sigue siendo muy fuerte en la izquierda». Consideran que la inclinación del ingreso de las clases altas hacia los salarios en vez del capital tiene una importancia fundamental: no es capitalismo si las personas más ricas están haciéndose ricas principalmente a partir de los salarios en vez del capital.

Dejando de lado el debate sobre si podemos distinguir nítidamente entre los salarios y los ingresos de capital en esta época de financiación (especialmente después de las políticas de «recuperación» pos-2008 de la FED), ¿el supuesto cambio a los salarios como savia de las clases dominantes implica que no estamos más en el capitalismo, o que estamos en una fase de transición hacia un nuevo modo de acumulación? ¿Cuánto capital tiene que tener una persona para ser capitalista?

Duménil y Lévy se burlan de los «círculos de obediencia marxista laxa o estricta», pero su transformación de la clase en percentiles resucita viejos debates. Puede ser cierto que hoy la clase dominante vive de los salarios más que en el pasado, pero esto no significa que la división entre ricos y pobres se haya desdibujado o que se haya vuelto más permeable. La clase no es reducible a tipos de activos, a flujos de ingreso o las habilidades con las que uno concurre al mercado. La clase habla del poder de las élites, élites que reproducen activamente su poder de clase por medio de sus relaciones, redes e instituciones. Los ricos progresaron después de los años 1970, mientras que el poder de la clase trabajadora se redujo a niveles previos al New Deal. El crecimiento

ininterrumpido de la brecha entre los ricos y el resto (independientemente de nuestras fantasías polyanianas de un giro a la izquierda) lo demuestra mejor que nada.

El capitalismo, en tanto sistema histórico, evolucionó a lo largo del tiempo y por extensión también lo hicieron la composición y las redes de su élite dirigente. Duménil y Lévy muestran esto con un nivel de detalle fascinante en su capítulo sobre las estructuras de poder imperiales y de clase. Tomando información de la base de datos de mercado de Orbis de 2007, realizan un esquema de la red global de propiedad y control que saca a luz tanto la persistencia de una densa red mundial anglosajona y el modo en que «la administración de la propiedad de la gran economía está básicamente en manos de los gerentes financieros de la cima».

Pero, a riesgo de perder el tiempo, no deberíamos perder de vista el hecho de que, a pesar de que estamos ante una reorganización significativa, los imperativos que impulsan al capitalismo a la competencia, a mercantilizar nuevas esferas de la vida y a priorizar las ganancias por sobre todo siguen siendo los mismos. El modo en que las élites dirigentes obtienen sus beneficios no cambió estos imperativos, al menos no todavía.

Por eso tantas personas de izquierda resisten a un nuevo marco: no porque estemos aferrados a la idea de que la clase dominante debe estar compuesta única o principalmente por los propietarios de los activos de capital, sino porque los imperativos impulsores del capitalismo no cambiaron. La clase dominante simplemente está encontrando nuevas maneras de cimentar y

reproducir su poder a medida que el capitalismo evoluciona.

De la herencia a la meritocracia

Duménil y Lévy no solo están interesados en ajustar la teoría de la clase de Marx para que dé cuenta adecuadamente del rol que cumplen los gerentes en la acumulación. También quieren mostrar la centralidad que podrían tener los gerentes en la construcción de un mundo mejor. Lo hacen enfatizando la parte de la teoría de la historia de Marx que, según su punto de vista, era correcta: el hecho de la socialidad creciente, es decir, la burocratización y la racionalización creciente del gobierno y de la producción. Este es la segunda gran estocada del libro.

Duménil y Lévy reúnen los argumentos de Marx y Engels que enfatizan una «tendencia hacia niveles de socialidad cada vez más altos, o en términos equivalentes, socialización, sobre todo la socialización de la producción vinculada con el progreso de las fuerzas productivas». Acuerdan con Marx y Engels en que el capitalismo es el «gran arquitecto de unas relaciones económicas y, en términos más generales, sociales, cada vez más sofisticadas y "eficientes"». Definen la socialidad creciente, en primer lugar, por «el aspecto técnico de la producción y la división de tareas correspondiente, dentro de las empresas y entre distintas industrias» y, en segundo lugar, por el desarrollo del «rol organizativo de las instituciones centrales estatales o paraestatales tanto a nivel nacional como internacional».

→

→

Este proceso de socialización de fondo es central en el análisis de los autores. Sostienen que, con el tiempo, el capitalismo engendró una complejidad creciente de tareas, tecnología y procesos de producción, y que las necesidades de gobierno se tornaron más abigarradas y demandantes (a medida que el Estado amplió su alcance y sus capacidades), todo lo cual hizo que aumentaran la necesidad de contar con gerentes y el poder del que estos disponen. El viejo sistema, argumentan Duménil y Lévy, en el que «la propiedad es transmitida dentro de relaciones familiares por herencia o por matrimonio» simplemente caducó.

Hoy los «individuos ocupan distintas posiciones dependiendo de sus habilidades. Deben realizarse muchas tareas; existe una división del trabajo dentro de las empresas, como así también entre las empresas que están por los mercados o que interactúan a través de formas determinadas de coordinación u organización centrales». Los gerentes se convirtieron en «los agentes clave del proceso de organización» y no llegan a los lugares que ocupan por herencia, sino con trabajo duro y habilidades. Por eso valoran la meritocracia.

El triunfo de la meritocracia sobre la herencia, argumentan Duménil y Lévy, ya era visible en el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial, cuando «el progreso de las cualidades gerenciales, asociado con el desarrollo de nuevas relaciones de producción, desmanteló gradualmente los fundamentos de las prácticas capitalistas, lo mismo que las ideologías de la propiedad privada de los medios de producción, incluyendo la transmisión hereditaria de

los medios de producción, bajo el estandarte de la meritocracia».

Hoy los ideales meritocráticos son todavía más influyentes. La meritocracia es el relato orientador de la economía del conocimiento, de la época de la información y de los «revolucionarios» de Silicon Valley. Los progresos de la ciencia, la medicina, el comercio y las finanzas hacen que la educación superior sea más importante que nunca. Los buenos empleos exigen credenciales excelentes. Todo esto no solo alimenta el crecimiento de los gerentes, sino también la «ideología de la meritocracia», que según Duménil y Lévy está reemplazando cada vez más los «valores de la propiedad».

Los autores ponen mucho énfasis en esta evolución de fondo de la socialidad creciente, tanto porque piensan que hizo que la sociedad sea mejor para todos (se supone que una economía fundada en el conocimiento es mejor) como porque empapa el marco de legitimidad emergente del gerencialismo con una inclinación hacia la meritocracia en vez de la herencia o la lógica de que el poder hace la fuerza: «Dadas las mejoras de la interacción social y la educación, el monopolio de las minorías sobre la iniciativa social sería cada vez más difícil de sostener en el curso de un gerencialismo suficientemente inclinado en dirección al progreso social».

Aseguran que la centralidad de la meritocracia en la sociedad contemporánea sostiene la promesa de «construir un futuro digno con las cualidades más progresistas de la modernidad gerencial». Las personas inteligentes y formadas encontrarán la prosperidad en el gerencialismo. Con un poco de esfuerzo y mucho estudio, cualquiera puede ser

cualquier cosa. Finalmente, el sueño americano podría hacerse realidad.

Aunque el reemplazo de la herencia por la meritocracia pueda sonar atractivo, no es lo que está sucediendo en la realidad. La mayor parte de la riqueza, al menos en los Estados Unidos, que es donde Duménil y Lévy centran su análisis, sigue siendo transferida de padres de élite a hijos de élite, y está cada vez más inclinada según parámetros de raza, clase y género. Los Estados Unidos pueden tener los trabajadores asalariados más ricos del mundo, pero también tienen la menor movilidad intergeneracional.

¿Tal vez una economía realmente dirigida por los gerentes termine evolucionando hacia la meritocracia en el futuro, sobre todo teniendo en cuenta los requisitos de conocimiento y habilidades que plantea el capitalismo contemporáneo? Es posible, pero no parece ser la tendencia actual. El mundo construido y dirigido por los «reyes niños» de Silicon Valley y los magos de Wall Street es un mundo definido por la exclusión y la competencia exacerbada. Los sectores más «avanzados» crean pocos buenos empleos. Los jóvenes están más educados, son más productivos y trabajan más duro que nunca, pero están peor que sus padres y que sus abuelos. La economía del conocimiento es una economía que no necesita ni desea el conocimiento de las mayorías, sobre todo de las pobres y negras. Las personas comunes están cada vez más relegadas a atender a los ricos y a salir de compras. Si no sirven ni consumen, se las ignora, se las encierra o se las mata.

Los ideales meritocráticos de la clase dirigente gerencial, suponiendo que existan, no se derramarán

para dar comienzo a una sociedad más equitativa.

Sin novedad en el frente

Duménil y Lévy no son ingenuos. Reconocen que un mundo dirigido por los gerentes podría ser tan malo como el capitalismo. Sostienen que la tendencia hacia la socialidad creciente generó el potencial para construir una sociedad más equitativa y que, a pesar de todo lo que perdimos durante el período neoliberal, estamos en una mejor posición de la que muchos creen. Todo el trabajo duro de las clases populares no fue en vano porque «siglo tras siglo acumulamos conquistas».

Cuentan con las personas comunes para, mediante «conquistas pacíficas» y «una lucha de clases obstinada», inclinar a nuestros gobernantes gerenciales hacia nuestro lado, para «inclinarlos a la izquierda». Sostienen que las «bifurcaciones» son momentos de contingencia. Por ejemplo, argumentan que en la crisis de los años 1970 no había nada que planteara la necesidad de una «transformación del acuerdo de posguerra en beneficio de una alianza entre las clases altas en el neoliberalismo». Siguiendo a Marx, sostienen que había «condiciones», pero que «el resultado, es decir, la determinación de una configuración específica de alianzas de clase y dominación, seguía siendo contingente y estaba determinada por las circunstancias políticas». Hoy, piensan, estamos en un momento similar en cuanto a la contingencia. Y para que nos apropiemos de las conquistas que queremos nos imploran que miremos hacia atrás, hacia la época en que la

clase trabajadora estadounidense estaba mejor y que reconstruyamos el compromiso keynesiano.

La época keynesiana, sostienen los autores, representó una «nueva jerarquía de poderes de clase» y un «nuevo orden social» que «era la expresión de un compromiso político entre las clases populares y las clases de gerentes públicos y privados que estaban en auge». Bajo este orden social, «fundado en una alianza entre los gerentes y las clases populares, se alcanzaron niveles de "democracia" excepcionales».

Duménil y Lévy tienen razón cuando afirman que hoy estamos ante una nueva abertura. Pero mirar atrás no es la respuesta. El compromiso de la posguerra era inestable y excluyente, y estuvo lleno de contradicciones en su momento más álgido. Los jefes nunca se rindieron. Lucharon todo el tiempo. Lo único que sostenía el compromiso vivo era la amenaza que representaba la Unión Soviética, el espacio de un crecimiento económico rentable que abrió la destrucción que ocasionó la Segunda Guerra Mundial y el poder de los movimientos sociales de masas y de los trabajadores organizados, que en aquella época hacía temblar a las élites dominantes.

Los años 1970 fueron una encrucijada. En aquel momento de crisis profunda, los trabajadores y los movimientos sociales exigían cambios radicales y de raíz que iban más allá de las contradicciones del keynesianismo. La clase dominante tuvo que tomar una decisión. Podría haber avanzado con los trabajadores e instituido una verdadera democracia industrial y una redistribución significativa. Pero no lo hizo. Las élites decidieron ponerse del lado

del capital y defender el capitalismo en vez de deshacerse de él.

En este sentido, las élites nos dejaron una lección potente, una moraleja completamente contradictoria con la tesis de *Managerial Capitalism*. Más allá de cierto punto, los ricos nunca dejarán de lado su riqueza y su poder. Cuando la presión se hizo sentir en los años setenta, los profesionales de altos salarios supieron de qué lado se cocinaba su pan. No existe ningún motivo para pensar que esta vez será distinto, que los gerentes serán capaces de utilizar su posición para deshacerse del capitalismo, o que decidirán hacerlo. ¿Por qué alguien que gana medio millón de dólares por año se pondría del lado de alguien que gana treinta mil? ¿Por una creencia compartida en la meritocracia?

Nada de esto significa que el análisis de Duménil y Lévy no sea valioso. Los autores demuestran con pericia cómo el capitalismo mundial evolucionó como sistema histórico, cómo se tornó más racional y burocrático, el modo en que cambiaron los medios por los que la clase capitalista acumula riqueza y la reproduce. Pero los impulsos fundamentales de la acumulación, de la conquista y la reproducción del poder son los mismos.

Y tampoco cambió el rol de la clase obrera. Si queremos un mundo mejor, la tarea de alcanzarlo está en nuestras manos. Duménil y Lévy tienen razón cuando dicen que no habrá ningún progreso natural hacia el socialismo, pero la izquierda sabe esto hace mucho tiempo. Aun así mantenemos la bandera roja en alto para frenar a nuestros patrones, luchar contra la injusticia y construir un mundo mejor aquí y ahora. ×

Bling-Bling TV

Mientras los niveles de vida caen en los sectores sociales más bajos y suben en los más altos, parece que lo único que se puede hacer es ver por televisión los problemas triviales de personas fenomenalmente ricas.

Es posible que no ustedes no estén siguiendo la espectacular recuperación del mercado de artículos de lujo, tras su dramático hundimiento durante la pandemia. ¿Por qué deberían hacerlo si, como la mayoría de la gente, no pueden permitirse ningún artículo de lujo? En palabras de la consultora de gestión Federica Levato: «Es probable que la crisis marque un punto de inflexión para el lujo tal como lo conocíamos: las marcas de este sector seguirán redefiniéndose,

ampliando su misión más allá de la creatividad y la excelencia, convirtiéndose en facilitadoras del cambio social y cultural».

Esa misma solicitud ansiosa caracterizó el tono de la mayoría de las películas realizadas sobre la experiencia de la pandemia, casi todas tendiendo a centrarse en personajes extremadamente acaudalados. Comedias, thrillers o dramas sentimentales como *The Bubble*, *KIMI*, *Malcolm & Marie*, *Locked Down* y *Together* se preguntaban: «¿Estará



bien esta gente acomodada? ¿Podrán soportar las presiones del encierro que están poniendo a prueba su salud mental y sus relaciones personales?».

Puede que me haya olvidado de alguna película o algo en la televisión sobre la experiencia con la pandemia de aquellas personas que se quedaron sin trabajo, empobrecidas y amenazadas por un desalojo. Pero, si existieron, apuesto a que fueron documentales. Y a que no alcanzaron precisamente grandes niveles de popularidad.

Hay una larga tradición de entretenimiento escapista en tiempos de crisis, y una forma del mismo consiste en ver a los ricos, que seguramente son los que salen bien parados, si es que alguien lo hace. Las brillantes comedias musicales de Fred Astaire y Ginger Rogers, así como los melodramas de «sufrimiento con visón» de los años 30, en el punto álgido de la Gran Depresión, son buenos ejemplos de ello.

Mientras salíamos de la pandemia, o al menos dejábamos de



tomárnosla tan en serio, apareció un nuevo y popular *reality show* de televisión de lujo llamado *Bling Empire* que es básicamente una larga juerga de compras de artículos de lujo. Allí los personajes compran joyas de diamante «de siete cifras» por pieza, comen comidas extravagantes y se prueban ropa de diseño, mientras comparten chismes y se preocupan por sus inanes problemas de telenovela con amigos, amantes y familiares.

Es notable que *Bling Empire* se centre en la comunidad de riquísimos asiáticos y asiático-americanos que viven en Los Ángeles, lo bastante pequeña y ultraelitista como para que un personaje se jacte de que «conoce a todo el mundo en ella».

Al parecer, la gente a la que le gusta la serie la sigue con avidez y es animada a pensar que ofrece una visión «más consciente» de las diversas realidades sociales, como las diferencias de estilo de vida entre los meramente ricos y los superricos. *Bling Empire*, por el momento tiene

tres temporadas, se basa claramente en la serie de éxito *Selling Sunset*, de mayor duración y cinco temporadas. Incluso existe la amenaza de que se produzca un «crossover» entre ambas.

Selling Sunset trata de jóvenes blancas adineradas que «trabajan» en la venta de propiedades inmobiliarias de lujo, todas ellas con botox y peinadas con secador de pelo, con cuerpos delgados y labios gordos, vestidas con horribles trajes ajustados y tacones de aguja. La mayor parte del tiempo se las muestra en su tiempo libre, comiendo comida cara, comprando artículos de lujo, de vacaciones en complejos turísticos exclusivos y discutiendo sus enmarañadas vidas amorosas heterosexuales. Los hombres son desagradables, especímenes de gimnasio que enseñan los dientes con sonrisas vacías. El satírico más salvaje no podría transmitir lo horrible que es esta gente. Juvenal se quedaría perplejo.

En el primer episodio de la quinta temporada, una rubia muñeca Barbie vende una casa inmaculada de nueve millones de dólares en la cima de una colina a un torpe productor de Hollywood, con el argumento de que si hace reformas exhaustivas de inmediato, puede convertirla en una casa de doce millones de dólares.

El desprecio abierto por los pobres es parte integral de la serie. En una escena que transcurre en un lujoso balcón con una vista espectacular de Los Ángeles, la mujer rubia, que, como sus compañeras de reparto, parece una muñeca inflable, le dice a la mujer negra genérica a la que piensa meter en el negocio

inmobiliario: «Me encanta mirar a la gente desde arriba». Ambas, claramente couchedas, se asoman al balcón para gritar al unísono: «¡Hola, siervos!».

He aguantado dos episodios completos de *Selling Sunset* y dos de *Bling Empire*, y creo que deberían agradecerme los servicios prestados. Es desalentador considerar que estos programas de pornografía de la riqueza no son nada nuevo, aunque puedan tener un cierto toque post-pandémico, un escalofrío *neo-Gilded* extra, hoy que más y más personas van quedando al borde de la desesperación financiera. Pero este tipo de telerrealidad capitalista ha estado con nosotros desde siempre: ¿recuerdan *Lifestyles of the Rich and Famous* (*Estilos de vida de ricos y famosos*), que se emitió de 1984 a 1995? La tendencia parece haberse intensificado en la década de 2000, con *The Simple Life* (2003-7), *Keeping Up With the Kardashians* (2007-21), *Shahs of Sunset* (2012-21), *Rich Kids of Beverly Hills* (2014-16), *Secret Lives of the Super Rich* (2013-17), *Summer House* (2017-presente), *Family Karma* (2020-presente) y muchos otros. *Real Housewives of Orange County* (2006-presente) ha tenido tanto éxito que tuvo *spinoffs* en lugares como Atlanta (2008-presente), Nueva York (2008-presente) y Beverly Hills (2010-presente).

Este aumento se produjo incluso cuando Estados Unidos se dirigía hacia el desastre económico con el crack financiero de 2008, que alertó a todo el mundo de lo absolutamente jodidos que estamos la mayoría de nosotros. Es decir, la clase trabajadora. Que también es la audiencia de estos programas. ×

¡INFLACIÓN!

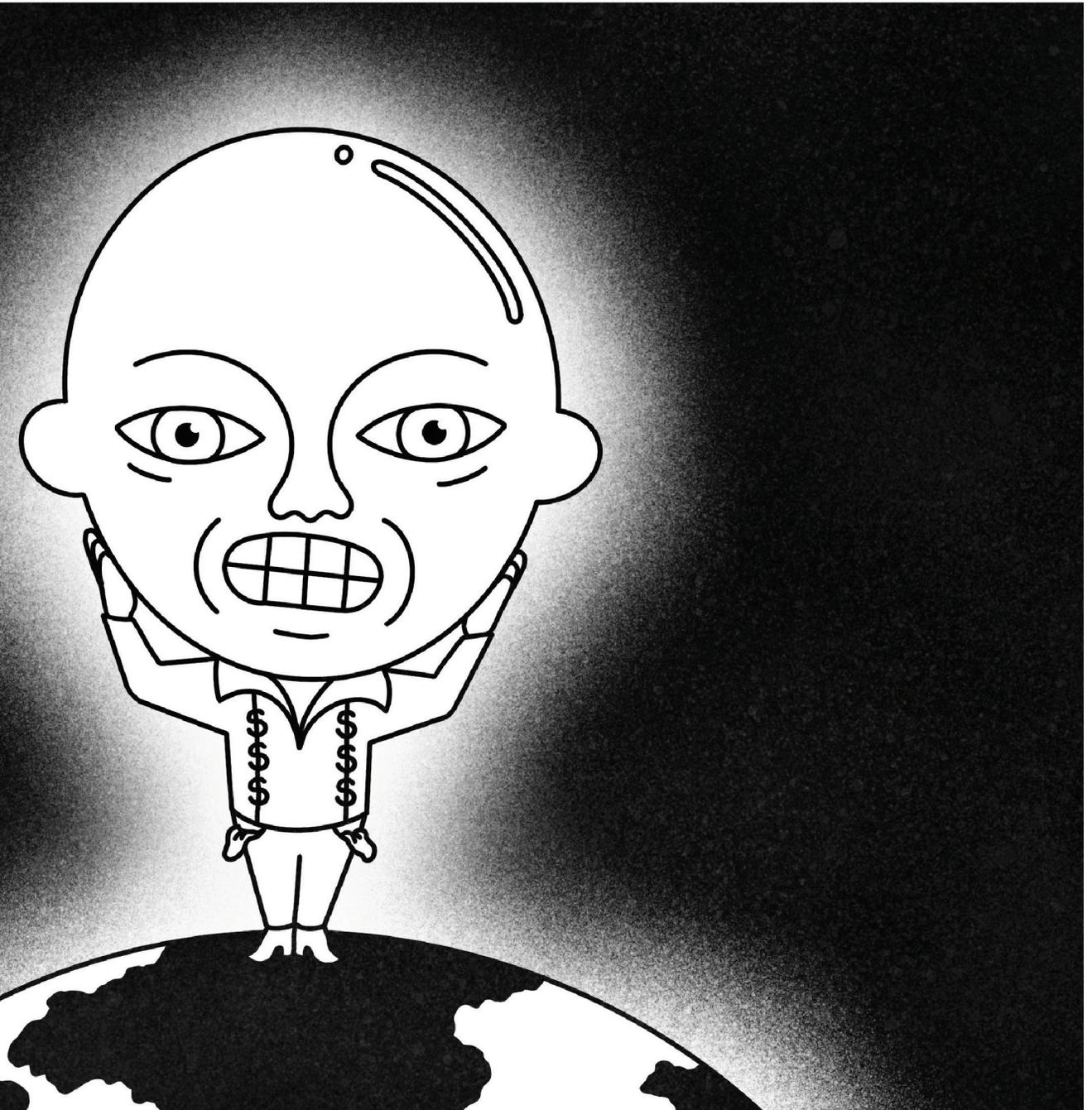
Hasta hace muy poco tiempo, la inflación era un problema limitado a algunos países de la periferia, como Argentina, Venezuela o Turquía. Pero esta reliquia del pasado ahora está golpeando gravemente a la economía global. Y está afectando especialmente a la economía estadounidense, obligando a cambios en la política de la Reserva Federal que repercuten internacionalmente.

ILUSTRADO
TOMI POMO

TRADUCIDO
VALENTÍN HUARTE



doug henwood



H

ay que tener bastantes arrugas para recordar una época en la que se haya hablado tanto de la inflación como en los últimos meses en los Estados Unidos. Y, como yo mismo tengo bastantes, recuerdo esa época. Cada vez que íbamos de compras, los precios habían subido. La gente hacía cola para cargar nafta. Aunque no todos tenían un vocabulario adecuado para describir la situación, era evidente que los salarios reales estaban cayendo. Los costos crecientes de la energía y de los alimentos golpeaban más fuerte a la mitad más pobre de la población. Las personas que recibían asistencia estatal vivían con «la alacena vacía», como decía el título de un artículo del *New York Times* de 1980. Otro artículo del *Times* informaba que las familias de clase media estaban empezando a usar los cupones de alimentos del Estado.

Llegar a ese punto tomó un tiempo, por supuesto. Aunque hubo un breve estallido inflacionario en esos años posteriores a la Segunda Guerra Mundial en los que la gente festejaba el fin de la austeridad bélica participando alegremente en una fiesta de consumo, el aumento de precios se mantuvo por debajo del 2% anual entre principios de los años 50 y mediados de los 60. Sin embargo, a medida que se acercaban los 70, las presiones para financiar la guerra de Vietnam sin afectar la economía civil hicieron que los precios subieran (una tendencia que se aceleró después de dos rondas de aumentos de los precios del petróleo de la OPEP). La inflación se acercó al 6% anual hacia el final de la década, alcanzó el 11% en 1974 y escaló hasta el 13% en 1980. La historia se repitió en todo el mundo. La tasa de inflación promedio en los países del G7 (Canadá, Francia, Alemania, Italia, Japón, Reino Unido y Estados Unidos) superó el 15% en 1974 y estuvo cerca del 14% en 1980.

En Estados Unidos, este aumento aparentemente imparable encontró un tope cuando Paul Volcker, que estaba a cargo de la Reserva Federal, subió las tasas de interés por encima de los 13 puntos y generó la recesión más profunda que había sufrido Estados Unidos desde los años 1930. El desempleo se disparó, los sindicatos fueron aplastados, los gastos sociales recortados y, en 1986, la inflación volvió a situarse por debajo del 2%. La clase obrera, combativa durante toda la década de 1970, adoptó una posición pasiva y temerosa: uno de los

resultados de largo plazo de la lucha contra la inflación que el expresidente de la Reserva Federal Alan Greenspan celebró explícitamente en los años 1990.

En su testimonio ante el Congreso, Greenspan reflexionó sobre las causas de la baja inflación en una economía que no obstante parecía bastante caliente. Un motivo importante: «la inseguridad laboral». Notó que el miedo a los despidos había crecido entre 1991 y 1996, a pesar de que la economía evidentemente había mejorado. Los trabajadores parecían inusualmente reticentes a abandonar un empleo y Greenspan notó que el «bajo nivel de huelgas en los últimos años también refleja la preocupación por la seguridad laboral» después de 15 años de implacables recortes de personal en las empresas. Los trabajadores, temiendo que el cambio tecnológico los tornara obsoletos, mantenían la cabeza gacha. Según Greenspan, todas estas cosas eran positivas y lo habilitaron a mantener las tasas de interés en niveles más bajos de los que hubiera podido sostener en otro escenario.

La inflación se mantuvo baja durante varias décadas, con un promedio del 2,7% entre 1983 y 2019. Pero cuando llegó la primavera de 2021, la inflación empezó a trepar, y sigue haciéndolo a un ritmo acelerado. La tasa anual alcanzó el 5% en mayo, el 6% en octubre y en mayo de 2022 llegó el 8,6%, número que no veíamos desde 1982. Hubo picos de inflación en 1990 y en 2008, pero no duraron mucho tiempo. Tal vez este tampoco lo haga, y hay signos de que está ralentizando. Pero también es posible que siga creciendo y, en cualquier caso, deberíamos leerlo como una advertencia de largo plazo. Una parte crucial de esta historia es la inflación de los activos como las acciones y las criptomonedas, de la que los medios burgueses no hablan tanto como de la que afecta el consumo corriente.

Después de años de dinero barato, la Reserva Federal y otros bancos centrales del mundo subieron las tasas de interés para combatir la inflación. Aun después de estos picos, las tasas siguen estando muy bajas en comparación con los estándares históricos, y todavía hay mucho margen en este sentido. Pero estas pequeñas medidas espantaron a los mercados financieros y muchos activos especulativos sufrieron golpes significativos. En un plano menos elitista, el índice de confianza del consumidor de la Universidad de Michigan tocó sus niveles más bajos desde que fue creado en 1952. ¿Es la estructura subyacente de la economía de Estados Unidos tan débil que no puede tolerar tasas de interés del 3%? ¿Este «ajuste»

monetario, como habríamos dicho en otra época, nos está llevando al pánico y la depresión?

UN PROBLEMA QUE NO PODEMOS IGNORAR

Algunos gurúes progresistas y de izquierda atribuyen la inflación a la especulación de los monopolios. Como escribió Robert Reich, secretario de Trabajo de Bill Clinton:

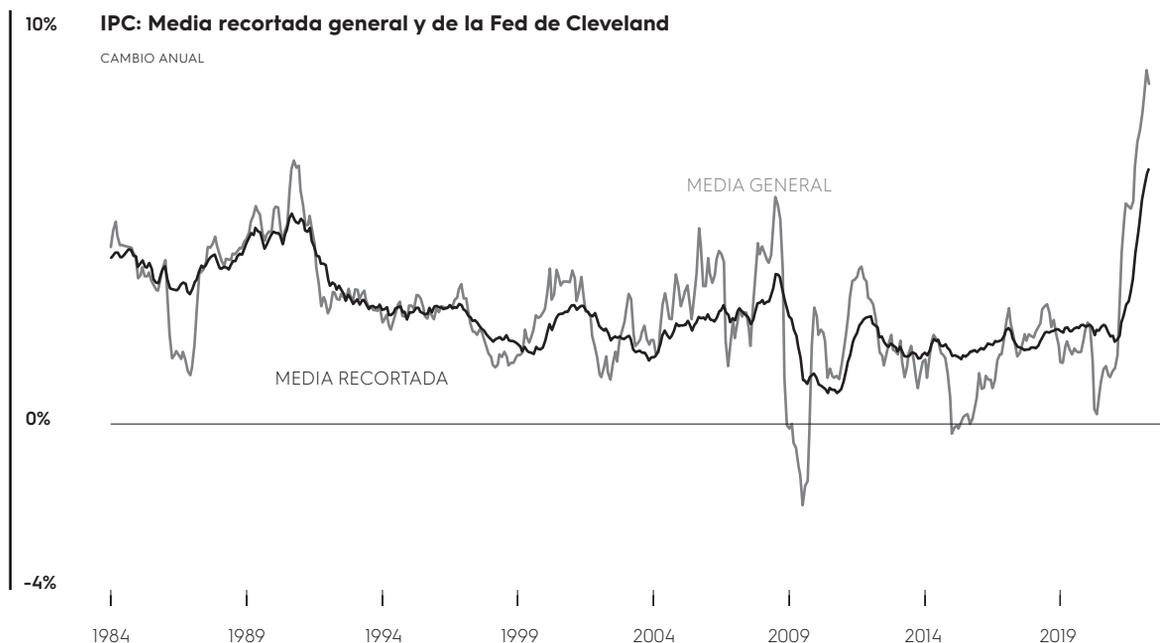
Si los mercados fueran competitivos, las empresas mantendrían bajos los precios para evitar que los competidores atrajeran a sus clientes. Pero están subiendo los precios mientras amasan ganancias récord. ¿Cómo puede ser? Tienen tanto poder de mercado que pueden subir los precios con impunidad. En este sentido, el problema subyacente no es la inflación *per se*. Es la falta de competencia. Las empresas utilizan la excusa de la inflación para subir los precios y engordar sus ganancias.

El problema con esta explicación es que la concentración del mercado no cambió desde 2019, cuando la inflación

estaba bien por debajo del 2%. Si las empresas podían aumentar los precios con «impunidad», ¿por qué no hacían antes? ¿Y qué es exactamente esta «inflación» que usan como excusa? ¿Un fantasma preexistente que deambula solo? Además, las «ganancias récord» son rutinarias. Salvo durante las recesiones, las empresas estadounidenses obtuvieron ganancias récord en más del 40% de los trimestres desde 1947. Por lo tanto, esta explicación de la inflación no es seria.

Josh Bivens, director de investigaciones del Instituto de Políticas Económicas, elaboró una versión más sofisticada del argumento de las ganancias de Reich. En la que sostiene que el aporte de las ganancias al aumento de los costos empresariales es alto en relación con los promedios históricos y que los costos laborales son bajos. Es verdad, pero no es un comportamiento inusual en los primeros seis trimestres después del fin de una recesión. Y no explica por qué las empresas no potenciaron las ganancias mediante el aumento de precios durante los 40 años previos. De nuevo, ¿qué es esta inflación preexistente de la que sacan partido las empresas?

La inflación es compleja, pero una cosa está clara: el Estado inyectó cantidades inmensas de poder de compra en una economía que estaba al límite. La asistencia



→

durante la pandemia superó el billón de dólares (una ayuda crucial que evitó que decenas de millones de personas cayeran en la indigencia, pero que llegó cuando el COVID-19 estaba causando estragos en la producción). La pandemia hizo que millones de trabajadores perdieran sus empleos y las medidas sanitarias preventivas llevaron al cierre de fábricas y puertos. Esto provocó un caos en las cadenas de suministro —frase que salió tristemente de los medios empresariales para colarse en la conversación cotidiana— y dificultó enormemente la compra de productos como autos o electrodomésticos, ensamblados con componentes producidos en todas partes del mundo.

Los lectores de los informes mensuales del Instituto de Gestión de Suministros saben que los directores de compras enfrentaron dos años de quejas por la imposibilidad de adquirir productos industriales básicos. Algunos destacados: «El negocio es robusto, pero la logística y el suministro se quedan atrás»; «La actual escasez de productos electrónicos/semiconductores está teniendo un impacto enorme en los tiempos de

producción y en los precios. Además, parece haber una inflación general de precios en casi, todas si no en todas, las líneas de suministro»; «Mucho trabajo en las fábricas, pero me preocupa la compra de materiales»; «En 35 años de compra, nunca vi nada como esta extensión de los tiempos de producción y este aumento de precios».

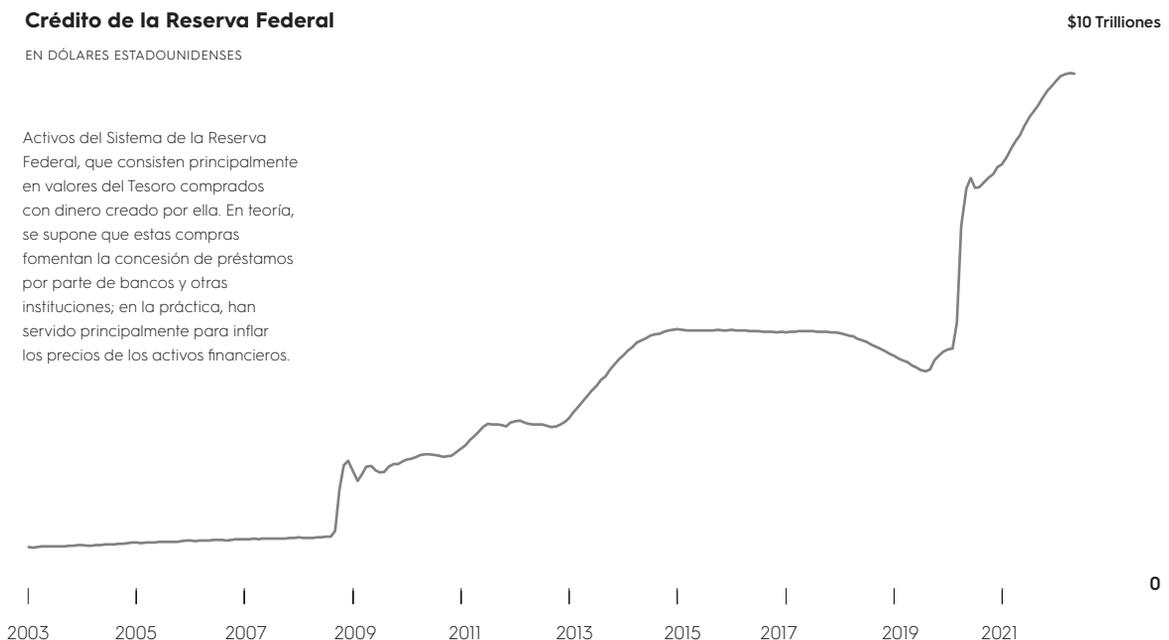
Dada la moda de conservar a mano la mínima cantidad posible de inventario con el fin de disminuir los costos del capital ocioso, esto no pudo amortiguar el impacto. Si sumamos los años de subinversión empresarial —es mucho mejor bañar a los accionistas con dinero que invertir en equipamiento productivo— como así también el abandono de la infraestructura pública, obtenemos el caos de precios que estamos viviendo.

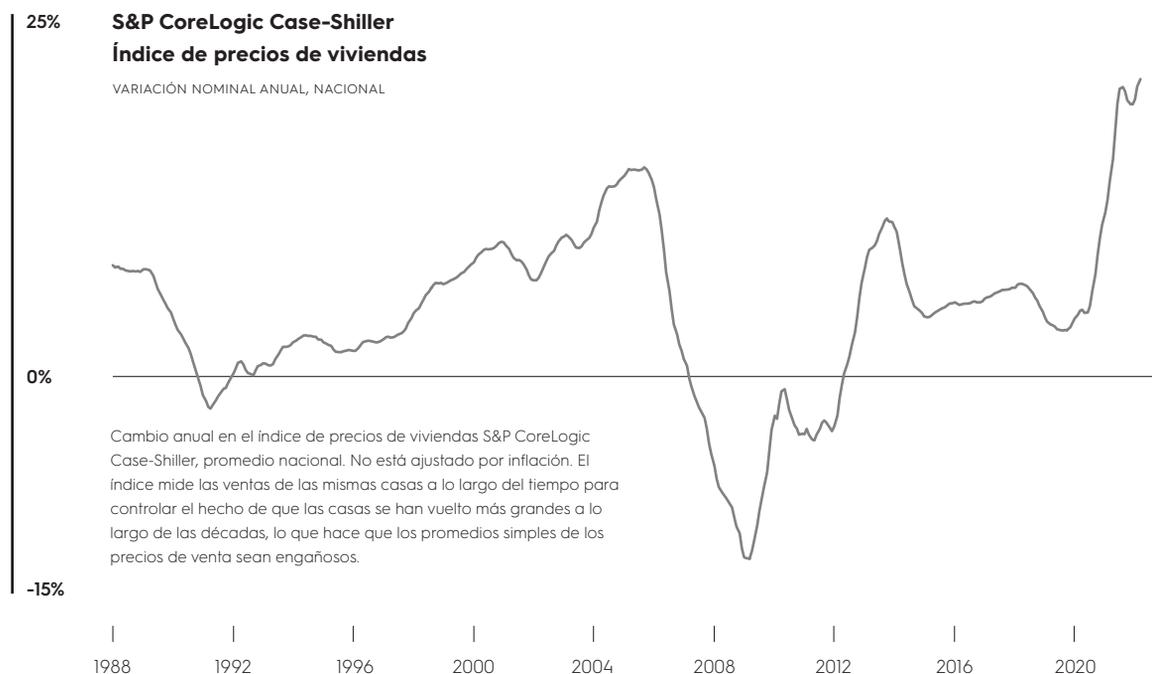
Aparte del aumento del poder de compra, la pandemia conllevó enormes cambios en los patrones de consumo. Como la gente estaba encerrada en su casa, el gasto en servicios (restaurantes, viajes, gimnasios) se contrajo, y creció el gasto en productos, en un momento en que la producción y la distribución sufrían las

Crédito de la Reserva Federal

EN DÓLARES ESTADOUNIDENSES

Activos del Sistema de la Reserva Federal, que consisten principalmente en valores del Tesoro comprados con dinero creado por ella. En teoría, se supone que estas compras fomentan la concesión de préstamos por parte de bancos y otras instituciones; en la práctica, han servido principalmente para inflar los precios de los activos financieros.





perturbaciones que mencionamos antes (aunque hoy el gasto en servicios mejoró un poco). Y la escasez no hizo más que alentar una tendencia, fundada en el pánico, a la compra de cualquier cosa, desde papel higiénico hasta congeladores gigantes. Ahora sumemos la invasión rusa en Ucrania, que calentó todavía más unos precios que ya estaban bastante tibios. Los efectos económicos de la guerra estuvieron centrados en la comida y en la energía: Ucrania, uno de los exportadores de granos más importantes, cerró sus puertas a los mercados mundiales y las sanciones hicieron que Rusia dejara de exportar petróleo. Esto empeoró una situación que ya era bastante mala, especialmente en los países más pobres, donde los aumentos de los precios de los alimentos atentan contra la vida. El índice de precios de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) subió casi 30% en 2021 y otro 18% el año pasado.

Después están los billones de dólares que la Reserva Federal bombeó en el sistema financiero mediante la compra de bonos, en su mayoría valores del Tesoro pero

también bonos respaldados por hipotecas (el crédito de la Reserva Federal consiste en la compra de activos en los mercados financieros, sobre todo bonos del Tesoro, con dinero creado de la nada). La última ronda, una política conocida como «quantitative easing» (QE), está fundada sobre muchas anteriores: una infusión de más de 1 billón de dólares en 2008, durante la crisis financiera, suplementada por refuerzos en 2010 y en 2012, que llegó a otros 2 billones cuando la FED intentó contrariar los signos de que la recuperación poscrisis estaba perdiendo impulso.

Cuando la FED intentó retirarse del QE en 2013 —en la jerga de la FED, un «taper»— los mercados lanzaron lo que terminó siendo conocido como el «berrinche del taper», y la FED reconsideró su postura. Tiró algunos activos entre 2017 y 2019, pero una vez que llegó la pandemia, empezó a comprar como loca: 2,4 billones de dólares en el segundo trimestre de 2020 y otros 2,1 billones desde entonces. Este bombeo furioso tenía sentido durante

→

→

los primeros meses de la pandemia, cuando el sistema financiero corría realmente el riesgo de congelarse y de repetir la crisis de 2008 sobre el fondo de la muerte y la enfermedad de la población. Pero este riesgo quedó atrás.

Aunque es difícil probar que todo este dinero estimuló la economía real, alimentó una especie de inflación de la que muchos evitan hablar: la inflación de activos. Hasta que la FED empezó a endurecer su discurso a fines del año pasado y sus prácticas a comienzos de 2022, vivimos una de las burbujas más grandes de los últimos tiempos. La mayoría de las burbujas anteriores estaban centradas en una cosa: las acciones en los años 1920 y en los años 1990, las viviendas a comienzos de los años 2000. Pero la crisis actual opera en muchos frentes: activos, startups (antes «unicornios» y ahora «decacornios»), cripto, NFT, viviendas y bienes coleccionables, desde arte hasta zapatillas.

Las viviendas, productos esenciales, están siendo tasadas fuera del alcance de la población a causa de una manía especulativa (aunque hay que destacar que aquellos que ya tienen una casa y ven que su valor crece son uno de los factores que mantiene este juego en movimiento). Desde el comienzo de la pandemia, los precios

de las viviendas subieron 34%, un ritmo que triplica el observado en el centro de la burbuja de 2002-2006. Apparently, los aumentos están siendo impulsados por una mezcla de compradores de altos ingresos que están en la cima de la pirámide y grandes inversores institucionales como fondos de inversión privada, que compran propiedades para alquilarlas a aquellos que están en el punto más bajo de la distribución de los ingresos. A diferencia de lo que sucedió con la burbuja de mediados de los años 2000, que estuvo fundada en la oferta de créditos de alto riesgo a gente pobre, la crisis actual es casi exclusivamente un asunto de los sectores más ricos.

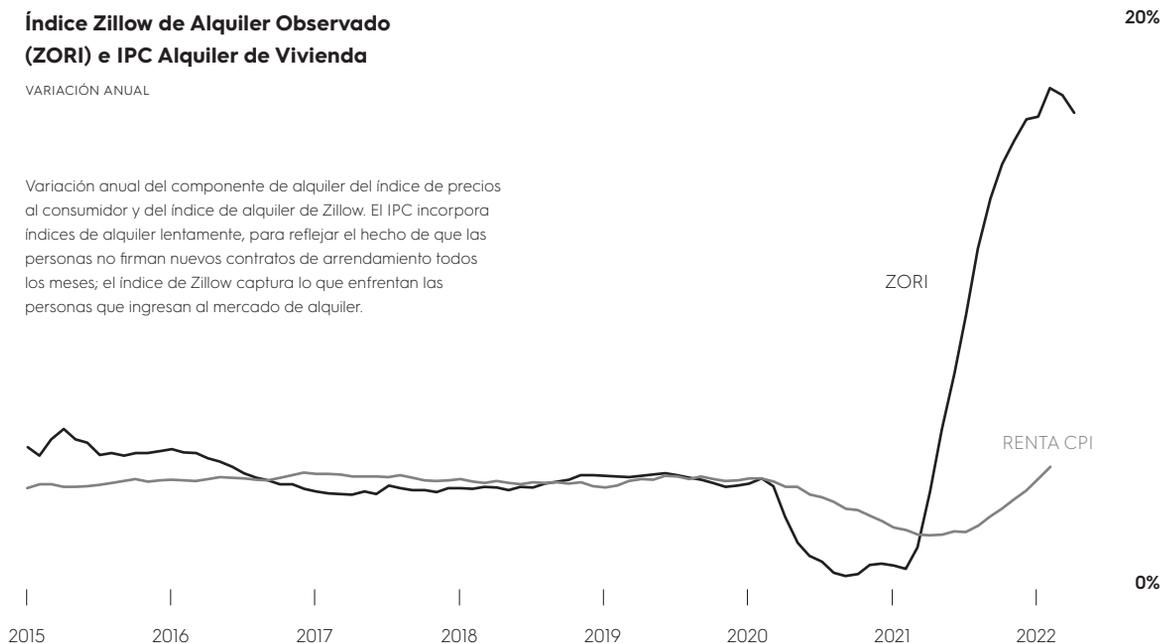
El implacable aumento de precios, que marcó récords en los costos de construcción (más altos que en los inflacionarios años 1970 o que en la burbuja de mediados de los años 2000), enfrió un poco la demanda, pero los precios siguen en niveles extraordinariamente altos.

El aumento también afecta a los alquileres. Desde diciembre de 2019, el IPC muestra que subieron casi 8%. Dos tercios de este 8% vienen del año anterior. Y aunque no está afectando el bolsillo de la gente del mismo modo que la inflación del precio de las viviendas, el resto de la colección de activos especulativos es un desperdicio de

Índice Zillow de Alquiler Observado (ZORI) e IPC Alquiler de Vivienda

VARIACIÓN ANUAL

Variación anual del componente de alquiler del índice de precios al consumidor y del índice de alquiler de Zillow. El IPC incorpora índices de alquiler lentamente, para reflejar el hecho de que las personas no firman nuevos contratos de arrendamiento todos los meses; el índice de Zillow captura lo que enfrentan las personas que ingresan al mercado de alquiler.



capital y de atención humana, y podría poner en riesgo el sistema financiero. John Maynard Keynes escribió lo mejor que se haya escrito sobre los mercados financieros en *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*:

La finalidad social de la inversión realizada con conocimiento de causa debería ser el dominio de las fuerzas negativas del tiempo y la ignorancia que rodean nuestro futuro. El objeto real y particular de la mayor parte de las inversiones de los expertos, hoy día, es «ganar la delantera» (*to beat the gun*), como dicen los norteamericanos; ser más listo que el vulgo, y encajar la moneda falsa o que se está depreciando a otra persona.

No cabe duda de que la generosidad de la FED estuvo amplificadas por una toma de créditos general, desde fondos de inversión hasta ciudadanos que recién abrían sus cuentas en Robinhood. Estas cosas nunca terminan bien. A medida que la FED empieza a retirar algunos de los billones que inyectó, los mercados financieros podrían reaccionar muy infelizmente. Lo que no deja de ser curioso, porque el dinero fácil de la FED fue tan

amable con Wall Street que casi no quedan partidarios del ajuste monetario en las finanzas, a diferencia de lo que sucedía antes, cuando las finanzas comandaban la lucha contra la inflación. Los vigilantes de los bonos guardaron sus armas. Pero la locura especulativa debe ser realmente amansada. Es una burbuja rara que no produce muchas bajas cuando revienta. Esta vez el daño podría ser mayor porque la dejaron crecer demasiado tiempo. El colapso del valor de las criptomonedas hizo surgir mucha charla suicida en Reddit, pero esas consecuencias fueron pequeñas comparadas con todo lo que está sucediendo.

UN PROBLEMA DE LA CLASE OBRERA

Entonces, ¿por qué es importante la inflación? Muchas personas de izquierda piensan que es un problema de los ricos, que enfrentan

la pérdida de valor de sus activos financieros, y que la clase obrera es inmune o incluso sale fortalecida de los periodos de aumentos de precios. Esto no es verdad. Las encuestas muestran que la inflación está afectando a todos, y esto explica en parte las miserables proyecciones electorales de Joe Biden a pesar del aumento considerable del empleo durante su gobierno. El año que terminó en abril marcará una baja del 2% de los salarios reales, es decir, que los salarios quedaron dos puntos porcentuales debajo de la inflación; en 2018 y 2019, los salarios reales subieron a un ritmo del 1%.

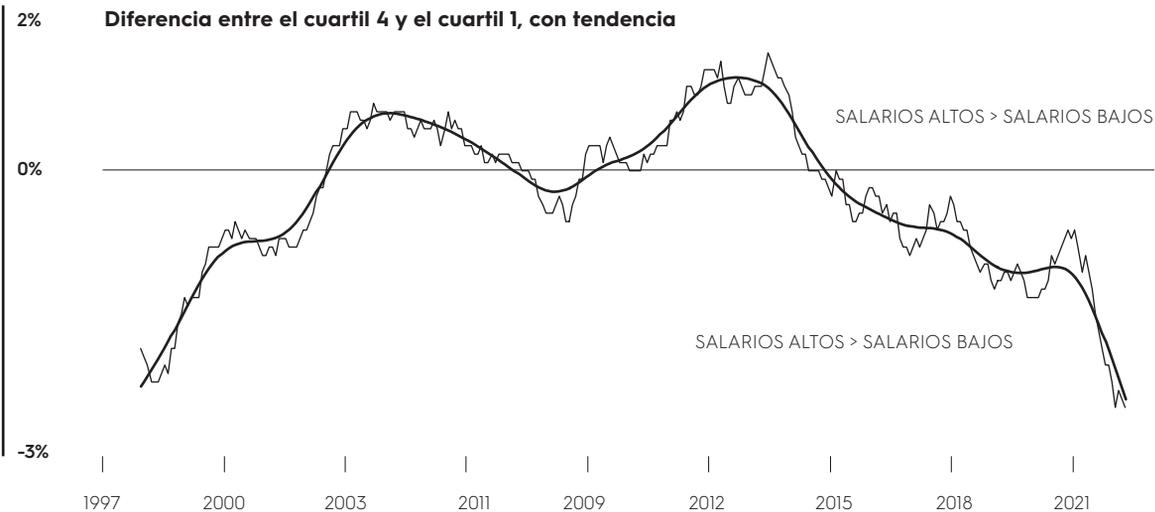
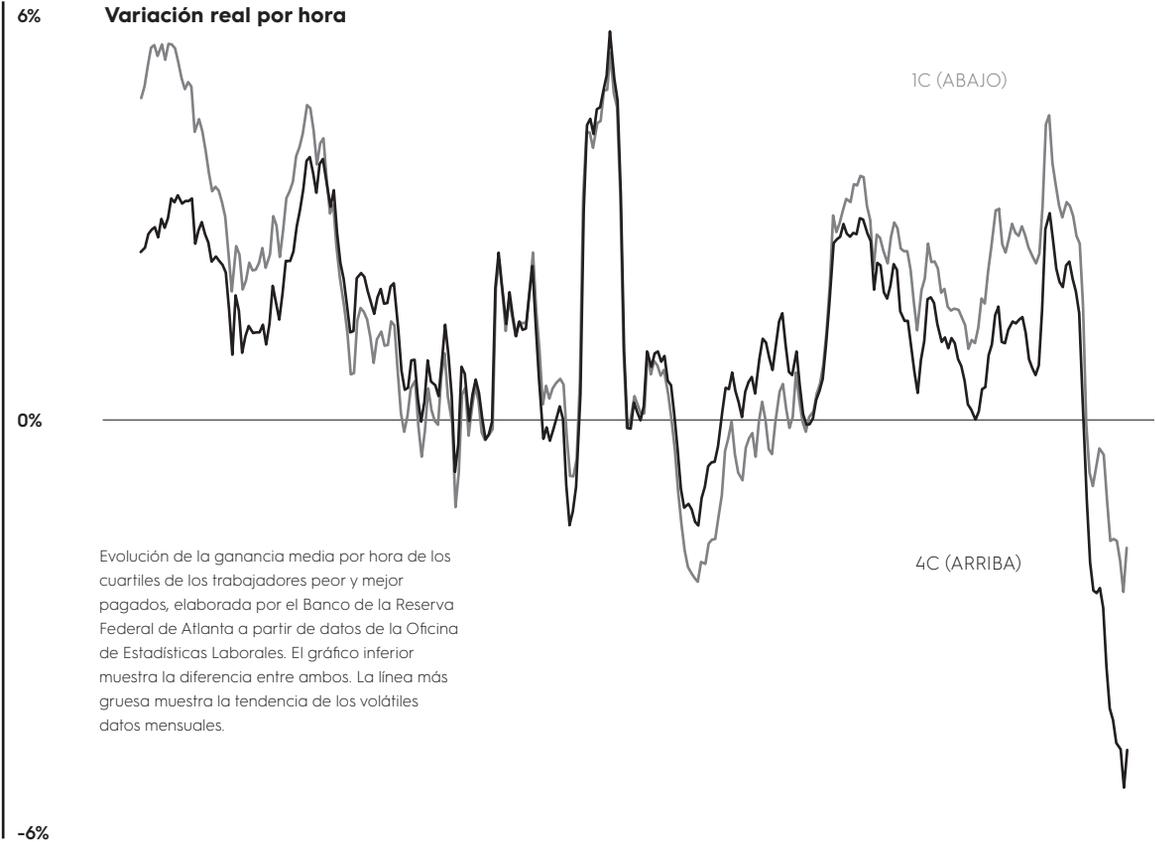
La inflación está arruinando algunas noticias que parecían auspiciosas. Últimamente, según las estadísticas del Banco de la Reserva Federal de Atlanta, los aumentos salariales de la base superan a los de la cima. Los datos muestran que el año que terminó en abril, el salario por hora promedio del cuartil peor pago en la escala de distribución del ingreso (los primeros cuartiles) aumentó 6,4% frente a 3,5% en los niveles más altos. Desafortunadamente, ambos quedan por debajo de la inflación, como muestra el gráfico: los más pobres por 1,8 puntos porcentuales, los más ricos por 4,7. Aunque es lindo ver que los que tienen bajos salarios estén mejor que los que tienen salarios altos, no es en absoluto agradable comprobar que la suba de precios se come considerables aumentos del salario nominal.

En el largo plazo, cuanto más alta es la tasa de inflación, más baja la tasa de aumento del salario real. Entre →



Salario medio por hora

PRIMER Y CUARTO CUARTIL



→

enero de 1973 y abril de 1995, el valor real del salario por hora promedio mermó casi 20%. Casi dos tercios de esta pérdida se produjeron durante los años de alta inflación, de 1973 a 1982, cuando el IPC creció a un ritmo aproximado del 9% anual, y casi la mitad durante los años en los que hubo más inflación, de 1978 a 1982, cuando los precios subieron casi 10% anual. Existe un vínculo fuerte entre la inflación y los salarios reales: cuanto más alta la tasa de inflación, peor desempeño tienen los salarios.

La gente detesta la inflación por buenos motivos. Lo último que quieren oír de las élites es que este sentimiento es errado. No es sorprendente escuchar este discurso en boca de los progresistas, pero los socialistas no deberían respaldarlos.

En 1997, el economista Robert Shiller hizo un informe a partir de entrevistas que había supervisado sobre la opinión que tenía la población de la inflación en Estados Unidos, Alemania y Brasil. Eligió Alemania por tratarse de un país reactivo a la inflación y Brasil porque había tenido una experiencia reciente de hiperinflación (con una tasa promedio de 1628% entre 1989 y 1994). En 1997, la inflación en Estados Unidos había estado debajo del 5% durante los quince años anteriores, y se había mantenido debajo del 3% durante cinco años consecutivos. En otras palabras, fue un período de inflación baja y estable; la inflación de dos dígitos de los años 1970 y 1980 había quedado atrás. Pero la gente todavía estaba preocupada por el tema.

La encuesta de Shiller estaba hecha básicamente de preguntas *multiple choice*, aunque también dejaba algo de espacio para comentarios. Los comentarios apuntaban en general a que los precios subían más rápido que los ingresos, definición que acaso no encaje en la de los economistas, pero que satisface bastante bien el criterio de la experiencia personal. Los encuestados también manifestaron su miedo de que la inflación condujera al empobrecimiento y al malestar social. Algunos pensaban que la inflación estaba relacionada con la polarización de los ingresos, con los ricos a la cabeza de la carrera y los pobres multiplicándose en el fondo. Aun cuando estas percepciones no siempre están expresadas con precisión, apuntan a cosas importantes y reales. La polarización no es producida por la inflación, pero ambas están relacionadas aunque la gente no suela tener el vocabulario adecuado para definir dicha relación. No hubo muchos comentarios sobre la disminución del valor real de las deudas que la inflación también produce, y que es uno

de los factores por los que los acreedores la detestan y muchos progresistas la ven con buenos ojos. La mayoría de la gente no parece estar al tanto de esto y por buenos motivos. El valor real de la deuda es una cantidad extendida durante muchos años, con un impacto mucho menos inmediato que pagar las cuentas todos los meses. Si observamos las estimaciones de la Reserva Federal que miden cuánto del gasto de los hogares termina en el servicio de la deuda, comprobamos que el efecto de los aumentos de precios en el gasto representa mucho más que el de la reducción real del valor de la deuda. Y si los precios crecen más rápido que los ingresos, los hogares pueden terminar cediendo a la presión de sacar créditos para llegar a fin de mes.

No hubo nada parecido a la encuesta de Shiller después de 1997, pero la antipatía popular hacia la inflación no mermó. «Invitados a clasificar según su gravedad siete temas que recientemente afectaron la economía, casi 8 de 10 personas acordaron en que el costo de los alimentos y de otros productos cotidianos (80%), la interrupción de las cadenas de suministro del país (79%) y el costo creciente de las viviendas (77%) son los problemas más importantes de la economía nacional», concluye una encuesta de la CNN realizada en diciembre de 2021. En abril, Gallup informó que la mayoría de sus encuestados respondió que la inflación, que estaba en sus niveles más altos desde 1984, era el problema económico más importante del país. En mayo de 2022, el Pew Research Center dijo que la inflación ocupaba el primer lugar en la lista de «problemas más grandes que enfrentan los estadounidenses».

Los estudios a nivel de los hogares muestran que los más pobres sufren más el impacto de la inflación que los más ricos. Un largo informe de la Academia Nacional de Ciencias, que recomienda realizar cambios en el IPC oficial, muestra que los hogares más pobres sufren tasas de inflación más altas que los más ricos. Muchos estudios recientes dicen lo mismo. En un artículo de 2020, basado en el análisis de *scanner data* sobre el ingreso de los hogares y estadísticas demográficas durante el período 2004-2016, David Argente y Munseob Lee descubrieron que, la mayoría de los años, los hogares más pobres sufrieron incrementos de precio más rápidos que los más ricos. Los autores citan trabajos similares de otros investigadores que llegaron a la misma conclusión. Un estudio más reciente de cómo viven la inflación los

→

→

hogares, realizado por los economistas Michael Weber, Yuriy Gorodnichenko y Olivier Coibion, también basado en *scanner data*, muestra que la primera etapa del pico inflacionario de 2020 impactó más fuertemente en los hogares negros que en los blancos y en los pobres más que en los ricos.

Estadísticas del Household Pulse Survey del Instituto Nacional de Estadística, una innovación pandémica que encuesta frecuentemente a la gente sobre su bienestar material, social y físico, muestra un aumento sustantivo en el número de hogares que tienen problemas para pagar las cuentas. En mayo de 2021, el 26% respondió que estaba teniendo algunas o muchas dificultades para llegar a fin de mes. En junio de 2022 este número creció a 39%. La mayoría de las clases distribuidas según niveles de ingreso, desde las más pobres hasta las que ganan 100 000 dólares, tuvieron aumentos de 15 puntos porcentuales. Solo aquellos con ingresos por encima de 150 000 tuvieron aumentos de un solo dígito.

Weber *et al.* también investigaron la percepción que tiene la gente de la inflación y descubrieron muchas cosas sorprendentes. Los economistas tienden a ver el desempleo y la inflación como si fueran inversamente proporcionales, es decir, menos desempleo conduce a más inflación, y viceversa. Pero los ciudadanos tienden a sostener la perspectiva contraria: con el tiempo, más inflación significa más desempleo. Esta expectativa no varía según la raza, el nivel de ingresos, la educación ni la geografía. El artículo también arroja luz sobre la tan lamentada paradoja de que la evaluación que hace la gente de la salud de la economía es mucho más sombría de lo que sugieren índices como el crecimiento del PIB y el desempleo.

Es la inflación: cuanto más crece, más oscuras son las evaluaciones.

LA INFLACIÓN COMO SÍNTOMA

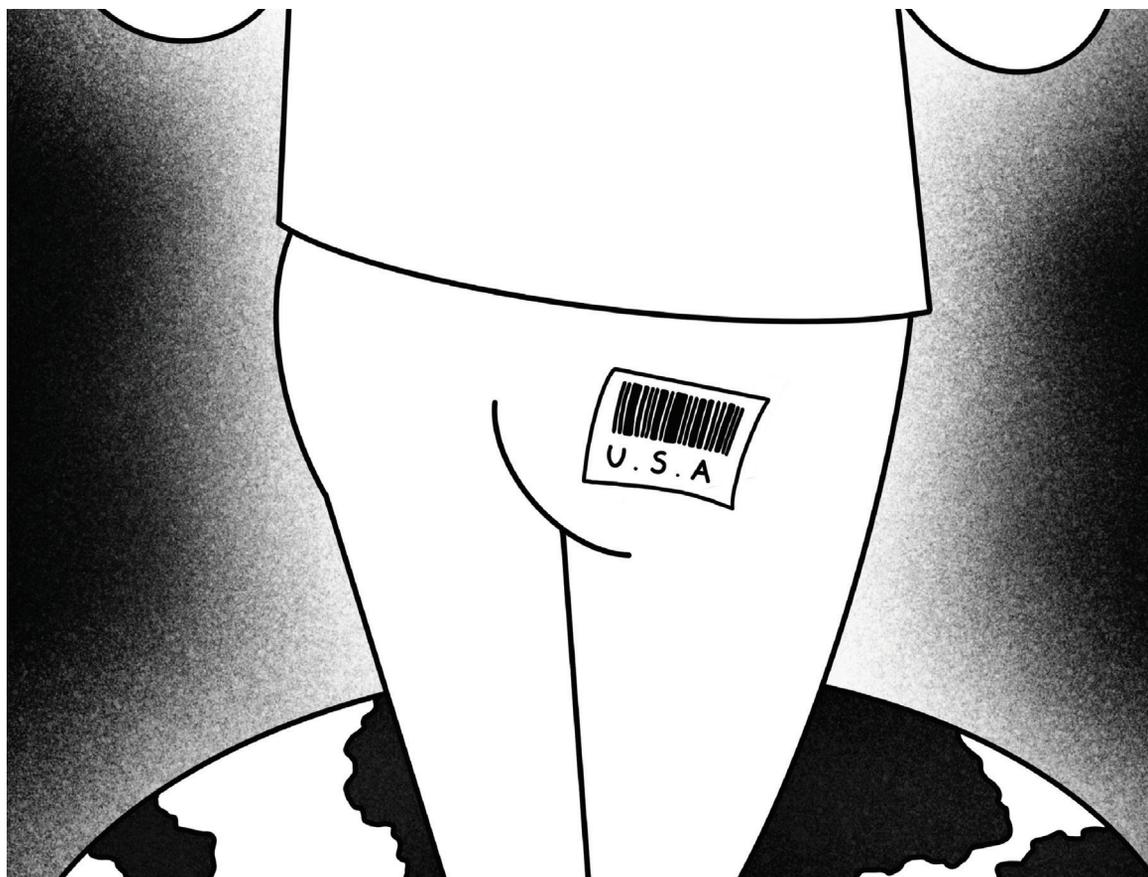
El motivo por el que la izquierda tiende a pesar que la inflación tiene cierto atractivo es que las políticas anti-inflacionarias suelen representar ataques contra los salarios y la asistencia social. Después de la Segunda Guerra Mundial, la clase política creía haber llegado a dominar el ciclo de negocios. Las economías capitalistas fluctuarían siempre, pero la magnitud de las alzas y bajas era manejable. Las expansiones podían ser suavizadas, para que no alcancen los niveles

maniáticos de los años 1920, y las recesiones podían ser amortiguadas para que no terminaran en depresiones. En la práctica, la economía se expandía durante unos años, la inflación subía y los mercados financieros se encendían, y entonces la Reserva Federal subía los tipos de interés y provocaba una recesión. La magnitud de las fluctuaciones era mucho más leve de lo que serían según los estándares posteriores. La tasa de desempleo más alta en los años 1950, 7,5%, fue apenas más alta que la tasa de desempleo promedio de los años 1980, 7,3%.

Esta fórmula dejó de funcionar en los años 1970, cuando la inflación empezó a crecer. Arthur Burns, presidente de la FED desde 1970 hasta 1978, subió las tasas de interés en 1973 y en 1974, pero terminó dando marcha atrás; pensó que el país no podía aguantar un desempleo sostenido del 6% (aunque en junio de 1975 alcanzó el 8,8%). A lo largo de los años 1970, Burns calificó los aumentos de los precios de la nafta y de los alimentos de anomalías escandalosas, aun cuando estaban impulsando la inflación. Mantuvo su posición de que la inflación era consecuencia de factores especiales y no un problema sistémico.

Aunque muchos analistas culpan a la inflación de los años 1970 —sin precedente fuera de las grandes guerras— a las fuertes subidas de los precios del petróleo y otras materias primas importantes, también recibió el impulso de las tensiones entre patrones y obreros. Los sindicatos, que representaban a casi un cuarto de la fuerza de trabajo del sector privado en los años 1970, lograron imponer aumentos salariales; las huelgas eran frecuentes y recién empezaron a desaparecer a comienzos de los años 1980. Los empleados transferían el aumento de los costos a los precios, los sindicatos presionaban por salarios más altos y el proceso generaba un ciclo de retroalimentación. (Algo similar sucedía en Europa, donde Estados de bienestar más robustos, que sufrirían duros recortes a comienzos de los años 1980, respaldaban más a los trabajadores en la lucha de clases). En términos políticos, podríamos leer esto como un conflicto de clases irresuelto, en el que ninguna de las partes logra una victoria definitiva. Como escribió el economista demócrata James Tobin en 1981:

La inflación es el síntoma de una contradicción y de un conflicto social y económico muy arraigado. No existe ninguna vía media. Los principales grupos económicos reclaman porciones de la torta



que sumadas son más que la torta entera. La inflación es la forma en que sus reclamos, en tanto están expresados en términos nominales, logran una reconciliación temporal. Pero en la medida en que los conflictos en torno a reclamos y poder reales continúen, la inflación seguirá creciendo y hasta acelerará su ritmo.

Sin embargo, con el «shock Volcker» de comienzos de los años 1980 la clase empresaria logró una victoria decisiva.

La inflación de hoy es completamente distinta. A pesar de pequeños destellos de organización sindical en Amazon y en Starbucks, el nivel de sindicalización de la fuerza de trabajo del sector privado es casi tres cuartos más bajo que el de 1979, y las huelgas mermaron casi 90%. Algunos sectores, sobre todo los restaurantes, están aumentando considerablemente los salarios porque los

empleadores están desesperados por tentar a trabajadores reacios a volver a sus puestos, pero estos aumentos no responden a lo que los economistas denominan puja salarial. Es simplemente la respuesta ante una demanda que crece ante una oferta escasa.

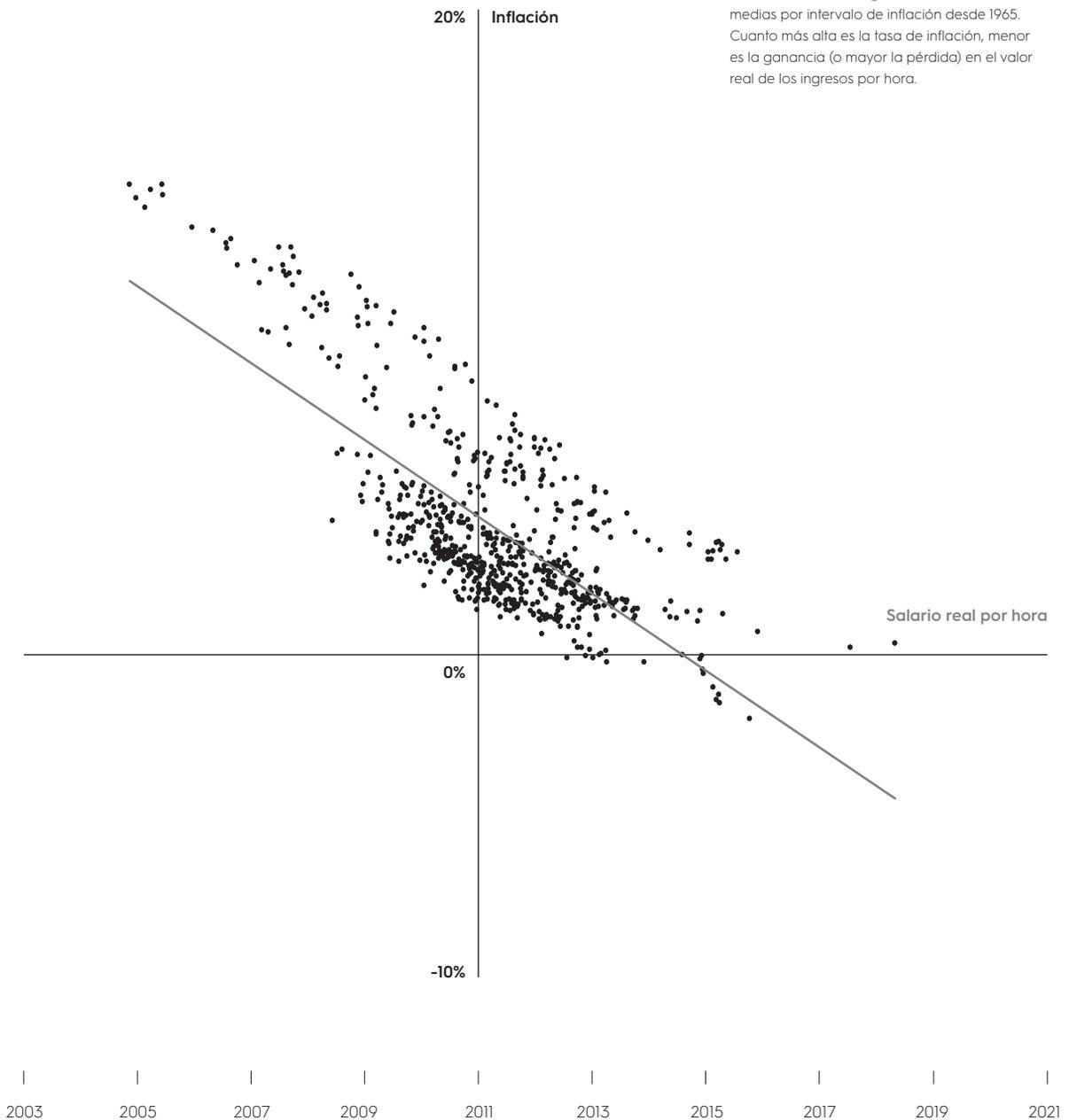
Y hay otra dimensión de la inflación actual que estaba casi completamente ausente en la de los años 1970: la inflación de los activos a la que me referí antes. Para los rentistas, los largos años 1970 fueron la peor década de la historia económica moderna; las acciones perdieron el 62% de su valor real entre 1968 y 1982. Los grandes beneficiarios de los billones de dólares que bombeó la Reserva Federal en la última década fueron los magnates de los grupos de inversión, los capitalistas aventureros y los promotores de las cripto que incrementaron enormemente sus riquezas a medida que las impresas

→

Inflación y Salarios Reales (enero 1965 - enero 2022)

DATOS MENSUALES

La variación anual del salario medio real por hora de los asalariados del sector privado que trabajan en el sector de la producción (es decir, la variación anual del salario nominal menos la variación anual del índice de precios al consumo) comparada con la variación anual del índice de precio al consumo. La línea roja es una simple línea de tendencia lineal, con un ajuste bastante bueno ($r^2:0.53$). La tabla del recuadro muestra las ganancias salariales reales medias por intervalo de inflación desde 1965. Cuanto más alta es la tasa de inflación, menor es la ganancia (o mayor la pérdida) en el valor real de los ingresos por hora.



→

electrónicas acuñaban dinero fresco. El valor real de la bolsa creció 368% entre los puntos más bajos de la crisis de 2009 y el pico de diciembre de 2021.

Como muestra el libro de Christopher Leonard, *The Lords of Easy Money: How the Federal Reserve Broke the American Economy*, esto implicó una transformación peculiar de la política inflacionaria. Leonard estudia la posición de Thomas Hoenig que, en 2010, cuando estaba a cargo de la FED de Kansas, emitió un voto negativo tras otro contra el QE. Así conquistó una reputación de tipo raro, y el expresidente de la FED, Ben Bernanke, incluso se quejó de él en sus memorias. Acaso Hoenig, nativo de la pequeña ciudad del Medio Oeste de los Estados Unidos, hijo de un pequeño comerciante, haya sentido alguna vez el entusiasmo del dinero fácil. Las altas tasas de interés solían ser la pasión de los banqueros de las grandes ciudades. Pero Hoenig decidió que el QE representaría un regalo para estos banqueros ciudadanos y sentaría las bases de una catástrofe crediticia en el futuro.

Para Hoenig era una cuestión bastante personal. Fue la autoridad de la FED que ordenó el cierre del Penn Square Bank de Oklahoma en 1982. Aunque casi olvidado, el Penn Square, que funcionaba en un centro comercial de Oklahoma, fue el prototipo de la moderna máquina de crédito: ofrecía créditos que después empaquetaba y vendía a peces gordos que los usaban para generar más crédito, destinado principalmente a los operadores especulativos de la industria del petróleo. Cuando la economía de la energía estaba en alza en los años 1970, todo parecía andar bien. Pero cuando los precios del petróleo cayeron durante la recesión de 1982, el Penn Square quebró.

Entre los bancos que operaban corriente arriba estaba un gigante de Chicago, el Continental Illinois, que había comprado mil millones de dólares de créditos de Oklahoma. Otros cientos de bancos sufrieron el impacto porque tenían dinero en el Continental. El colapso del pequeño Little Penn amenazó con generar una crisis general. Hubo que recurrir a un rescate.

El Continental fue prácticamente nacionalizado, otros bancos afectados fueron anexados a otros más sanos bajo supervisión del gobierno, y así nació el concepto de «demasiado grande para caer». Los banqueros y los especuladores llegaron a asumir justamente que el gobierno siempre pondría un colchón que amortiguara sus caídas. Como la inflación de los precios corrientes parecía estar bajo control, nadie se preocupaba por la inflación de los activos, por los riesgos de los rescates,

o, desde 2008, por las tasas de interés cercanas al 0%. Cuando el retorno de los activos de bajo riesgo es cercano a nada, y el costo de tomar crédito para especular es cercano a nada, esta gente a la que amablemente denominamos «inversores» enloquece. Y si lo peor que puede pasar es que uno de estos inversores pierda una bonificación, ¿por qué no?

Hoenig no era un típico halcón de la inflación, uno de esos maniáticos que leen a Friedrich Hayek y tienen miedo de que el tipo equivocado de personas (los trabajadores) gane un poco de dinero. Votó contra el QE porque pensó que implicaría la repetición del desastre de Penn Square en una escala mucho más grande. Después de 40 años, es difícil no estar de acuerdo.

Pero en este nuevo mundo de política inflacionaria, Wall Street había dejado de lado su inflaciophobia y terminó adorando el dinero fácil y los colchones que la FED parecía tender bajo los precios de las acciones. Como destaca Leonard, incluso el presidente de la FED, Jerome Powell —en gran medida una criatura de Wall Street y de las instituciones legales más elitistas del país— pasó de ser un escéptico del QE a ser su defensor más importante. Al menos hasta hace unos meses.

Dado que la imbecilidad política de Washington hizo que toda política fiscal sería fuera imposible (salvo los presupuestos de emergencia del COVID-19, que fueron temporarios), el QE terminó siendo el sustituto. En vez de una infraestructura o de un programa de empleo financiado con impuestos, tuvimos un aluvión de dinero del banco central. Puede que los puentes sigan cayéndose, y que nos enfrentemos a un verano de apagones eléctricos, pero el QE sirvió para marcar 3200 puntos en el S&P 500 desde la caída de Lehman Brothers de 2008.

Nadie puede objetar que el banco central bombee dinero en medio de una crisis. Pero no se aprendió ninguna lección en ninguna de las crisis financieras de las últimas cuatro décadas, y el régimen de indulgencia ante el crédito perpetuo parece inmune a todo desafío. Si la FED sigue subiendo las tasas y drenando parte de los 8 billones que añadió a sus hojas de cálculo después del colapso de Lehman Brothers en 2008 — más de la mitad desde el inicio de la pandemia, un ritmo de expansión casi 20 veces superior al de 2002-2007— las cosas podrían atascarse.

¿Y entonces qué? ¿Volvemos al rescate? No parece una estrategia a largo plazo.

→

→

Es gracioso comprobar el temor de Wall Street ante la suba de las tasas de interés. En su informe de inversiones de marzo de 2021, BlackRock dijo que los planes de la FED de subir la tasa de los fondos federales, la que tiene más directamente bajo control, a 2,8% a fines de 2023 implicaría incursionar en el «territorio de destruir el crecimiento y el empleo». Bill Gross, exgerente de la cartera de valores más grande del mundo y gurú inversionista, dijo que el rango previsto de tasas de interés «destruirla la economía». Si estas afirmaciones son ciertas, se trata de un hecho notable, porque los periodos con los fondos de la FED por debajo del 2,8% han sido muy raros desde la década de 1950.

Si el capitalismo estadounidense es tan débil que no puede soportar una suba del 3% de las tasas de interés, tenemos que hablar seriamente de su enfermedad. Subir las tasas de interés y recuperar parte del dinero gratis que la FED bombeó en los mercados en la última década calmaría la fiebre especulativa. Si esto provoca algunas crisis financieras —y es probable que lo haga— habría que socializar las instituciones involucradas y gestionar la falla para que no se expanda, pero no subsidiar un retorno al *statu quo ante bellum*. Tenemos que terminar con la época que inauguró la crisis de Penn Square.

EL LARGO PLAZO

Los artículos como este suelen fracasar en la sección «qué hacer». Es lo que mis viejos amigos de la revista

Dollars & Sense solían denominar «el problema del último párrafo». Este problema surge en parte de nuestra incapacidad de imaginar una realidad más allá de las alternativas limitadas que nos ofrece el capitalismo. En el caso de la inflación, nos vemos obligados a elegir con frustración entre la austeridad y el estímulo, cada uno con sus respectivas desventajas.

La falta de atractivo de la austeridad es obvia: generar desempleo de forma deliberada no es una política que los socialistas puedan aplaudir. Pero deberíamos decir algunas cosas de frente. En primer lugar, las políticas de combate a la inflación no son tan impopulares como tendemos a pensar. Más del 80% de los participantes de la encuesta de Shiller en Estados Unidos, Brasil y Alemania pensaban que el control de la inflación es una de las responsabilidades más importantes de los gobiernos. Ante la pregunta que planteaba explícitamente el equilibrio entre inflación y desempleo —es un problema complejo,

pero dejémoslo entre paréntesis por un momento— la gran mayoría optaba por un régimen de baja inflación y alto desempleo, en vez de uno de alta inflación y bajo desempleo. La gente decía que mantener la inflación baja era más importante que prevenir el abuso de drogas o el deterioro de la calidad de las escuelas. La mayoría pensaba que si se permitía que la inflación subiera, podría descontrolarse.

La inflación tiene un ángulo psicológico. Perlstein tiene algo de razón en este punto, aunque es probable que cambie la causa por el efecto, o que separe las dos de una manera tosca y antidialéctica. A mucha gente que participó de la encuesta de Shiller le preocupaba que la inflación conllevara una merma de la cohesión social y problemas con el interés común, y que, si se la dejaba subir sin control, condujera al «caos económico y político». Aunque en el caso de los brasileños las posiciones estaban más matizadas, la mayoría estaba de acuerdo con esta perspectiva. Es curioso notar que la mayoría de los encuestados pensaba que la inflación era una causa, no una consecuencia, de la inestabilidad. Tiene sentido pensar que la pandemia provocó una sensibilidad inusual por la cohesión social y mucha preocupación por el interés común. No tenemos que descartar esta idea como mero pánico moral.

Pero el estímulo sin fin también tiene sus problemas, como bien nos están enseñando la inflación y esta burbuja de activos. Toda la asistencia temporaria de la pandemia —que, puestas a un lado las quejas, fue la más amplia y generosa de la historia estadounidense— mantuvo a flote a millones de personas y evitó que la economía explotara. Pero los déficits, financiados en gran medida por la FED, provocaron un aumento considerable de la inflación. Estas presiones inflacionarias probablemente cederán con el tiempo. Del lado de la demanda, los beneficios terminaron y el bulto que generaron en algunas cajas de ahorro empieza a erosionarse. El déficit federal mermará de 2,8 billones de dólares a 1 billón anual. Del lado de la oferta, las cadenas volverán a funcionar con más agilidad, aun si no retornan a su viejo desempeño coreográfico.

Todo indica que la impresión de dinero estilo Teoría Monetaria Moderna fue ampliamente desacreditada. Existe la creencia de que los grandes déficits presupuestarios son buenos para la clase obrera, pero Estados Unidos tiene el déficit más grande de los países ricos y es difícil concluir que tanta tinta generó un paraíso

igualitario: EE. UU. tiene la tasa de pobreza más alta y la distribución del ingreso más desigual de los países ricos.

Aun cuando las cadenas de suministro empiecen a funcionar con más agilidad, enfrentaremos restricciones de capacidad duraderas, que son a la vez bien reales y más tensas de lo que nadie hubiera imaginado antes de marzo de 2020. Durante las últimas décadas, la inversión en infraestructura pública apenas superó la amortización, que es el modo en que los contadores miden el deterioro a lo largo del tiempo. Las inversiones empresariales privadas no tuvieron un mejor desempeño. Todo esto, sumado al modelo de cadena de suministro global «justo a tiempo», es una receta para que la economía vuelva a calentarse rápidamente. La austeridad es una forma de lidiar con una infraestructura putrefacta, pero no es lo que queremos. Queremos que la reconstruyan con inversiones públicas y según un modelo amigable para los trabajadores y la Tierra.

Pero reconstruir nuestra infraestructura podría generar presiones inflacionarias en un primer momento, y esto pondría en jaque el respaldo político a un proyecto de este tipo. Si por arte de magia lográramos implementar un Green New Deal, esta economía tendría problemas para financiarlo sin años de actualización productiva. Aunque en el futuro las consecuencias serían evidentemente positivas, superar un modelo viejo y sucio y reemplazarlo por uno sustentable y limpio podría generar dificultades políticas en el corto plazo. El Green New Deal requeriría intervenir en la libertad de inversión y administración del capital, y el capital podría protestar haciendo huelgas. Por eso los socialistas deberían ser más audaces a la hora de exigir más planificación y socializar más la inversión.

En el corto plazo, los efectos de la inflación podrían ser mitigados. El gobierno británico está proponiendo un paquete de asistencia a las familias más pobres para que puedan pagar los servicios, financiado en parte con impuestos a las empresas petroleras y gasíferas. Sus números son pequeños; podríamos hacer algo más grande. El impuesto a las ganancias empresariales está en sus niveles más bajos desde los años 1930; podemos cambiar esto y usar la renta para financiar un sistema de planes de asistencia al desempleo más generoso siguiendo el modelo de la pandemia.

La inflación tocó un pico. Pero es probable que pronto enfrentemos otro problema: una recesión. O tal vez otra reliquia de los años 1970: la estanflación, un híbrido

entre las dos. Tal vez la economía estadounidense es tan débil que la suba del 3% de las tasas de interés terminen hundiéndola, o que un déficit de un billón de dólares no sea suficiente para mantenerla a flote, o que la pérdida de los frescos billones de la FED termine congelando los mercados financieros. No parece que la fase más dinámica de la recuperación pospandémica haya terminado. Las acciones, las cripto y el precio de las viviendas subieron. La FED no está comprando bonos del Tesoro y esto probablemente implique pagar tasas de interés más altas. La inflación está comiéndose los ingresos de los hogares; una investigación de Bloomberg descubrió que el 61% de los hogares vive con lo justo, lo que significa un incremento del 9% respecto al año anterior.

SOLUCIONES ESTRUCTURALES

El aumento de los precios y la posibilidad de una recesión nos fuerzan a enfrentar una de las perpetuas miserias de la vida bajo el capitalismo: la elección entre la inflación y el desempleo. En general, los intentos de definir esta relación en términos rigurosos con modelos matemáticos fracasaron, porque la relación es demasiado inexacta. Pero, aun si la tensión entre ambos no puede ser cuantificada, su existencia es un hecho. Si se endurece demasiado el mercado laboral, los salarios aumentarán, las ganancias se reducirán y los capitalistas exigirán que el gobierno imponga una recesión para revertir el orden que les resulta más amable.

Por ahora, las ganancias no están reduciéndose —son altas, aunque no están en niveles récord—, pero esto no durará para siempre. La reducción de las ganancias y las recesiones (o situaciones peores) son constantes a lo largo de la historia del capitalismo, y no desaparecerán. Si la FED diera marcha atrás con su política de endurecimiento —que aplican casi todos los otros bancos centrales del mundo— y la expansión permitiera que la rueda siguiera girando, eventualmente habría una recesión.

En su clásico ensayo «Aspectos políticos del pleno empleo», Michał Kalecki ofrece un modo de pensar nuestra situación fuera de este miserable compromiso. En la parte más célebre del texto, argumenta que el pleno empleo sostenido es imposible bajo el capitalismo porque debilitaría la autoridad política y económica de los patrones. Esto sigue siendo una gran verdad. Pero en un pasaje que tiende a pasar más desapercibido,

→

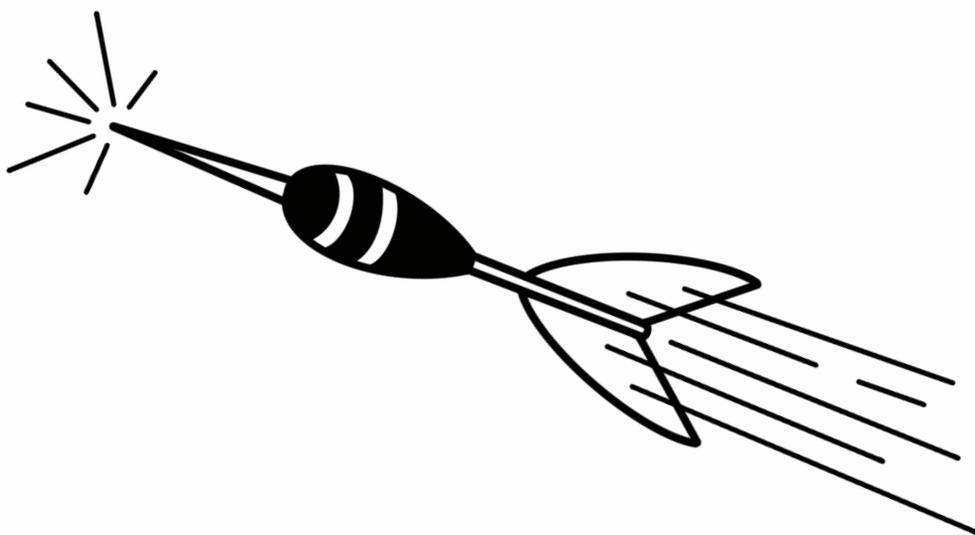
→

Kalecki imagina una situación en la que deben aplicarse estímulos constantes:

La tasa de interés o el impuesto al ingreso [pueden bajar] en una depresión pero no aumentan en el auge subsiguiente. [...] [E]l auge durará más pero debe terminar en una nueva depresión; [...] una reducción de la tasa de interés o del impuesto al ingreso no elimina las fuerzas que generan fluctuaciones cíclicas en una economía capitalista. En la nueva depresión será necesario reducir de nuevo la tasa de interés o el impuesto al ingreso y así sucesivamente. Así, en un tiempo no muy remoto la tasa de interés tendría que ser negativa.

Aunque esto no suena inspirador ni sostenible, es pertinente en nuestra situación. Kalecki sostiene que deberíamos exigir más que un estímulo permanente: deberíamos exigir un régimen capaz de garantizar el pleno empleo. Hacerlo sin inflación requeriría una importante reestructuración de la estructura productiva, además del control público sobre la inversión que hoy está en manos de los CEO.

La lucha contra la inflación, en otras palabras, debería convertirnos en socialistas más ambiciosos. ×



la guillotina

¡QUE LE CORTEN LA CABEZA!

Mussolini en Pekín

Fotos de Noel Celis
AFP via Getty Images

El modelo chino de capitalismo dirigido por el Estado se está desmoronando y empieza a desatar un nuevo autoritarismo.

En 2008, antes de su primera candidatura seria a la presidencia de Estados Unidos, Donald Trump expresó una admiración sin reservas por el modelo económico chino. Por aquel entonces, China era vista como un lugar en el que capitalistas como él podían buscar libremente una maximización de beneficios sin ninguna restricción regulatoria:

En China, rellenan cientos de acres de tierra, vertiendo y arrojando constantemente suciedad al océano. Le pregunté al constructor: ¿hicieron un estudio de impacto ambiental? Me contestó: «¿Qué?». Le pregunté: «¿Necesitaban aprobación?». No, dijo el chino. Y sin embargo, si soy el último en arrojar una piedrecita

al océano en esta ciudad, me sentarán en la silla eléctrica.

Con el mismo espíritu, el multimillonario británico Alan Sugar, presentador de la versión británica de *The Apprentice*, se horrorizó ante la perspectiva de que el Partido Laborista de Jeremy Corbyn llegara al poder, sugiriendo en 2015 que «si alguna vez se acercan a elegirlo [a Corbyn] y que sea el Primer ministro, entonces creo que todos deberíamos mudarnos a China».

Para estos magnates de los negocios, China representaba un paraíso de acumulación ilimitada de capital, una superpotencia emergente en la que podían refugiarse después de que los excesos socialistas y la corrección política derrumbaran la civilización occidental.

Pero esos días han quedado atrás. Los medios estatales chinos promueven ahora una nueva dirección para el crecimiento económico que denominan «prosperidad común». Bajo la nueva doctrina, el presidente Xi Jinping ha hecho un llamamiento explícito para reforzar la orientación estatal y las medidas reguladoras contra la «expansión desordenada del capital». Algunos comentaristas de izquierdas han celebrado la medida de Xi como un renacimiento del socialismo genuino, mientras que los políticos y financieros occidentales la lamentan como una alarmante regresión al estatismo e incluso al marxismo-leninismo ortodoxo. Sin embargo, aún no sabemos exactamente qué significa «prosperidad común».

Sin socialismo a la vista

Aunque abandonada precipitadamente bajo la presión de las protestas generalizadas, la insistencia de Pekín en la draconiana política de COVID cero hasta finales de 2022, con su flagrante desprecio por los daños económicos, demuestra la prioridad del



Partido Comunista de China (PCCh) respecto del control estatal sobre el crecimiento económico. El veredicto de que el programa de prosperidad común indica un mayor alejamiento de China del capitalismo neoliberal no es descabellado.

Por otra parte, Xi se ha esforzado por disipar cualquier especulación de que su programa de prosperidad común pretenda restaurar el tipo de igualitarismo predominante en el periodo de Mao. En diciembre de 2021, Xi pronunció un discurso en la Conferencia Central de Trabajo Económico en el que atacó el asistencialismo y prometió que China no optaría por un modelo que «eleva a un grupo de vagos que ganan

sin trabajar», con referencias despectivas explícitas al «populismo» latinoamericano. Más allá de las referencias formales a Karl Marx y Mao Zedong, esa hostilidad hacia el asistencialismo podría encontrarse en cualquier discurso de cualquier fundamentalista del libre mercado en cualquier país capitalista.

En cuanto a la ideología oficial, en vísperas del 125 cumpleaños de Mao, en 2018, el partido disolvió grupos de estudio marxistas y organizaciones de activistas obreros en los campus universitarios de todo el país, incluso acorralando a sus líderes.

En los últimos dos años, las medidas concretas asociadas al programa de prosperidad común incluyen

multar e incluso tomar parcialmente el control de las empresas tecnológicas más exitosas del país y sus filiales o privar de financiación a algunos de los mayores promotores inmobiliarios. En una serie de discursos sobre el lugar que debe ocupar la iniciativa empresarial privada en el nuevo programa, Xi reiteró que el partido-Estado debe mantener un papel paternalista sobre el capital para garantizar el objetivo general de la nación. Destacó que «los empresarios deben tener un elevado sentido de la misión y un fuerte sentido de la responsabilidad para con el país y la nación; integrar estrechamente el desarrollo de la empresa con la prosperidad del país, la prosperidad de la nación y la felicidad del pueblo; y tomar la iniciativa de soportar y compartir las preocupaciones del país». A continuación, citó a una serie de capitalistas modelo desde el siglo XIX hasta la década de 1950 que donaban regularmente su riqueza para apoyar las causas políticas y militares de los nacionalistas constructores del Estado, para acabar cediendo sus empresas al Estado.

Este modelo económico, basado en la dirección paternalista de las empresas privadas por parte del Estado y en una ética del trabajo sin las trabas del asistencialismo sin las trabas de las políticas de bienestar socialistas, se asemeja al capitalismo de Estado de los regímenes fascistas de la Europa y Asia de entreguerras. Pero las similitudes no acaban ahí. Muchos ya han señalado la retórica nacionalista cada vez más militante del partido-estado, la persecución de las minorías, el auge del culto al gran líder y la obsesión por la vigilancia y el control totales de la población.

—>

→

La adhesión abierta y ferviente de destacados académicos oficiales a teóricos nazis como Carl Schmitt en los últimos años lo dice todo.

Estatismo agresivo y nacionalismo después del boom chino

Este giro estatista y autoritario de la economía política china no se deriva de las preferencias personales de Xi Jinping, sino que es más bien el resultado de la larga crisis económica del país. El sector exportador de China, dominado por empresas privadas y extranjeras, ha sido la principal fuente de rentabilidad desde que China avanzó hacia un crecimiento orientado a la exportación, a mediados de la década de 1990, y el sector absorbió enormes reservas de divisas. Estas reservas han sido la base de la expansión del crédito bancario estatal, que en su mayor parte fluyó hacia empresas estatales, o bien conectadas con el Estado, para apoyar muchas de sus inversiones en activos fijos, como infraestructuras, proyectos inmobiliarios y nuevas acerías y plantas de carbón. Mientras crecieran las reservas de divisas, el sistema financiero controlado por el PCCh podría aumentar la liquidez en moneda local en forma de generosos préstamos bancarios sin hacer crecer el riesgo de devaluación y fuga de capitales.

Sin embargo, muchas de las inversiones en activos fijos impulsadas por la deuda son redundantes: los dirigentes chinos llevan advirtiendo sobre el endeudamiento y el exceso de capacidad de la economía desde finales de la década de 1990 y proponiendo reformas como privar a las

empresas ineficientes de los préstamos baratos de los bancos estatales. Pero a medida que los sectores en expansión imprudente se convertían en fuentes de dinero y cuasi feudos controlados por distintas facciones de la élite del partido-estado, esas reformas ganaban poca tracción.

Cuando, con la crisis financiera mundial de 2008, el largo boom del crecimiento chino impulsado por las exportaciones se tambaleó, el gobierno desencadenó un agresivo programa de estímulo monetario que condujo a un fuerte repunte impulsado por la inversión en activos fijos financiada con deuda. El debilitamiento del motor exportador y la redoblada expansión de la inversión financiada por los bancos estatales en 2009-2010 crearon una burbuja de deuda que ya no se correspondía con la expansión de las reservas de divisas. Entre 2008 y finales de 2017, la deuda pendiente en China se disparó del 148% del PIB a más del 250%. El aumento de los préstamos en medio de la pandemia de 2020 empujó aún más la proporción, hasta superar el 330%, según una estimación.

Los apartamentos, las plantas de carbón, las acerías y las infraestructuras financiadas por esta deuda masiva se convirtieron en un exceso de capacidad, que nunca llegaría a ser rentable. Tras el repunte de 2009-2010, la rentabilidad de las empresas siguió cayendo de forma generalizada, tanto en el sector privado como en el estatal.

La caída de los beneficios dificulta el reembolso de los préstamos, creando una bomba de relojería de deuda. De este modo, China se quedó sin margen de crecimiento a través de la inversión en activos fijos financiada con deuda, mientras

que el crecimiento del sector exportador no logró recuperar su nivel anterior a 2008.

El exceso de capacidad, la caída de los beneficios y el creciente endeudamiento de toda la economía fueron la base del colapso bursátil y la fuga de capitales que impulsaron la fuerte devaluación de la moneda china en 2015-16. La economía se estabilizó en 2016 solo con el renovado endurecimiento del control de capitales. El sistema bancario también inyectó rondas de nuevos préstamos en la economía para evitar que se desacelerara demasiado. Sin embargo, gran parte de estos préstamos se utilizaron para la refinanciación de préstamos existentes. Estas oleadas recurrentes de préstamos provocaron una mayor acumulación de endeudamiento en la economía sin añadir nuevo dinamismo. Muchas empresas se convirtieron en zombis adictos a los préstamos. Con el cese del robusto crecimiento de la tarta económica, el sector estatal hizo aumentar los aprietos del sector privado y las empresas extranjeras. El «avance del sector estatal y retroceso del sector privado» (*guojin mintui*) en medio de la desaceleración económica general es, en parte, un esfuerzo por ayudar al crecimiento de las empresas estatales a expensas de las empresas privadas y extranjeras. Esta política agravó la competencia intercapitalista entre Estados Unidos y China, dando lugar a una rivalidad interimperial entre ambos países que recuerda a la del Reino Unido y Alemania de un siglo antes.

Cuando Xi llegó al poder, se esperaba que siguiera un programa de liberalización económica. En los primeros días del reinado de Xi, los

medios de comunicación oficiales hablaron de una reforma de liberalización financiera para privar de crédito a las empresas no rentables pero favorecidas. Los periódicos estatales publicaron artículos, que se creía que contaban con el respaldo de Xi, para pedir una «reforma estructural del lado de la oferta», que «suena menos a Marx y Mao que a Reagan y Thatcher». Muy pronto, sin embargo, cualquier expectativa en relación con el retorno de un conjunto de reformas de mercado al estilo de Deng Xiaoping se vino abajo. Los intereses creados en el Estado eran tan fuertes que Xi no tuvo más remedio que redoblar la política de apoyo a la expansión continua de las empresas estatales o conectadas con el Estado a expensas de las privadas y extranjeras. Hoy existe un amplio consenso en que el giro estatista de la economía china, aunque anterior a Xi, se aceleró significativamente bajo su mandato.

La espiral del estatismo y la crisis económica

En nombre del programa de prosperidad común, Pekín tomó duras medidas contra gigantescas empresas privadas como Alibaba y Tencent, fundadas por empresarios privados y constituidas en las Islas Caimán. Las medidas enérgicas incluyeron prohibir en el último minuto a Ant Group, la rama de tecnología financiera de Alibaba, lanzar una oferta pública inicial en el extranjero; imponer una cuantiosa multa antimonopolio a la propia Alibaba; añadir severas restricciones a las empresas tecnológicas en la recopilación de datos y la prestación de servicios;

y prohibir las empresas de tutoría escolar con ánimo de lucro.

En el marco de esta iniciativa para frenar el crecimiento del capital privado, Pekín puso coto a la financiación de promotores inmobiliarios privados en 2020. Al verse privados de nuevas fuentes de financiación para refinar sus crecientes deudas, muchos promotores inmobiliarios cayeron repentinamente en crisis de solvencia, siendo la de Evergrande, la empresa líder del sector, la más vigilada. Al parecer, como solución, el gobierno chino se planteó disolver y reestructurar Evergrande en empresas estatales, nacionalizando al mayor promotor de la economía. Esto es coherente con el reciente ataque del Estado a otras gigantescas empresas privadas, con la posibilidad de ponerlas, al menos en parte, bajo propiedad o control estatal.

Sin embargo, aunque los izquierdistas podrían aplaudir algunas de estas intervenciones en abstracto, a juzgar por el funcionamiento orientado a los beneficios de otras

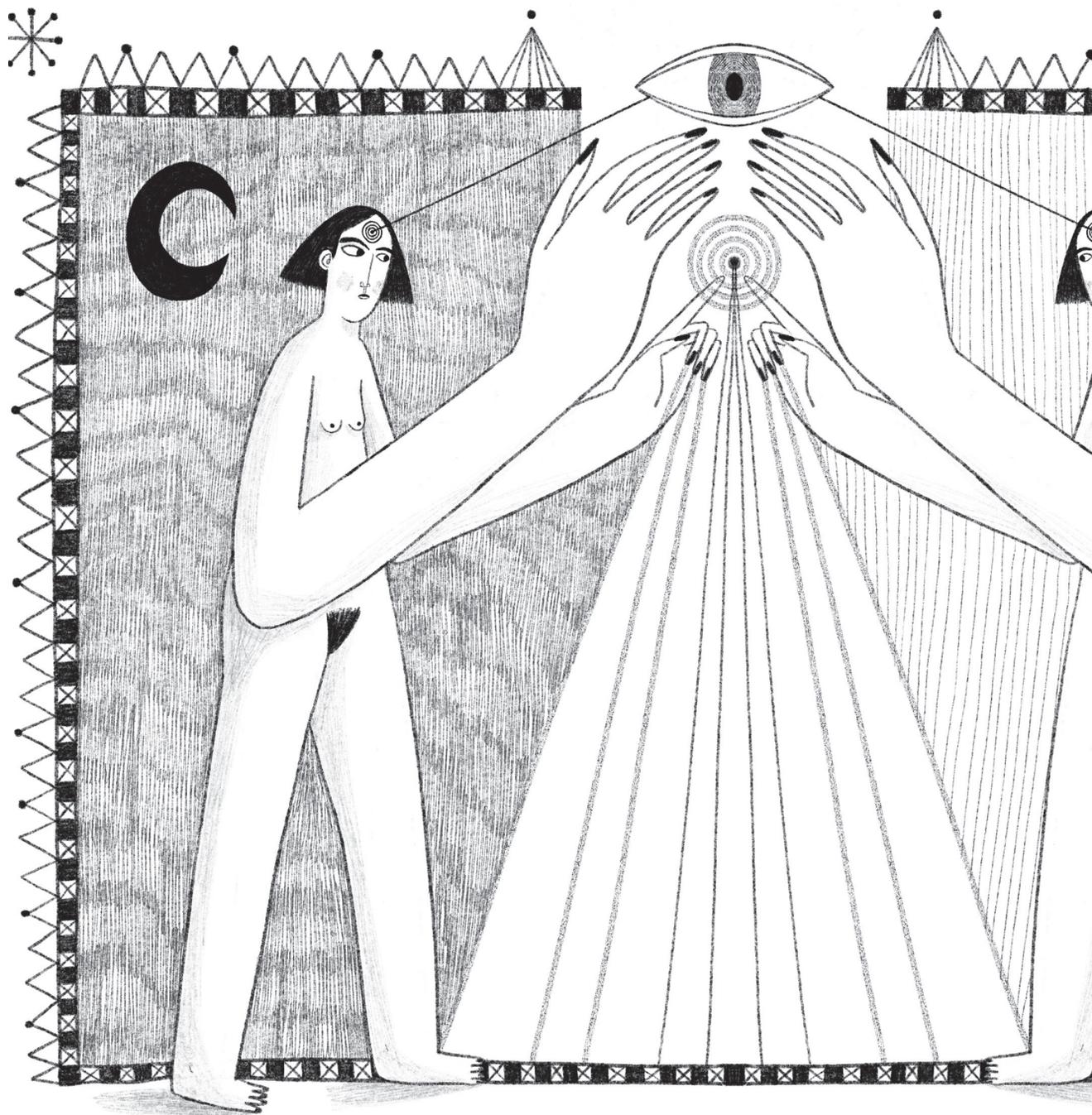
empresas estatales o conectadas con el Estado, como Sinopec o Huawei, sería ingenuo esperar con que cualquier empresa recién nacionalizada reviviera mandatos socialistas como el de pleno empleo o el de bienestar para los trabajadores, como se vieron obligadas a hacer bajo Mao.

Los buenos resultados económicos, la expansión del empleo y el aumento de los ingresos han sido los principales reclamos de legitimidad del Partido Comunista desde la década de 1990. Sin ellos, el PCCh tiene que encontrar una vía alternativa para asegurar la supervivencia de su régimen. En este contexto, redoblar los esfuerzos del partido-Estado para asumir el control directo de la economía y recurrir a un nacionalismo agresivo, aun a costa de agravar la crisis económica, se convierte en un planteamiento racional. Así las cosas, es probable que China haya entrado ahora en un largo periodo de desaceleración económica, endurecimiento del control estatal y nacionalismo beligerante. ×

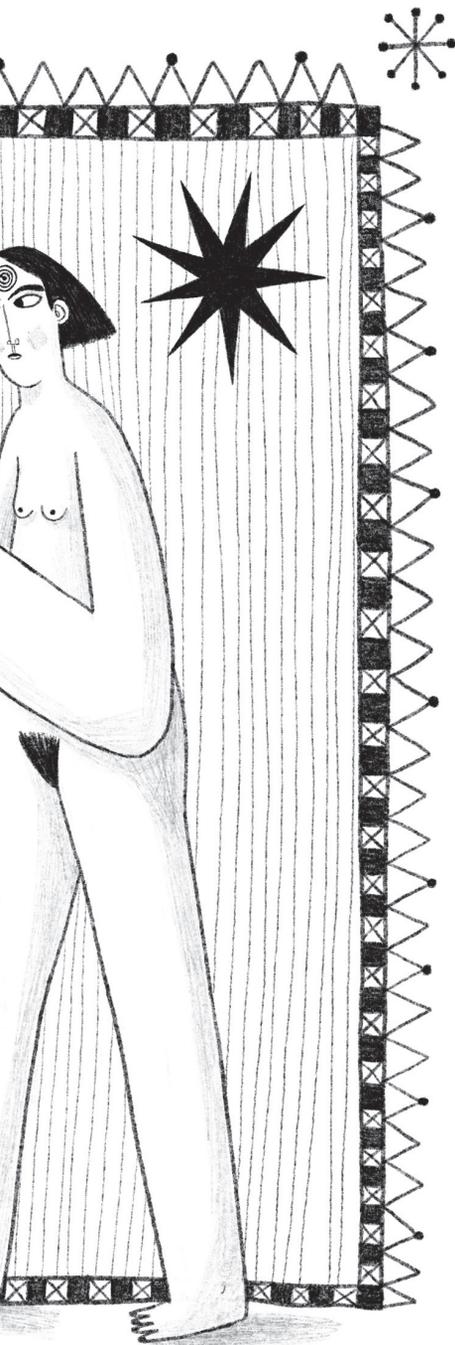


fredric jameson

L



LA FUNCIÓN POLÍTICA DE LA UTOPIÍA



El mundo actual está sumido en una crisis económica y social de magnitud histórica, pero seguimos desprovistos de alternativas consideradas socialmente viables. Según el crítico marxista Fredric Jameson, los socialistas podemos (y debemos) revivir los ideales utópicos.

ILUSTRA
DANIELA BERACOCHEA

TRADUCE
VALENTÍN HUARTE



Antes que nada me gustaría aclarar el debate en torno a la utopía, o acaso debería decir, en torno a los usos políticos de la utopía. Imagino que la mayoría estará de

acuerdo en que los utopistas de fines del siglo dieciocho y comienzos del siglo diecinueve eran en esencia progresistas, en el sentido de que sus perspectivas o fantasías apuntaban a mejorar la condición del ser humano. Pero me interesan justamente los análisis que denuncian estas utopías y a sus partidarios más entusiastas como si condujeran necesariamente a resultados siniestros. Con el tiempo, estos análisis desembocaron en la idea de que el utopismo revolucionario provoca la violencia y la dictadura, y de que todas las utopías, de una forma u otra, terminan en Stalin, o mejor todavía, que Stalin fue el más grande de los utopistas.

No cabe duda de que esta tendencia ya operaba de forma implícita en las denuncias de la Revolución francesa de Edmund Burke —que no dejan de exponer uno de los argumentos contrarrevolucionarios más geniales, a saber, que reemplazar el desarrollo lento y natural de la tradición por los planes artificiales de la razón es un tipo de *hibris* humana—, y en su idea de que la revolución es siempre de por sí un desastre. Estas conjeturas revivieron durante la Guerra Fría: el comunismo fue identificado con la utopía, ambos con la revolución y todos con el totalitarismo.

Creo que fue recién después de la Segunda Guerra Mundial cuando las generaciones más jóvenes revirtieron esta implicación y transformaron el utopismo en una reivindicación y en un grito de guerra. Esta reversión consistió, no en detectar una distopía oculta en el interior de la utopía, ni en pensar que el utopismo era la flor del pecado del orgullo, sino en el hallazgo de una nueva convicción: a saber, que lo opuesto de la utopía es el *statu quo*. El nuevo y amenazante sentimiento de estancamiento, y la percepción del poder de las instituciones y del Estado que surgieron de las necesidades y condiciones planteadas por la guerra, hicieron que la utopía terminara asociándose con el cambio, y que las cualidades estáticas que muchas veces parecen inherentes a las estructuras utópicas tradicionales fueran ignoradas en favor de la apertura y el aire fresco también conllevan. En este sentido, los años 1960 estuvieron vinculados más que ningún otro período con el renacimiento

de la utopía. Además de ciertos intentos de reanimar los viejos y siniestros diagnósticos sobre la utopía después del colapso de la Unión Soviética, entre las teorías de la utopía nueva y dinámica a la que nos referimos antes destaca sobre todo la obra enciclopédica de Ernst Bloch.

Ahora bien, la fuente de los significados políticos antitéticos que recibe la utopía no yace en la convicción filosófica, sino en algo más cercano a la experiencia existencial (o fenomenológica): la idea de futuros posibles. El *statu quo* quiere estar seguro de que el futuro seguirá siendo básicamente igual que el presente. De aquí que su reivindicación sea «el fin de la historia», es decir, el fin de la utopía, el fin del futuro y del cambio. El utopismo, en cambio, se nutre de la convicción experiencial de que el cambio existe y de que son posibles muchos futuros radicalmente distintos, y esta es una convicción que solo las circunstancias y las condiciones sociales pueden producir. Sin embargo, la parálisis política y la extinción de los partidos políticos revolucionarios sofocan estas condiciones, y también lo hace la globalización, en la medida en que ofrece cada vez menos posibilidades de concretar cualquier iniciativa nacional genuina (la Unión Europea, en la que los Estados nación fueron reducidos a Estados miembro, es un ejemplo excelente de este proceso en marcha).



Pero, ¿qué es la utopía? Suponiendo que, como indica su etimología, se trate de un «no lugar», ¿cuál es el concepto que corresponde a esta noción y qué utilidad

política tiene? Esta pregunta nos enfrenta inmediatamente con un problema, a saber, la confusión de la utopía con una política histórica o «real». En este sentido, es interesante notar que no tenemos un término adecuado para definir lo opuesto de la utopía. Antes afirmamos que no es la distopía la que cumple este papel, sino más bien el *statu quo*. Pero no podemos ignorar que una buena parte de la política denominada progresista también desea cambiar el *statu quo*, muchas veces de manera radical. Por lo tanto, el problema está en la posibilidad de distinguir entre política utópica y política radical.

Cuando planteamos el problema en estos términos, pensamos inmediatamente en la oposición entre socialismo y comunismo, que incluso podemos remontar hasta la oposición entre mencheviques y bolcheviques. Durante



PENSAR LA UTOPIA DE UN MODO PRÁCTICAMENTE SIGNIFICATIVO NOS OBLIGA A PENSAR EL PROBLEMA DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL EN EL MARCO DE NUESTRA TEORÍA.

los últimos años, en el mundo intelectual hubo intentos de revivir el uso de la palabra comunismo que, dada su asociación legítima o ilegítima con el estalinismo, había caído en el descrédito y hasta en el olvido después tras el colapso de la Unión Soviética. En cuanto a la palabra socialismo, la izquierda piensa que está contaminada por la total deserción de los partidos socialdemócratas, en la teoría y en la práctica: en la teoría por la eliminación sistemática de Marx y del marxismo en sus programas escritos, y en la práctica por su vergonzosa adopción de las políticas neoliberales —privatización, austeridad, etc.— cada vez que están en el gobierno.

En cualquier caso, sigue siendo útil distinguir entre una política progresista dentro del sistema, es decir, una que deja intacto el marco general del capitalismo, y una

política que apuntaría a modificar este marco y que hoy no existe en ninguna parte, como mostró la capitulación de Syriza cuando llegó la hora de la verdad. Pero, ¿no prueba esto que la política utópica sigue siendo la política de ninguna parte, y que debemos buscarla justamente donde es irrealizable? En otros términos, debemos distinguir nítidamente entre propuestas políticas concretas y prácticas y propuestas políticas que son claramente «utópicas» o que apuntan a una satisfacción de deseo irrealizable.

Consideremos esta idea volviendo sobre una de las últimas utopías tradicionales verdaderamente exitosas, la novela *Ecotopía*, de Ernest Callenbach. Tengamos en cuenta que Callenbach escribió antes de las computadoras, y que, por lo tanto, no debió afrontar la integración de la tecnología de la información, que está tan presente en nuestras vidas cotidianas y que es definitivamente el marco ineludible de toda utopía contemporánea. Otro elemento que facilitó la tarea de Callenbach fue su decisión de dejar el racismo fuera del cuadro (de hecho, las utopías separatistas negras quedaron relegadas a San Francisco, que está fuera del marco de su relato). En cuanto al género, digamos que si bien la ecotopía es dirigida por mujeres, hoy la idea subyacente del autor nos parece implausible, puesto que supone que la agresividad es un rasgo del hombre.

Como sea, Callenbach intenta anticiparse a dos objeciones generales contra el socialismo, a saber, que mata el espíritu emprendedor, y que sofoca el debate, la argumentación, la libertad de expresión y de opinión, etc. La cuestión del espíritu emprendedor y de los pequeños negocios es un tema bienvenido. Llega de la mano de cierta posición antimonopolio que es común en una buena parte de la izquierda. Pero no debemos olvidar que Lenin veía con buenos ojos el monopolio y pensaba que era el camino hacia la nacionalización (y un signo de que la socialización estaba en marcha, como una de las tendencias del capitalismo avanzado).

La utopía de Callenbach también plantea de manera auspiciosa el tema de la innovación. En cuanto al separatismo, ¿no es la ecotopía, situada en Oregon, Washington y el Norte de California, una república separatista? O mejor todavía, ¿no es la utopía en sí misma un fenómeno separatista? Me parece que en este caso vale lo mismo que dijimos sobre la relación entre la utopía y la política real: las utopías imaginarias realizadas son siempre separatistas frente a la realidad imaginada. La utopía sigue siendo

→

→

utópica hasta el punto en que puede ser concretada y traducida en una política práctica. En este punto recae en la política real y deja de ser utópica. ¡No es un argumento muy alentador! Y, sin embargo, parece evidente cuando volvemos a traducirlo a nuestra otra oposición: las políticas comunistas son utópicas siempre y cuando no sean realizadas, y se tornan socialdemócratas tan pronto como vuelven a caer en el mundo real del toma y daca político.

Lo que parece suponer esta idea es el marco, o el sistema, a saber, el capitalismo: las medidas socialdemócratas se tornan meramente políticas reformistas cuando están diseñadas para corregir, fortalecer y reproducir el sistema, o el capitalismo; las políticas comunistas apuntan a transformar el sistema y sustituirlo por otra cosa, a saber, por un tipo de sistema radicalmente nuevo. En este sentido siempre es curioso, en momentos de crisis financiera, encontrar progresistas y hasta socialistas defendiendo el rescate de los bancos y abogando por la restauración del sistema, cuando su premisa era su transformación y su reemplazo. El socialismo de Mitterrand es un buen ejemplo: cuando fue elegido en 1981, empezó a aplicar medidas realmente socialistas. Pero después vino una crisis mundial y Mitterrand archivó todas estas medidas en favor de otras evidentemente capitalistas y hasta neoliberales, con el argumento de que era temerario intentar construir el socialismo en medio de una crisis. Pero siempre hay una crisis y, de hecho, ¿en qué otro momento se hacen las revoluciones? ¿No nos está faltando algo en este debate?

3

En realidad faltan dos piezas: una se llama revolución cultural y la otra se llama partido. Suspendingo por un momento la discusión sobre el utopismo, la tradición

imaginó la relación entre dos entidades —el socialismo y el comunismo— como si fuera un proceso de desarrollo o un proceso cronológico. Primero viene la construcción del socialismo, y solo después aparece el comunismo en el horizonte. Pero así surge de nuevo, aunque bajo una forma distinta, la misma cuestión práctica que enfrentamos antes: queríamos saber cómo pasar del capitalismo al socialismo; ahora queremos saber cómo pasar del socialismo al comunismo.

En todas estas cuestiones de periodización, acecha un problema filosófico: la dialéctica de la identidad y la

diferencia. Es como si se necesitara una identidad fundamental entre el capitalismo y el socialismo para que este último emerja, como escribió Marx, del vientre del capitalismo. De hecho, esta siempre fue la posición socialdemócrata: que las reformas fundamentales dentro del sistema de regulaciones, nacionalizaciones, etc., harían posible el surgimiento de otro sistema. En términos históricos, esto nunca sucedió, y el viejo sistema fundado en la ganancia siempre probó ser suficientemente poderoso como para absorber estos cambios y resurgir fortalecido, o por lo menos ampliado. Por lo tanto, está claro que lo que motivó este programa o estrategia fue de hecho el miedo a la violencia: la reforma es, o desea ser, una revolución pacífica. Pero todo indica que estas revoluciones también fracasaron.

Consideremos otra situación histórica concreta. Cuando terminó la guerra civil, la Unión Soviética estaba en crisis y los campesinos dejaron de proveer granos a las ciudades. Stalin enfrentó una situación similar en 1927. Sin embargo, a diferencia de Stalin, Lenin evitó la colectivización forzada y —como decían algunos de sus camaradas— decidió reintroducir parcialmente el capitalismo mediante la denominada Nueva Política Económica o NEP, que fue revocada después de su muerte. Como sea, durante sus últimos años, mientras cursaba la enfermedad que terminó con su vida, Lenin tuvo que pensar modos de salir de esta crisis, modos en los que el campesinado, que tradicionalmente está apegado a su tierra y defiende la propiedad privada, pudiera reconciliarse con las necesidades de las ciudades y del nuevo Estado socialista. Por eso en su último escrito —que permaneció inédito hasta mucho tiempo después— Lenin analizó la obra de Robert Owen y las cooperativas.

Pero también tuvo otra idea: la revolución cultural. Fue Lenin el que inventó este término. Funciona en la dirección opuesta a la de la teoría de Mao, que quería reconciliar a los intelectuales, y también a las ciudades y a los obreros, con la mentalidad de los campesinos. Lenin, por el contrario, quería elevar la mentalidad de los campesinos al nivel de la de los obreros, y reconciliarlos con la propiedad cooperativa: es lo mismo que el Che, en otro país y en otro momento histórico, denominó «incentivos morales».

Ahora bien, como sabemos, ninguna de estas políticas tuvo éxito, y con el agronegocio y la revolución verde del capitalismo, el campesinado desapareció en todo el

mundo. Los campesinos se convirtieron en trabajadores agrícolas o en proletarios. Pero por lo menos ahora comprendemos lo que faltaba en nuestra teorización de la diferencia entre política y utopía. Pensar la utopía de un modo prácticamente significativo nos obliga a pensar el problema de la revolución cultural en el marco de nuestra teoría.



Pero dije que faltaba otra pieza, a saber, el partido, algo de lo que ya nadie quiere hablar, pero que todo el mundo recuerda en secreto como un dilema que hay que confrontar. En algún momento de su gobierno, Gamal Abdel Nasser declaró que Egipto era una república socialista. La mañana después del anuncio, todo el mundo despertó y comprobó que nada había cambiado. No había ningún partido socialista, y los empresarios todavía eran dueños de sus empresas. Todo funcionaba igual que antes, exceptuando quizás ciertos cambios de nombre: ahora eran empresas socialistas, burocracias socialistas, etc.

Está claro que cuando hoy pensamos en un episodio como este, nuestra primera tentación es imaginar miembros del partido armados que allanan estos negocios, exigen cambios, despiden a los empresarios capitalistas, etc. En la misma fantasía, estos miembros del partido terminan transformándose poco a poco en un ejército, en una policía secreta y en servicios de inteligencia. Ahora bien, es evidente que no queremos incluir estos elementos en nuestras revoluciones culturales, por no decir nada de nuestras utopías. De hecho, este tipo de violencia es uno de los elementos fundamentales de lo que debía evitarse mediante una revolución cultural. Por eso tenemos que concebir al partido como un instrumento que cumpla funciones a la vez defensivas y ofensivas.

Las defensivas son las que resisten la violencia de la contrarrevolución y enfrentan la violencia con violencia, o, mejor, que enfrentan la violencia con fuerza. Pero la función ofensiva del partido debería tener una función distinta, no violenta, a saber, servir como vehículo de la revolución cultural y, de esta manera, en nuestro contexto actual, fomentar y difundir, si no una utopía concreta, por lo menos la idea misma de una utopía. Podemos recordar aquí la gran proclama revolucionaria de Saint-Just: «La felicidad es una idea nueva en Europa». Lo mismo vale en nuestro caso, aunque la idea es la idea

de la utopía. Su propagación adoptará dos formas: la resistencia contra los antiutópicos, o el antiutopismo, y la anticipación de la utopía en tanto experiencia.

Recordemos aquí nuestro dilema filosófico: la utopía es una posición de diferencia radical que enfrenta la identidad de lo cotidiano, del *statu quo*. Pero lo que es radicalmente distinto de nosotros es precisamente aquello de lo que no podemos tener ninguna experiencia, aquello que por definición cae fuera del rango de nuestra imaginación. De nuevo, en la escala de lo cognoscible y lo incongnoscible, es virtualmente y por definición lo incognoscible incognoscible. Y, por supuesto, esta es también la fuente del miedo a la utopía y de la resistencia que despierta: para conocer la utopía, deberíamos deshacernos de todo lo que es significativo en nuestro presente, junto con todo lo que este tiene de repugnante y de detestable. Es el salto al vacío de Kierkegaard, y una pérdida de todo aquello con lo que estamos familiarizados que no nos promete nada a cambio. Incluso esta experiencia, no de la utopía, sino de la misma idea de la utopía, implica un acto de autodistanciamiento. Por lo tanto, está claro el rol que tiene que jugar el partido en esta conversión. El partido reúne a los entusiastas, representa a las personas que en un sentido u otro pueden reivindicar haber tenido un contacto con esta experiencia, con el éxtasis de lo político, y debe tener la autoridad y la legitimidad, si no de transmitir este éxtasis, sí el de manifestar hasta cierto punto su sensación, su promesa íntima.

Usé la palabra conversión. Es evidente que la analogía con la religión termina imponiéndose, pero esto amerita una explicación y cierta cautela. Porque muchas veces se dijo que el marxismo era una especie de religión, y generalmente, con cierto desprecio o casi como un insulto. Pero lo que suele pasarse por alto es que este juicio, que tiene cierta validez, funciona en las dos direcciones. También podríamos decir que las religiones son anticipaciones supersticiosas que intentan representar una unidad-de-la-teoría-y-la-práctica que no estaba disponible en las sociedades en las que emergieron, y que el marxismo es su realización secular en la primera sociedad —el capitalismo— en la que su verdad —el universalismo, la salvación, la justicia, la existencia del otro— pudo por fin empezar a ser comprendida como una posibilidad realista. Por lo tanto, las religiones ofrecen efectivamente un primer modo en el que la experiencia de la utopía (o su idea) podría ser captada

→



→

de forma tan tenue como inadecuada. O, en nuestro contexto actual, como un modo en el que la misión de la revolución cultural podría empezar a ser formulada.

Digamos que la revolución cultural es una superestructura de la que el partido es la infraestructura. ¿Por qué no? La fórmula es útil siempre que incluyamos en ella toda la historicidad que requiere, la naturaleza concreta de nuestra situación histórica presente, sus límites singulares, la naturaleza de los obstáculos, no solo de la tradición, sino también del aquí y ahora, y también los defectos inevitables de los intelectuales llamados a jugar su papel en lo que debe ser un experimento histórico y político radicalmente nuevo.

5.

Tal vez convenga decir algo más sobre la religión. Para Badiou, la aventura histórica del cristianismo (pero la tesis vale en el caso de otras religiones «grandes» o «importantes») radica en su universalismo, en su éxito político a la hora de movilizar a masas de personas y crear a su alrededor sus propias superestructuras, su

propia revolución cultural. Aunque estoy de acuerdo en que estos ejemplos son impresionantes y enormemente instructivos, también pienso que no pueden tener la misma eficacia en el mundo secular.

También estaría de acuerdo en que el marxismo, o, si uno prefiere, el socialismo, debería emular este universalismo para acceder al suyo propio, como pareció estar cerca de hacer durante la Guerra Fría. Sin embargo, Wallerstein tuvo mucha claridad cuando argumentó que la Guerra Fría no era la lucha entre dos sistemas, sino más bien la lucha entre el sistema dominante del capitalismo y lo que él denominaba fuerza o movimiento «antisistémico», del que el socialismo no era el único elemento.

Más tarde encontramos el instructivo caso de Robert Heilbroner, representante de las tendencias dominantes de la ciencia económica, que siempre tuvo cierta tolerancia por el marxismo, pero que, además, después de la «caída», siguió pensando que el socialismo era posible... solo que como una especie de enclave religioso, como el Estado Islámico, abierto a los verdaderos creyentes pero impracticable en términos universales. De esta manera, la utopía retorna a sus orígenes y a las condiciones monásticas de la utopía original de Tomás Moro, que por

cierto era un católico que, o bien parodió las fantasías utópicas con su proyecto literario experimental, o bien dedujo sus propios orígenes de la forma monástica, aunque lo más probable es que ambas afirmaciones tengan una cuota de verdad.

Ahora bien, la religión dejó de ser viable en el mundo secular, salvo como una ética —la oposición entre creyentes y no creyentes— y un ritual de consumismo. En este caso, la tarea de la imaginación utópica pasará por encontrar un sustituto para la ética en la política, y en encontrar un sustituto del consumo como estetización de la vida (tema sobre el que Marcuse y Paolo Virno escribieron páginas brillantes).

Sobre la «estética» en tanto tal, está claro que hoy podemos afirmar que, al igual que todas las otras disciplinas especializadas, por ejemplo, la filosofía, es letra muerta. Sin embargo, Benjamin se opuso a la estetización en el contexto del triunfo fascista en Europa. Los marxistas de la posguerra utilizaron la estetización como contrapeso del productivismo, y como una salida de lo que percibían como la camisa de fuerza de la teoría y la práctica marxista del Este.

Pero me parece que la estética puede incluir ambas: es un productivismo por derecho propio, y muchas estéticas modernistas insistieron en el proceso de producción (*energeia*) en oposición al producto inerte (*ergon*) como la verdad fundamental del arte. Por otro lado, la estética brinda la posibilidad de un mundo-objeto, un mundo humanamente producido, una época humana, como solía denunciar con gusto Wyndham Lewis, en la que es imposible que no nos demos cuenta de que este mundo es nuestra propia producción y nuestra propia práctica. La apuesta utópica aquí sería que, en este mundo, el consumo en su forma adictiva, deje de ser necesario y adopte proporciones manejables.

6

A la luz de todo esto me atrevo a decir algunas palabras sobre el proyecto que yo mismo emprendí en *An American Utopia*. Es un texto que presenté con vergüenza en el extranjero, especialmente en los países en los que la represión brutal de los regímenes militares no inclina a la audiencia a tener ninguna simpatía ni cariño por las instituciones. Pero acaso sirva para mostrar las dificultades singulares de una política de izquierda en lo que denomino

el super-Estado contemporáneo. Estados Unidos, como sugiere este término, no es un Estado nación y, por lo tanto, no puede recurrir a los recursos afectivos del viejo nacionalismo. En efecto, estos recursos, en la medida en que movilizan a otras comunidades, tienden a operar en favor de movimientos fascistas o contrarrevolucionarios.

Pero tengo en mente sobre todo la peculiaridad de nuestro sistema federal y la existencia de nuestra constitución. Hasta ahora, toda la legitimidad estatal estuvo fundada en cierto tipo de fetichismo, sea de un acontecimiento, de un líder o de un objeto de cualquier tipo: el asalto a la Bastilla, la persona de Nelson Mandela, la reverencia por una ciudad capital o un campo de batalla sagrado. Por lo tanto, a la larga la legitimidad está fundada en una especie totemismo, y Kant supo indicar correctamente la novedad histórica que hizo que este fetiche fundante se transformara por primera vez en una constitución escrita y en la documentación de ciertos derechos, deberes y obligaciones. Ninguna persona de izquierda inteligente llamaría en Estados Unidos a derogar un documento de este tipo, que nos protege tanto a nosotros como a nuestro enemigo de clase, y esto a pesar del hecho de que nuestra constitución es uno de los documentos contrarrevolucionarios más exitosos que se hayan inventado, hasta el punto de que garantiza la imposibilidad de la revolución en Estados Unidos.

Lo hace, antes que nada, mediante la organización de un sistema federal, cuando hay que decir desde el primer momento que cualquier utopía debe enfrentar la lógica y la necesidad del federalismo si quiere tener algo de crédito en la realidad política contemporánea. El federalismo es una exigencia de diferencia, opuesta a las igualdades y a la identidad de la democracia directa, y es la roca que provocó el hundimiento de la Unión Soviética y de la ex-Yugoslavia.

Porque el federalismo expresa, no solo la heterogeneidad de las poblaciones implicadas, sino también y sobre todo las desigualdades del terreno, de la tierra de la que en última instancia dependemos. Los terrenos de cualquier unidad nacional son dispares en cuanto a recursos naturales, riqueza de los suelos, acceso a la energía, etc. Solo un sistema federal puede garantizar que las áreas más ricas del Estado colaboren con la mejora de las partes más infértiles (y esto es verdad tanto en el nivel internacional como en el nacional, donde la ecología entra en juego con el denominado subdesarrollo,

—>

→

la contaminación y otros fenómenos similares). Por lo tanto, también queda claro por qué, en situaciones apropiadas, las partes más ricas de un Estado presionan para salir de él y abandonar a las más pobres, o buscan una forma de organización en la que la dependencia y el subdesarrollo puedan ser utilizados en su propio beneficio.

La constitución estadounidense, en parte por motivos históricos, como la esclavitud, garantizó tanto como pudo la seguridad de los estados más pobres y pequeños frente a los estados más ricos. Pero esto conduce, como si fuera una especie de daño colateral, a la situación de descentralización política actual, donde los movimientos de izquierda son incapaces de conquistar cualquier tipo de consenso general o hegemonía, y están condenados a una efectividad local o limitada a los estados en los que existen, y consecuentemente despojados de toda posibilidad de desarrollarse a gran escala.

Enfrentado a este dilema estructural, sugerí que tal vez sería necesario considerar la disponibilidad política de una de las pocas formas políticas nacionales, una institución capaz de actuar a través de los límites estatales sin poner en cuestión las estructuras fundadas por la constitución: estas podrían ser mantenidas en vigor aun cuando recurriéramos a una realidad que las trascendiera sin entrar necesariamente en conflicto con ellas. Me refiero a la «universalidad» de las fuerzas armadas. De aquí la jerga histórica del doble poder, tomada de uno de los momentos clave de la Revolución rusa. Consideré que esta formulación era una tercera posibilidad que debía añadirse, en el caso de Estados Unidos, a la alternativa gramsciana entre guerra de posición y guerra de maniobra, que distinguía la larga marcha socialdemócrata a través de las instituciones de la toma directa del poder: el Palacio de Invierno o las urnas.

Mientras tanto, la misma existencia del ejército como institución —institución en muchos casos diseñada para generar una homogeneidad nacional a partir de los múltiples lenguajes e identidades de una nación previamente existente— podría servir, en una propuesta utópica de este tipo, para mostrar lo que una verdadera forma partido podría hacer, el modo en que podríamos volver a representárnosla, y cuáles serían sus nuevos poderes y capacidades. Pero, como toda política, esta propuesta estaba basada en una situación contingente, la realidad estadounidense, y está claro que la forma que adopta en este marco no está necesariamente disponible en otras situaciones nacionales.



La indagación utópica es interminable —tal vez en esto radica la inutilidad del tema— y siempre aparecen nuevos problemas que notar, dilemas que señalar y

contradicciones que demostrar «triunfalmente». Muchas veces insistí en el miedo que genera la utopía como pasaje de lo conocido a lo desconocido, como sacrificio de todo lo que inventamos para hacer vivible la vida de este lado de la utopía, como promesa de una transformación existencial absoluta de uno mismo y de nuestras relaciones con los otros y con la naturaleza. Todas estas cosas dan miedo. Y, por supuesto, tenemos que preguntarnos por qué alguien que está suficientemente cómodo, como probablemente sea el caso de una parte importante de la población estadounidense, querría cambiar algo.

Sin embargo, asumiendo que encontramos la motivación para atravesar este umbral fundamental, definido por factores internos, como las aflicciones subjetivas, y por factores externos, como la pobreza o el desastre ecológico, lo que tendremos que afrontar es el denominado «fin de la historia», que en nuestro contexto significa simplemente la hegemonía mundial de Estados Unidos, el triunfo del libre mercado y de su sistema representativo de «democracia» electoral; o lo que Marx denomina «el fin de la prehistoria», expresión que avizoraba una forma de socialismo o comunismo que Marx tuvo la prudencia de no definir nunca.

Muchas de las cuestiones que plantea la utopía simplemente reproducen otras más básicas: la cuestión de los sindicatos, por ejemplo, simplemente reproduce el antagonismo entre los intereses individuales y los sistémicos. El sistema, en el capitalismo, son las demandas de acumulación y la conservación de los mecanismos que garantizan las ganancias, mientras que en el socialismo adoptaría la forma de lo que denomino federalismo, a saber, la necesidad de reconciliar la inevitable desigualdad de las distintas partes y de los participantes. Paradójicamente, ambas son formas de doble poder: el sindicato bajo el capitalismo pretende ocupar el espacio de una democracia obrera, mientras que, bajo el socialismo, en términos ideales, es el partido el que, reemplazando la gestión, pretende representar los intereses de un tipo distinto de totalidad contra las demandas individuales. Este es el motivo por el que Solidaridad —con un poquito de ayuda de la Iglesia católica— terminó convirtiéndose



en una fuerza reaccionaria apenas triunfó, y también es el motivo por el que, en la maravillosa novela de Francis Spufford, *Abundancia roja*, el partido es incapaz de utilizar su novedoso y mágico sistema de información para tener acceso a las reivindicaciones de los obreros.

Pero este es un conflicto que no puede ser resuelto en términos filosóficos, es decir, en términos abstractos, y de una vez por todas, como mediante una especie de ley. Cada uno de estos conflictos será contingente y solo podrá ser resuelto sobre una base histórica singular. Esto es lo que significa la persistencia del antagonismo en la utopía, o mejor, la transferencia de los antagonismos de clase al terreno de la ontología.

Dije que cada utopía está escrita contra ciertas objeciones culturales del presente. Este fue ciertamente el

caso de *An American Utopia*, donde concentré mi energía en la perspectiva de un mundo aburrido y acaramelado en el que no existe ningún conflicto y todo es color pastel. Pero está claro que, por definición, siempre existirán conflictos generacionales, y este es el principal peligro inherente a todo tipo de sistema utópico. También hay otros temas como el de los sindicatos, que ilustran la tensión entre los intereses empíricos de los individuos y los de la totalidad. Y, por supuesto, está la burocracia: ¿qué hacemos con la crítica de la burocracia? ¿Acaso no son en última instancia todos los juicios negativos sobre el socialismo objeciones contra la burocracia? ¿La responsabilidad por el terror, las detenciones y los juicios no deberían ser atribuidos a la rígida burocracia

→

→

del Estado y a su policía? Pero en otra parte intenté demostrar que lo que solemos llamar «disidentes» son de hecho socialistas disidentes, y que son una parte orgánica de cualquier cultura genuinamente socialista. El tema fundamental de toda literatura propiamente socialista es la crítica de la burocracia, el trabajo crítico de una cultura socialista radica precisamente en su atención a las debilidades y a las fallas del sistema.

Todo esto apunta a lo que Gramsci y Lukács denominaban «el fin de *El capital*», expresión en la que debemos leer el fin del libro *El capital* y de la crítica del sistema que puso en marcha. Creo que también es lo que Sartre quiso decir cuando afirmó que en este punto de la historia (el fin de la prehistoria, como diría Marx), el marxismo dará lugar al existencialismo y a la ontología. Muchos dilemas que hasta entonces eran políticos serán disputados a nivel ontológico.

Por lo tanto, las relaciones individuales y sus incompatibilidades no desaparecen, pero se vuelven parte de la aventura existencial de la vida individual. En cuanto a los antagonismos de grupo, tal vez Callenbach esté en lo cierto y la secesión sea una solución que todo federalismo debería contemplar (siempre y cuando sea posible integrarla de formas novedosas en el Estado mundial). Escuchamos que muchos tipos de personas quieren vivir en comunidades autosuficientes: cuando no implica conflictos alrededor de la tierra —que es uno de los principales problemas políticos de nuestro presente, como intenté mostrar en otra parte—, cierta forma de autonomía en el marco del federalismo parece brindarnos una solución satisfactoria, y tal vez una que a largo plazo terminaría disolviéndose a sí misma.

En la medida en que está en juego el conflicto con la Naturaleza, la paradoja debería ser esta: que si queremos tener un antagonista digno, si queremos devolver a la Naturaleza su estatuto tradicional, a saber, el de enemigo fundamental de una humanidad autónoma, debemos rescatarla del débil estado de envenenamiento que la define hoy, o, en otros términos, de la condición en la que los seres humanos la dejaron, y hacer que vuelva a ser el único mundo en el que podemos vivir. La paradoja está en el modo en que, en tanto especie natural dentro de una totalidad orgánica, hicimos de nosotros seres semiautónomos capaces de vivir independientemente del sistema de dicha totalidad, que, no obstante, es el único espacio en el que podemos existir. Podríamos, por supuesto, tornarnos completamente autónomos y

separarnos de este sistema, pero esto implicaría nuestra autoaniquilación. Por lo tanto, recreamos, como especie, a una escala que es terminal, el drama de todos los separatismos.

Es cierto que tal vez insistí demasiado en la «muerte del sujeto» (viejo y conocido tema estructuralista) y en la nada de la conciencia sartreana, etc. Pero sigo siendo sartreano y en este sentido intento corregir otros malentendidos de la utopía, del comunismo, de la política y a largo plazo, supongo, de la existencia misma. Como tantas otras, esta línea de pensamiento puede ser fácilmente confundida con el nihilismo, o tal vez debería decir, identificada con el nihilismo que efectivamente conlleva. Pero, de nuevo, quiero enfatizar una ambigüedad básica del argumento: puede que la vida no tenga sentido, o que el sentido sea que, en tanto especie, tenemos una función fundamental, después de la cual nos volvemos bastante innecesarios y podemos ser descartados como un zapato gastado. Sin embargo, mi punto sería que somos nosotros mismos los que le otorgamos un sentido a este sinsentido de la vida, y que no necesitamos que la Naturaleza lo haga por nosotros. ×



EL TEMA FUNDAMENTAL DE TODA LITERATURA PROPIAMENTE SOCIALISTA ES LA CRÍTICA DE LA BUROCRACIA.

basurero

SEPARADO EN ORIGEN

Cuando frenaron la escala móvil

Líder comunista Enrico Berlinguer reúne a los trabajadores de FIAT, 25 de setiembre de 1980.
Getty Images, Alberto Roveri

En Italia, el sistema de escala móvil logró mantener los salarios por encima de los aumentos de precios. Pero en los años 1980 llegó un gobierno socialista que puso fin a este mecanismo e inició una tendencia que deprimió los ingresos obreros durante décadas.

En agosto de 1983, Bettino Craxi llegó a ser primer ministro en Italia. Fue la primera vez que un socialista ocupó este cargo. Sin embargo, su gobierno no fue un triunfo del socialismo, ni siquiera del Partido Socialista Italiano, del que el mandatario era miembro. De hecho, Craxi es tristemente célebre por haber destruido este partido centenario con un escándalo de corrupción, que culminó con su huida a Túnez para evitar la cárcel. También jugó un rol decisivo en el crecimiento de

su aliado, Silvio Berlusconi, a quien otorgó una licencia para construir un imperio televisivo privado que no tardó en conquistar la vida pública italiana. Pero para los trabajadores, el legado más importante de Craxi fue el papel que jugó en el desmantelamiento de la *scala mobile* [escala móvil], un mecanismo que mantenía los salarios de los trabajadores en línea con la inflación.

El Día de San Valentín de 1984, Craxi anunció lo que definió como un divorcio: una reducción de cuatro

puntos del índice. Esto condujo a una larga lucha que terminó con el referéndum de junio de 1985, instigado por el opositor Partido Comunista Italiano (PCI). También planteó una serie de cuestiones decisivas en un país que tenía una orgullosa tradición sindical. ¿Era verdad que la inflación de dos dígitos —que en aquel momento afectaba a todas las grandes economías— se debía a que el sueldo de los trabajadores era demasiado alto? ¿Quién debía pagar los costos de corto plazo de la «modernización»? ¿Y quién debía decidir quién debía pagar?

La principal resistencia vino de los partidarios del PCI que formaban parte de la CGIL (Confederación General Italiana del Trabajo). El 24 de marzo de 1984, esta confederación sindical organizó una manifestación que movilizó a millones de personas. Entre ellas estaba el dirigente comunista Enrico Berlinguer, que marchó blandiendo una copia del periódico del partido, *L'Unità*, en la que se leía el título «ECCO CI» [aquí estamos]. Esta campaña fue una muestra del

gran poder de movilización que todavía conservaba el partido, pero también de sus límites. En el referéndum, el «no» defendido por el PCI obtuvo el 46% de los votos, y no logró derogar la medida. En cualquier caso, la lucha sacó a luz las tensiones que existían entre distintas categorías de trabajadores asalariados, y lo difícil que era movilizar a una mayoría únicamente en función de las reivindicaciones salariales.

¡Fuera esa mano!

La *scala mobile* fue una conquista extraordinaria del movimiento obrero surgido de la resistencia en la Segunda Guerra Mundial. Introducida primero en 1945 en la industria del norte, terminó aplicándose en todos los sectores, con un único punto de convergencia nacional establecido en 1975. No era una política del gobierno, sino más bien un acuerdo entre los sindicatos y la Confindustria, que era la principal organización patronal italiana. El acuerdo implicaba que los salarios crecían de manera proporcional a una «canasta» de bienes de consumo, y además todos los trabajadores obtenían un aumento idéntico en términos absolutos. Esto hizo que todos los salarios empezaran a igualarse, porque los que cobraban menos recibían una porción relativamente más alta de su salario a través de la *scala mobile*. Esta convergencia también sirvió como un impulso a la innovación, dado que los empleadores debieron buscar medios de aumentar la rentabilidad que no implicaran reducir los costos del trabajo.

La *scala mobile* aplicaba en el caso de los trabajadores que tenían



empleos regulares y, por lo tanto, no representaba ningún beneficio para los trabajadores autónomos ni para los subcontratados o los que trabajaban en negro. Pero el mayor problema estaba en el contexto económico más amplio, definido por la crisis del petróleo de 1973, que provocó una espiral inflacionaria en todas las

grandes economías. Aunque durante las décadas de la posguerra Italia había sido una economía de bajos salarios, durante los años 1960 y comienzos de los 1970, la militancia de base en las empresas había conquistado aumentos salariales significativos. Sin embargo, la inflación —que →

→

un año llegó a crecer 20%—impuso un contragolpe a los aumentos.

Los efectos redistributivos de la *scala mobile* produjeron tensiones entre distintos tipos de trabajadores. Aunque la CGIL, dirigida por los comunistas, defendía incondicionalmente la *scala mobile*, la CISL y la UIL, abiertamente menos políticas, no simpatizaban con su aplicación plana, que generaba aumentos uniformes en todas las categorías en un marco de desaceleración del crecimiento económico. En este período, la creciente mano de obra de cuello blanco empezaron a distanciarse de los sindicatos, como mostró la marcha antisindical del personal administrativo de la FIAT de 1980, y a girar hacia los socialistas de Craxi, que abandonaron su antigua alianza con los comunistas.

Fuerza en ascenso durante las décadas de la posguerra, el PCI respaldó desde fuera los gobiernos de la Democracia Cristiana de fines de los años 1970. Esta política obedeció sobre todo a una búsqueda de legitimidad institucional, que había puesto a los comunistas, marginados durante tanto tiempo, en la «zona de gobierno». Sin embargo, también implicó que el PCI tuviera que justificar las medidas que la Democracia Cristiana aplicó durante la crisis. De esta manera, en 1978, los dirigentes sindicales del PCI aceptaron rebajas salariales en nombre de la estabilidad, en el marco de una política que involucró al gobierno en negociaciones de las que hasta el momento solo habían participado los sindicatos y la Confindustria. Esto despertó una fuerte oposición en la izquierda extraparlamentaria, pero el PCI justificó su política argumentando que había que trascender

la mera defensa «corporativa» de los intereses obreros.

Sin embargo, este «compromiso histórico» no tardó en desmoronarse. Cuando llegaron los años 1980 fueron los socialistas, no los comunistas, los que establecieron una alianza con la Democracia Cristiana. El retorno del PCI a un rol de oposición elevó el nivel de los conflictos en torno a la *scala mobile*, que desde entonces jugó el rol de una conquista totémica que debía ser defendida a toda costa. Craxi también intentó abrir una brecha en el movimiento obrero. Por eso a comienzos de 1984, dejando fuera a la CGIL comunista, firmó con los otros sindicatos un acuerdo que estipulaba una reducción de cuatro puntos en la *scala mobile*.

Craxi hizo pasar esta medida como parte de un plan de reestructuración más amplio destinado a servir a los intereses de los trabajadores en el largo plazo. Más concretamente, el desmantelamiento de la *scala mobile* vino de la mano de la promesa de fortalecer los límites a los aumentos de los alquileres y los controles de precios, y de un discurso que lo presentaba como una de las tantas medidas que aumentarían la competitividad de la industria italiana. Esto permitió que el dirigente socialista, asegurando que protegería a los trabajadores más pobres de otras maneras, hiciera quedar a la oposición del PCI como dogmática y como si no apuntara realmente a mejorar los niveles de vida de la población.

Una campaña infinita

El PCI respondió con una impresionante demostración de fuerza.

Utilizó tácticas de demora parlamentaria y organizó miles de eventos locales para imponer el referéndum. Aunque la organización de extrema izquierda Democrazia Proletaria respaldó la campaña, la dirección del PCI fue indiscutible. De hecho, la manifestación del 24 de marzo de 1984—inmortalizada en un documental de aquella época rodado por un equipo de más de cien artistas—, de la que participaron millones de personas, fue convocada únicamente por la mayoría comunista de la CGIL, sin la participación de ningún otro sindicato.

Con todo, esta campaña fue el canto del cisne del PCI: la marcha masiva en defensa de la *scala mobile* solo fue superada en magnitud por el funeral de Berlinguer, tres meses más tarde, que movilizó cerca de 1,5 millones de personas. Los conflictos sociales de la etapa anterior dieron otros coletazos más oscuros. En marzo de 1985, los terroristas de las Brigadas Rojas asesinaron a Ezio Tarantelli, economista de la CISL que había sido uno de los defensores de la desindexación.

La campaña por el «no» del PCI tenía todas las de perder. El partido de Berlinguer había obtenido el 30% de los votos en las elecciones generales de 1983, y ni siquiera sumando algunas porciones de las bases de otros partidos de izquierda podía asegurarse una mayoría absoluta frente a la masiva participación de la Democracia Cristiana a favor del «sí». Craxi había subido la apuesta prometiendo que renunciaría a su cargo en caso de que ganara el «no». Cuando la victoria estuvo asegurada, el *Washington Post* felicitó a Craxi por el «alentador» resultado y "por su trayectoria de «recorte de

subsidios industriales» y «reducción de prestaciones sociales» para corregir el rumbo de Italia..

En efecto, la destrucción de la *scala mobile* fue un hito en un proceso mucho más amplio de utilizar la rebaja de los salarios para hacer que la economía italiana fuera más «competitiva». La rebaja de los salarios llegó de la mano de las privatizaciones y de la austeridad presupuestaria, que continuaron su rumbo sin interrupciones hasta comienzos de los años 1990. Hoy vemos los desastrosos resultados de este proceso. La obsesión por reducir los costos del trabajo hundió a Italia cada vez más

en un modelo de baja inversión y baja calificación, aun cuando su integración al euro mantiene a su moneda en niveles artificialmente caros.

En 1992, la *scala mobile* fue abandonada por completo en el marco del presupuesto de austeridad de «sangre y lágrimas» aplicado por otro primer ministro socialista, Giuliano Amato, con el fin de mantener a Italia en el Sistema Monetario Europeo. Bruno Trentin, dirigente de la CGIL, puso la firma justo antes de renunciar. Tres décadas más tarde, este dogma obsesivo de impulsar el crecimiento rebajando los costos laborales sigue desarrollándose a toda velocidad. ×

Las multitudes levantan los puños y periódicos para saludar a Berlinguer durante su funeral, 13 de junio de 1984. Getty Images, Alberto Roveri



– NUEVA SEDE –

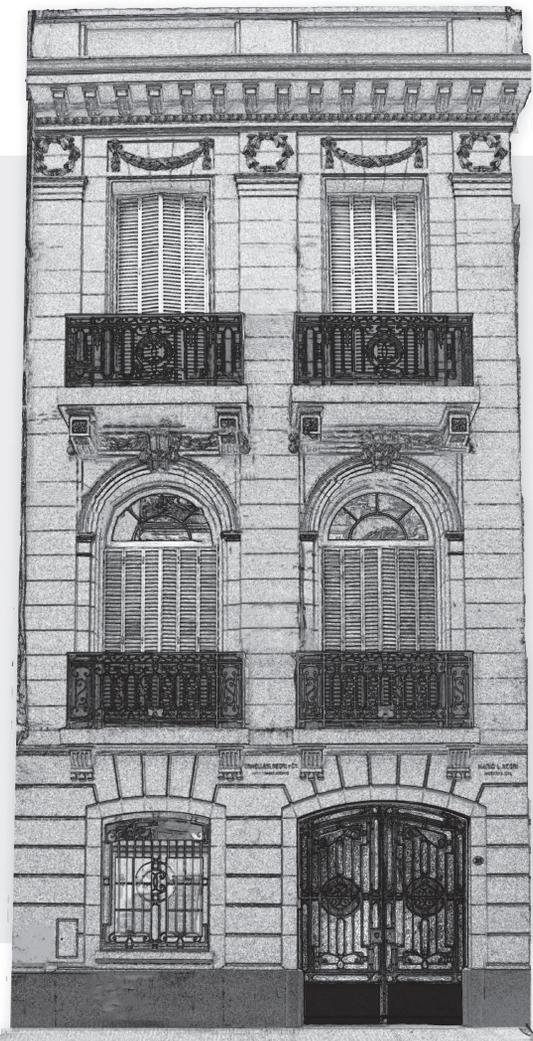


CeDInCI

Centro de Documentación e
Investigación de la Cultura de Izquierdas

25 años

(1998 – 2023)



 **Rodríguez Peña 356. CABA, Argentina.**

 cedinci.org  [@cedinciarchivo](https://www.instagram.com/cedinciarchivo)

 [/cedinci](https://www.facebook.com/cedinci)  [@CeDInCI](https://www.twitter.com/CeDInCI)



+ más info



J

**Los hombres prácticos,
que se creen exentos
de cualquier influencia intelectual,
son usualmente esclavos de algún
economista difunto.**

- John Maynard Keynes

ISSN: 2718-6466



7 798362 370017